

LA ESPAÑA MODERNA



AÑO 18.

NUM. 210.

LA  
ESPAÑA MODERNA

---

**Director: JOSÉ DE LÁZARO**

**JUNIO 1906**

**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO**  
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# RECUERDOS

---

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
SENADO DE LAS CORTES

Quedamos, si no recuerdo mal, en los primeros días de Septiembre del año 1868, el célebre año de la revolución.

La revolución de Septiembre se llamó entonces, y sigue llamándose todavía, y creo yo que este nombre conservará en la Historia.

Había dado fin á mi comisión en París, y había venido con mi mujer á San Juan de Luz para estar más cerca de la frontera, recoger noticias más directas del estado de España y aprovechar los últimos días de libertad que mis obligaciones en la Escuela de Caminos me concedían.

Ya cuando salí de París, como dije en mi artículo anterior, se anunciaban graves acontecimientos en España.

Ya cuando llegué á la frontera, parecía un hecho fuera de toda duda que Prim había desaparecido de Bélgica, sin que nadie supiera dónde estaba.

En San Juan de Luz nos reunimos una colonia de españoles de todas clases, de todos colores y de todos los matices políticos: desde los ultra-revolucionarios hasta los ultra-conservadores.

Claro que entonces no se llamaban conservadores; así es que mejor dijera desde los revolucionarios hasta los defensores á todo trance del ministerio González Brabo, sin contar los indiferentes, que siempre en España forman una gran masa.

Digo mal al decir indiferentes, porque todos ellos siguen con interés sumo las peripecias de nuestros trastornos políti-

cos; pero como espectadores de un drama, sin tener empeño en representar ningún papel.

Yo era, como he explicado otras veces, revolucionario, pero teórico; y en la práctica, un revolucionario pacífico que jamás tomó parte activa en ninguna conspiración ni en ningún trastorno.

Amaba la revolución, porque amaba la democracia, en la región de las ideas; porque estaba profundamente convencido de que en cuanto triunfasen en España la democracia y la revolución, el país forzosamente había de transformarse, ó, por mejor decir, había de regenerarse.

Deseaba la revolución sin interés alguno, pues jamás me ocurrió la idea de que con la revolución triunfante pudiera yo mejorar mi posición social.

El lector podrá creerme ó no creerme, pero yo afirmo que éste era el estado de mi espíritu.

Es más: personalmente, es decir, atendiendo á mis intereses de ciudadano pacífico, yo creía positivamente que iba á perder casi todo lo que tenía y que iba á pasar por una crisis muy angustiosa.

Porque yo razonaba de este modo:

En los partidos avanzados hay una gran enemiga contra todos los organismos oficiales, y muy particularmente contra los ingenieros.

En cuanto triunfe la revolución, seguía pensando yo, la primera medida del Gobierno revolucionario será suprimir el Cuerpo de Ingenieros de Caminos, y suprimir, por consiguiente, su Escuela; y adiós mis cátedras, y mis modestos sueldos, y mi posición.

Sin que me quedase el recurso de dedicarme á la enseñanza; porque, no habiendo ingresos en las Escuelas especiales, suponía yo, y no sin motivo, que había de quedar mermadísima la enseñanza particular.

¿Y á qué me dedicaba yo, que por entonces no sabía hacer otra cosa que enseñar Matemáticas, si el nuevo Estado re-

volucionario decía con voz solemne: basta de Matemáticas?

Serían estos pesimismoes exagerados; pero yo, que en lo abstracto soy el mayor de los optimistas, en lo concreto, que á mi persona se refiere, soy el pesimista más fúnebre.

¿Será esto cobardía? Es muy posible; yo no lo discuto: señalo hechos é impresiones con absoluta verdad y sinceridad absoluta.

En suma: yo deseaba la revolución como demócrata, individualista y librecambista por añadidura; pero no hay para qué ocultarlo: la revolución me daba mucho miedo.

Y hay más todavía: mis escasos ahorros de catorce ó quince años de trabajo, que eran por junto unos treinta ó cuarenta mil reales, los tenía impuestos en la Caja de Depósitos, creación de Salaverría, allá en los años prósperos de la Unión liberal, si la memoria no me es infiel.

Y la Caja de Depósitos, según todo el mundo afirmaba, estaba en quiebra completa.

De los dos mil millones de reales no había un céntimo.

Cuando yo pensaba en mi posición, me veía en la ruina y en el desamparo, y, no obstante, el triunfo de la revolución me producía estremecimientos de placer, bien desinteresado por cierto, según colegirá el lector de mis anteriores explicaciones.

El que esto lea quizá no entienda mi negro pesimismo. ¿No había yo de obtener una buena colocación en el nuevo estado de cosas?

No, seguramente; jamás me ocurrió esta idea.

Yo no merecía ninguna recompensa, puesto que ningún sacrificio había hecho por la revolución. Ni había conspirado, ni había sufrido persecución en la prensa, ni había acudido á las barricadas, ni había perdido mi cátedra por mis campañas políticas, que eran nulas, ni había tenido que huir de España, ni había sido condenado á muerte, como Sagasta, Zorrilla, Rivero, Martos, Castelar, Figueras y tantos otros.

Abominando de todos aquellos gobiernos, había respetado siempre la ley, había desempeñado á conciencia mis cátedras, y

á lo más á que me había lanzado era á pronunciar discursos librecambistas en la Bolsa ó discursos democráticos en el Ateneo.

Y, francamente, yo, que soy hombre de conciencia, y que, aunque siempre he sido individualista, no fuí egoísta jamás, no pretendía que sólo el buen deseo fuera digno de recompensa positiva.

Hablo con el corazón en la mano.

Bien es verdad que muchas veces he encontrado en la vida personas que me han hablado con entusiasmo de los sacrificios que ellos y yo hicimos por la revolución de Septiembre, recordándome hazañas y peligros que yo jamás realicé ni corrí.

Supongo que ellos habían realizado las mismas hazañas que yo, y habían corrido peligros muy parecidos.

En suma: yo era por entonces un ciudadano pacífico que amaba la democracia, pero que jamás había expuesto por ella la vida.

¿La hubiera expuesto á ser necesario?

Me parece que sí; pero por entonces nadie puso á prueba mi heroísmo, aunque después de triunfar la revolución pusieron sus jefes en mi hoja de servicios: «heroísmo democrático, se supone».

Y después de todo, allá en el fondo de mi conciencia no dejaba de agitarse cierto heroísmo modesto, obscuro y desconocido: deseaba la revolución; si en mi mano hubiera estado su triunfo, hubiera abierto mi mano; y, sin embargo, creía firmemente que la revolución iba á ser para mí y para mi familia la ruina y la miseria.

Vamos, bien miradas las cosas, voy pensando que yo era un héroe anónimo que en la sombra, sin ostentación ni aplausos, se sacrificaba por sus ideales.

\*  
\* \*

Todos los días á la hora del correo íbamos los de la colonia española á la estación del ferrocarril á recoger noticias de los viajeros, si era posible, y cartas y periódicos.



Todavía recuerdo que formaban parte de la colonia la familia del Sr. Villalobos, con sus dos preciosas hijas, Luisa y Angelita; y recuerdo otros muchos; pero, es claro, en las lejanías sólo brillan las estrellas fijando con luz sus recuerdos.

Peregrinación á la hora del tren, después lectura de las cartas particulares, cambio de noticias y comentarios, y por las tardes alguna excursión á Biarritz.

Al fin un día llegó la gran noticia: la revolución era un hecho: era un hecho que Prim había salido de Bruselas; era un hecho que los generales habían desembarcado en Cádiz, y que el general Izquierdo con toda la guarnición había iniciado el movimiento.

Se aseguraba que el general Prim iba á recorrer la costa y á propagar en todas las ciudades del litoral la agitación revolucionaria.

Las noticias llegaron en manojo, como manojo de rayos y centellas.

Aseguraban los ministeriales que el Ministerio estaba resuelto á resistir á todo trance, que tenía recursos, y que como González Brabo era tan bravo como su apellido, la lucha sería formidable.

Y aquí recuerdo, á propósito de la salida del general Prim de Bruselas, un episodio que oí en labios del mismo general, y que acaso interese á mis lectores.

Lo referiré con bastante exactitud, porque yo para estas cosas tengo buena memoria, y aún me parece estar oyendo al general Prim.

\*  
\* \*

Residía el general, en los meses que precedieron al movimiento, en la misma capital de Bruselas, si mal no recuerdo, que para nombres y fechas mi memoria es poco segura; pero el sitio y el día importan poco para el suceso que voy á referir, que por lo demás parece arrancado de un melodrama moderno.

Los conspiradores, sobre todo los jefes, tienen una amplia correspondencia; al menos así me lo figuro, porque yo nunca he sido conspirador.

En algunas de sus cartas claro es que revelan hechos y propósitos secretos y planes y medios: esto también es inevitable.

Y el general observó que muchas de las cosas que consignaba en sus cartas llegaban, sin saber cómo, á conocimiento del Gobierno de Madrid. Lo sabía, naturalmente, por las disposiciones que el Gobierno tomaba, que era como salirle al encuentro y destruir todas sus combinaciones.

El general se volvía loco buscando á su alrededor el traidor ó los traidores que descubrían sus planes, pero no encontraba la clave del problema.

Que alguien le hacía traición era evidente; pero ¿quién podía ser? No sospechaba de nadie: cuantas personas le rodeaban eran de absoluta confianza; ni era él tan cándido que la depositara en quien no fuera un amigo íntimo de absoluta lealtad.

Al fin y al cabo, después de discurrir mucho y de hacer mil pruebas sin resultado, se fijó en determinada persona, sin creer, por de contado, que aquél fuese el traidor y el espía.

Era que había agotado todos los demás.

La persona á que me refiero era un joven extranjero á quien él conocía hacía muchos años, perteneciente á una familia distinguida, no sé si de Bélgica ó de Francia, caballero perfecto en la apariencia, recibido en todas partes por familias distinguidísimas, que frecuentaba el gran mundo, y era socio correcto de uno y otro club de los más aristocráticos.

A juzgar por la vida que llevaba, debía de poseer buena fortuna, y gastaba coche y caballo de montar, y vestía con elegancia, y vivía casi con lujo.

Y el general se preguntaba: ¿será ése? Y se contestaba á sí mismo: imposible, de todo punto imposible; y además, ¿cómo puede hacerme traición si yo, aunque él alardea de liberal y simpatiza con la revolución, jamás le revelo ningún secreto ni tengo con él ningún género de confianzas políticas?

Me visita á diario, acude á mi salón todas las noches, entra con libertad en mi despacho y come á veces en mi mesa; pero nada más: ¿cómo de este modo puede descubrir mis cartas íntimas y transmitir al Gobierno mis más secretos pensamientos?

Y no encontraba la clave, y aun desechaba una y otra vez sus sospechas, sobre mal fundadas, injustas.

Y aquí empieza la parte melodramática.

El general, según nos dijo más de una vez, tenía una costumbre funesta para quien hacía, siquiera excepcionalmente, oficios de conspirador.

Y la costumbre era ésta:

Para cartas ó notás de interés escribía siempre un borrador, á fin de corregirlo, precisarlo y darle claridad y exactitud al ponerlo en limpio.

Y, una vez puesto en limpio, rompía descuidadamente el borrador en dos ó tres pedazos, los apelonaba maquinalmente, y convertidos en una bola los arrojaba al cesto de los papeles.

Jamás se le había ocurrido, á pesar de ser hombre de tanto talento y de tanta experiencia, que esto pudiera ser peligroso.

Pero al fin se le ocurrió, y quiso hacer una prueba.

Una noche que estaba de visita el sospechoso personaje, se separó de él diciéndole:

—Dispéñseme usted: voy á mi despacho á escribir unas cartas de interés; éntre usted luego, que tenemos que hablar de política y de las cosas de España, que, según me escriben, aquello se va poniendo muy turbio.

A su despacho se fué, en efecto; se sentó á su mesa, colocó al lado el cesto de los papeles, los arregló cuidadosamente, de modo que formasen una superficie bastante igual, y empezó en seguida á llenar de garabatos, más ó menos parecidos á letras, unos cuantos pliegos de papel, poniéndolos delante de sí y fingiendo que los copiaba.

Al cabo de un rato entró, en efecto, el joven en cuestión,

dando excusas y queriendo retirarse; pero el general le detuvo.

—No se marche usted: en cinco minutos acabo de copiar esto, y soy suyo por completo.

El joven empezó á pasearse por el despacho.

Y bien decía yo que la escena era melodramática.

Acabó la supuesta copia el general; la metió en un sobre, que cerró y selló con mucha calma.

Rompió el borrador, hizo de los pedazos una bola y la arrojó al cesto, en el cual quedó visible y sin confundirse con los demás papeles.

Se levantó, cogió la carta y, dirigiéndose al joven, le dijo con su tranquilidad habitual:

—Espere un momento: voy á dar esta carta, que es urgente, y vuelvo en seguida.

Volvió al cabo de dos minutos; el joven estaba paseándose y fumando un puro.

El general miró al cesto de los papeles, y la pelotilla de papel ya no estaba.

La prueba era evidente: el ratón había caído en la ratonera.

Sin decir el general una palabra, se dirigió á la puerta y la cerró con llave.

El melodrama llega al período álgido, y así como lo voy contando lo contaba Prim.

Se dirigió al traidorzuelo, lo cogió con manos de acero por los brazos y le aplastó materialmente contra la pared, llamándole canalla, miserable, traidor, villano y todo aquello que exigían las circunstancias.

El general aún se reía al recordar la cara de espanto de aquel desdichado, que sabiendo cómo las gastaba el general cuando la bilis se le revolvía, los nervios se desataban y se le desencadenaba la ira, creyó llegada su última hora.

—Saque usted, saque usted esos pedazos de papel que ha recogido para enviarlos á Madrid; sáquelos usted en seguida,

ó le juro á usted por mi nombre que ahora mismo le parto el corazón.

Todo esto, ó cosas parecidas, se lo decía en francés, porque D. Juan hablaba este idioma admirablemente y con tanta ó más facilidad que el castellano.

El hombre se daba ya por muerto, y sacó el cuerpo del delito, y lo entregó con la humildad de un cordero, y empezó á rogar y á suplicar, poniéndose casi de rodillas.

—Sí, es verdad, soy un miserable; pero mi situación era horrible. Usted tiene derecho para matarme; yo no me defenderé.

—Ni le serviría á usted de mucho—le interrumpió don Juan.

Y el otro asintió con extremos de humildad.

—Haga usted de mí lo que quiera—dijo por último;—á su generosidad me encomiendo; pero, por Dios, no me deshonre usted públicamente.

El general se había quedado frío, impasible, con aquella impasibilidad aristocrática que en él seguía á todos los grandes movimientos pasionales.

Muchas veces presencié estos cambios.

A la fiereza del tigre sucedía el ademán tranquilo del hombre de estado y del hombre superior, que, después de dominar lo que le rodea, sabe dominarse á sí mismo.

El joven traidorzuelo continuaba pegado á la pared, sin atreverse á dar un paso. D. Juan paseaba tranquilamente por el despacho.

Al fin, el desdichado espía, el ladronzuelo de secretos, el vendido á la policía de Madrid, murmuró en voz baja y, según el general nos refería, mirando de reojo á la puerta:

—Perdóneme usted, D. Juan; perdóneme usted, señor conde; ya no volveré á esta casa, ya no volveré á presentarme ante usted.

—¿Por qué?—le dijo el general.—De ninguna manera: usted continuará visitándome como hasta aquí; hasta le convi-

daré á comer algunas veces, y entrará usted en mi despacho con tanta libertad, con más libertad que antes. De lo que ha pasado entre nosotros nadie sabrá nada, y aun nosotros mismos nunca hablaremos de ello. Yo le compadezco á usted aún más que le desprecio, y si alguna vez se ve usted en algún apuro de dinero, no tenga usted reparo en acudir á mí.

El miserable comprendió al punto la situación, y se separó con cierto desahogo de la pared.

—¡Qué bueno, qué bueno es usted y qué generoso!—dijo con afectada ternura.

Pero el general le interrumpió diciéndole:

—Nada de farsas: comprenda usted su situación; mucha prudencia, y arréglese usted la pechera y la corbata, para que al salir de aquí nadie sospeche lo que ha sucedido.

El general continuaba paseándose; el otro corregía cuidadosamente los desperfectos de su *toilette*.

—¿Puedo marcharme, señor conde? —preguntó al fin, en tono sumiso.

Y le contestó el general:

—Cuando usted quiera.

—Por de contado, que mis relaciones con Madrid han concluído, se lo aseguro á usted.

—De ninguna manera — le repitió D. Juan Prim: — usted continuará prestando á la policía española el mismo servicio que venía prestando, y cobrará usted lo que le paguen, que no será poco.

El joven mostró cierta admiración, y D. Juan explicó sus palabras de este modo:

—Usted entrará en este despacho siempre que quiera; yo me marcharé para dejarle á usted el campo libre; usted encontrará en el cesto de los papeles pedazos rotos, fragmentos de cartas: en fin, todo lo que ha encontrado usted hasta ahora; los recogerá usted, como los ha recogido otras veces, y se los entregará usted á la policía española, como se los ha entregado hasta aquí.

Y nada más. Nosotros no hablaremos más de este asunto: yo me aparto de él con asco; usted cumple á conciencia con quien le paga, y usted y yo olvidamos para siempre esta escena desagradable.

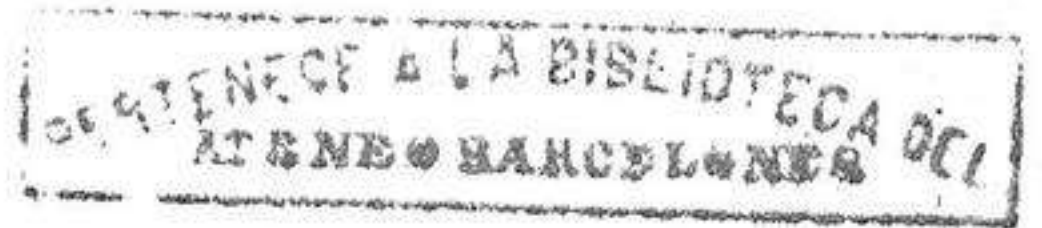
El joven se dió una palmada en la frente, y por primera vez se atrevió á sonreír.

—¡Admirable, admirable, general!

Ya comprendo su idea: usted escribirá lo que quiera hacer creer en Madrid, y de este modo, por mi conducto, tiene usted á la policía española en perpetuo engaño.

—¡Basta! — le interrumpió el general con tono desabrido.—Lo que yo piense, lo que yo haga, ó cuáles sean mis propósitos, no le interesa á usted, ni le aconsejo que se mezcle en ellos más que en la forma que le he impuesto. Usted hace su oficio, y cobra; yo me olvido de quién es usted, y sigo tratándole en público como antes; cuando estemos solos, no me dirija usted la palabra. Ya está la puerta abierta: puede usted marcharse al salón.

\* \* \*



He procurado reproducir la escena anterior, que le oí dos ó tres veces al general, porque se regocijaba contándola, y la contaba con sus detalles más minuciosos, con toda exactitud y fidelidad.

Por esta razón, creía la policía española que el general Prim continuaba en Bruselas, cuando ya estaba de viaje para unirse á los generales desterrados en Canarias.

Y por otros conductos he sabido que cuando al elemento oficial de Madrid se le decía que el general Prim había salido de Bruselas, se reían de la noticia, asegurando que por buen conducto sabían que el conde de Reus no se había movido de su casa.

Pero ya era un hecho: la revolución había estallado en España, y la colonia española de San Juan de Luz se dispersó en breves horas, procurando volver cada uno á su casa, como

al estallar la tempestad huye una bandada de pájaros, buscando cada cual su nido.

Y yo también regresé apresuradamente á Madrid, á mi casa, á mi Escuela de Caminos, á mis obligaciones, regocijado, inquieto y curioso, y preguntándome á cada momento: ¿En qué parará todo esto? ¿Cuál será el desenlace del drama? ¿Triunfará la revolución? Y si triunfa, ¿qué clase de escenas vamos á presenciar? ¿Serán días de gloria, ó días de tristeza? ¿Qué harán los hombres que han de gobernarnos?

Jamás pensé que ni aun en la esfera más modesta sería yo uno de aquellos hombres, que en aquellos momentos supremos había de tener una parte en la gran empresa de la reconstitución revolucionaria.

Ni lo pensé, ni lo sospeché jamás, ni tampoco lo deseaba.

¡Contribuir yo á la gobernación del Estado! ¡Qué locura, qué contrasentido!

Resolver una ecuación, resolver un problema geométrico, explicar unas cuantas lecciones: todo eso, bueno; pero ¡gobernar al país!

Juro por mi honor que jamás se me ocurrió tal idea.

Si otros lo pensaron y hubo quien me obligó, en él declino la responsabilidad de las consecuencias.

Y entremos ya resueltamente en los años de la revolución.

JOSÉ ECHEGARAY



# LA GUERRA Y LA VIDA

---

## CONCEPTO DEL VALOR, APLICADO Á ESPAÑA

---

### II

Sufre España una inmensa, una hondísima depresión moral, y esta depresión moral se mantiene artificiosamente por aquellos mismos que debieran estar encargados de corregirla. Escribo para un pueblo totalmente acobardado, vergonzosamente acobardado; y si esta cobardía fuera congénita, me ahorraría escribir estas páginas, y considerando este mal como irremediable, desertaría de su forzoso contagio.

España es uno de los pueblos que posee mayor suma de cualidades físicas de resistencia ó de estoicismo y que poseyó en otra época la mayor suma de cualidades morales, entre las que despuntó la audacia como el norte más seguro de todas sus empresas. Circunstancias históricas ajenas á este lugar, y explicadas en libros anteriores, colocaron á España en aquel trance del ejército que se ve obligado á batirse á la defensiva en espera de mejores tiempos ó en acecho de ocasiones ventajosas. Tardaron éstos en llegar, y por hacer ocasión de la ventaja se olvidó la ventaja de la ocasión, y golpe tras golpe, perdiendo terreno, fuimos abandonados del espíritu; y confiados en nuestras condiciones de resistencia y en la robustez de nuestro cuerpo gigante, á él entregamos nuestra salvación. Aquel espíritu y aquel aliento poderoso de la guerra de la Re-

conquista, acosado en España por distingos eclesiásticos, huyó del solar en aquel largo éxodo de emigrantes y conquistadores. La propia religión que había formado nuestro espíritu en la cruzada secular de la reconquista se vió suplantada por otra novísima importada de Roma y que, con el pretexto de venir á salvar las almas, antes las ahuyentaba para á su placer enseñorearse de los cuerpos. Enseñoreada de los cuerpos, el noble y audaz espíritu religioso de otras veces, perdido el asiento de las almas, degeneró en instinto, y el instinto religioso llegó á convertirse en un sexto sentido corporal. Ya no necesitamos más para perder todo norte y todo rumbo. A fuerza de mortificar el cuerpo como origen de nuestros males, materializamos la religión, y el instinto religioso, invadido de otro instinto defensivo, luchó con la carne defensivamente, no vigorizando el espíritu para someterla audaz y ofensivamente, sino dejándose ganar el campo, y luego luchando rabiosamente entre zarpazos y disciplinas. La obra de nuestra vigorización espiritual no aparecía por parte alguna, pero sí la obra de lucha en nuestro enflaquecimiento carnal surcado de desgarrones. No era una obra espiritual y audaz la que nos llevaba á luchar contra el mal; era simplemente el instinto defensivo. El propio cuerpo era el que quería vencer á fuerza de resistir, y así empezaron á desarrollarse en él todo género de cualidades negativas. En primer término, el abandono para resistir sin pecado de soberbia; después, la resignación, el sufrimiento hasta convertirlo en voluptuoso; después, las hambres, la suciedad, las pestes: todas las miserias fisiológicas nos abrían el camino de la santidad y el del triunfo. Faltos de un norte, tomábamos el medio por los fines y luchábamos por luchar, creyendo nuestro instinto defensivo que el que lucha ya hizo lo bastante. Las hambres suelen ser en ocasiones heroicas, y son indispensables para el triunfo en una plaza sitiada; pero esto no autoriza á creer que todo hambriento es un heroico. Del mismo modo la vida superior del hombre espiritual exige disciplina y privaciones estrechas al cuerpo; pero

jamás por el simple hecho de extenuar ó de mortificar el cuerpo se puede hacer un hombre espiritual. Este instinto defensivo, convertido en una ética, se hizo, como era lógico, moral y política del Estado. La nación empezó á vivir defensivamente, y dejando campar por sus respetos las circunstancias, sólo oponía á ellas las resistencias del cuerpo y á todos los golpes acia-gos la resignación. No se llegó á dudar del porvenir; la suma de golpes y de infortunios parecía asegurar nuestros grandes destinos, como la mortificación y las disciplinas nos aseguraban las puertas del cielo. En este abandono é indiferencia, el enemigo triunfaba de nosotros y se enseñoreaba de territorios españoles, como el pecado se enseñoreaba de nuestro cuerpo á sus anchas, para, en un raptó de furor, combatirle rabiosa y despiadadamente, con daño de nuestra piel y quebrantamiento de nuestra carne. Viendo al lado de aquella sociedad penitente y mortificada la invasión virulenta de sus monstruosos vicios, no se acierta uno á explicar si no se dejaba invadir el pecado por el placer de combatirlo para volver á la derrota voluptuosa, como no se explica uno si en aquellos desaciertos político-militares, con aquellos derroches de heroísmo, estaba la íntima satisfacción en la victoria ó en la derrota. La historia de nuestro proceso político, desde los Austrias hasta el presente, pasando por los Borbones, sería muy larga de hacer y ha de estar, por otra parte, presente en la memoria de mis lectores. Es la historia acelerada de la caída de un grave que subió muy alto y que carece de aquel espíritu, de aquella fuerza impulsora que le eleva. Es la historia de la descomposición de un cuerpo que estanca de pronto todas sus energías vitales, y en el cual no afluye la vida, obrando exclusivamente el tiempo en la labor de su descomposición. Pareció por un momento que con los Borbones se iba á cambiar de método de vida. No; sólo variaron los procedimientos de defensa. Se organizó la defensa y se robusteció algo el cuerpo, activando en él con su vigor el instinto de conservación; pero se cerró rotundamente toda esperanza al cultivo del espíritu, y á título de nueva épo-

ca se atendió exclusivamente á dulcificar los rigores que de antemano se habían tenido con el cuerpo. Así hemos llegado á las circunstancias del presente y hemos esperado que la salvación viniese, poniendo mano en todos los resortes y órganos del cuerpo para robustecerlos y esperar la salvación de la acción defensiva, ora de unos, ora de otros.

Derrocada en buena lucha la *religión instinto*, se ha entronizado en su puesto la *cultura instinto*. Como carecimos en la época anterior de espíritu religioso, hoy carecemos de espíritu de cultura. No podía suceder de otro modo, careciendo en ambas épocas de espíritu. El instinto de la cultura combate rabiosamente en el cuerpo, como combatió á su vez el instinto religioso. Combate á la defensiva, como combaten todos los instintos. Siguen esgrimiéndose todas las cualidades estoicas, todos los valores de resistencia, de pasividad, de resignación, que puso en nuestro cuerpo la naturaleza, y que aguzaron cuatro siglos de infortunio. Para luchar negativamente, para luchar á la defensiva valen todos los valores negativos, y se esgrime la sobriedad del obrero, la carencia en todo orden de sus necesidades, su pasividad resignada, el legado de su dura resistencia fisiológica y de su dura resistencia al clima, su falta de emulación y de estímulos para el trabajo, la mayor penuria del país y sus crisis climatológicas, que le entregan metódicamente á merced del capital por cualquier precio. Y por último, y más interesante que ninguna, su falta de espíritu como resumen de todas sus cualidades negativas y que hacen de él un sér inepto para la asociación y apto para el rebaño. De entre todos sus míseros dones es el más apreciado uno: el de la docilidad ó casi domesticidad. El más apreciado igualmente en los ejércitos defensivos. El encarecimiento de la vida, la depreciación de la moneda, las guerras y hasta los cataclismos, son acogidos como instrumentos de defensa de este *instinto de cultura*, como un ejército defensivo acoge por recurso el asolamiento del país y aun las hambres y las pestes.

En este cuadro tan pavoroso como real los mantenedores

de este instinto de cultura, tan ventajosamente situados como las órdenes monásticas de otra edad, se entretienen en entontecer con sus sofismas al rebaño, y, dueños exclusivos de todos los púlpitos de la propaganda, gritan á toda voz: va bien, va bien; otro esfuerzo, otra mortificación más, otra abstinencia nueva, y venceremos al cabo. Pero ¿á quién vamos á vencer, ¡Dios mío!, si lo que estamos venciendo y acabando aceleradamente es el propio cuerpo nacional? No, no; ya el rebaño no puede más. Se rebela contra su muerte, contra su rendición inmediata, y á dos dedos de la agonía tócale alguien en su corazón y alcanza á ver que lo que le han robado en estos siglos es el espíritu. El espíritu, que en este trance necesita para resistir; el espíritu, que invocan para que haga el último esfuerzo sus propios salteadores, aquellos mismos que viven y medran de su infortunio, precipitado hoy por agujonear su instinto de cultura, como se agujoneó en otra ocasión su instinto religioso.

No hay verdadero espíritu de cultura. El espíritu de cultura es ofensivo en todas sus manifestaciones. Se apodera de un pueblo, de un ejército, y marca la aurora de su renacimiento. No importa que dé comienzo á su labor modesta luchando ventajosamente y con idéntica cautela que firmeza; pero el espíritu tiene el dón de polarizarse, de orientarse siempre, y en todas y en cada una de sus empresas asoma un vigor dinámico que persigue invariable un objetivo y un fin más trascendente que el de la defensa del cuerpo, y que por su propia elevación, asegurando el triunfo, asegura la mejor de las defensas.

¿Quién ha visto por algún lado este espíritu ofensivo? Todos gritan: hay que defenderse, hay que asegurarse contra la invasión de la vida con toda clase de mortificaciones económicas, como otras veces nos aseguramos contra la invasión del pecado con toda suerte de mortificaciones y abstinencias. Ni una voz vigorosa y autorizada se alza para decir: «No; no se puede seguir así: hay que afrontar la vida sometiéndola, y sometiéndola por medio de la elevación del espíritu.» Hay que lu-

char de una vez ofensivamente, no apoyándose en las resistencias del cuerpo, sí en la vigorización del espíritu. Hay que darle al valor sus lógicos apoyos. No queremos el valor derrocado, el valor de resistencia, sino el valor impulsado por la audacia, y para esto hay que empezar por combatir en los hombres aislados el instinto de conservación y en la masa el instinto de cultura; porque el uno sirve para anular el valor de un hombre, y el otro para anular el valor de un pueblo. La resistencia del cuerpo ya dió de sí cuanto podía dar, y un paso más nos conduciría á la muerte. Hay que combatir esta resistencia por todos los medios. No hay que apoyarse más en la baratura del obrero: sí en el vigor del obrero; como no hay que apoyarse en la fuerza de resistencia del soldado: sí en su impulso. Al mando toca despertar éste y combatir aquélla, pero es preciso que el mando use de audacias para proceder ofensivamente; como toca al capital educar á su obrero ó impulsarle, pero es preciso que aquél use de audacia y sienta la dignidad ó la necesidad del impulso.

\*  
\* \*

Derrocado nuestro valor del lado del estoicismo, del de la resistencia física, no es á la inteligencia á quien toca centrarlo. La inteligencia nada puede contra la corte de las potenciales sensuales, ni contra los imperiosos mandatos del instinto, como dice Spencer. La inteligencia le servirá sumisa ó protestará estérilmente, dando el tipo del hombre ó del pueblo que piensa bien y procede mal.

Y es que la inteligencia es, como dice Rossi, el poder *estático* de la psiquis, no el *dinámico*. La inteligencia es una de nuestras grandes fuerzas pasivas, no activas; la actividad sólo corresponde al sentimiento. El instinto de la cultura despierta en nuestro cerebro ideas poderosas, pero ni un solo sentimiento de actividad. Sólo la audacia, que nace y arraiga en el corazón, es capaz de impulsarnos, de movernos para proceder activa y ofensivamente. Dar capacidades á la inteligencia fal-

tas de toda impulsión sentimental, equivale á la labor perjudicial de aumentar el calibre de un proyectil sin aumentar su fuerza impulsora. En este caso y en aquel, sólo se logra aumentar una fuerza pasiva en perjuicio del impulso. Esto no quiere decir que se desatienda el calibre intelectual ó el del proyectil, no; pero éste viene sometido siempre á la fuerza de proyección.

El instinto de la cultura, no arraigando en el sentimiento, no hecho espíritu con toda su fuerza dinámica para servir de ecuación entre la fuerza impulsora y el calibre cerebral, desarrollará el cerebro, como el instinto genésico desarrolla su órgano, y su acción será la de una simple función orgánica, tanto más estéril cuanto más desequilibrada.

Los pueblos son viejos ó jóvenes, según el grado de su dinamismo espiritualista. En los hombres y en los pueblos uno de los síntomas más ciertos de senectud es ver convertirse en acciones cerebrales todo aquello que corresponde á las acciones afectivas. Para los hombres este fenómeno es irremediable, porque ellos no pueden alterar el desgaste de su alma. Pero en la vida de los pueblos, este alma de las muchedumbres se renueva tantas veces como se renuevan sus hombres ó sus elementos celulares. Para llamar á un pueblo viejo sería preciso que no hubiera en él más que ancianos. Y no es así: sus elementos se renuevan á diario, y, por tanto, su alma puede modificarse en todos los instantes. Me valdré de un ejemplo: un niño vive como un anciano cuando, rodeado de personas de edad, no pone en ejercicio otras funciones del alma que las de la inteligencia. Así es un pueblo, y su ancianidad es una ancianidad artificial, precoz y provocada por los métodos de educación. El caso del niño que no se arriesga, que no corre, que no ríe, que no llora, pero que discurre con lucidez; ese caso de alma macilenta que acaba indefectiblemente á los primeros embates de lucha y á los primeros sinsabores en una *psicoastenia*, es el tratamiento de cura que nuestros intelectuales quieren dar á la nación. Mal éste de *golfo* desordenado, de cuer-

po acardenalado y macilento, pagando su abandono con hambres y dolores, resistiendo con su cuerpo desmedrado todas las inclemencias, pero sin vigor para combatirlas; pero aun así y todo, con toda la inutilidad de su vigor salvaje, es preferible esta nación á ese otro tipo de niño encanijado y *sabijondo* que vive entre la tutela de unas almas viejas, soñolientas y lloronas. No, no; las viejas no nos pueden salvar. Pueden cobijar con sus cuidados nuestro cuerpo, rodearnos de atenciones, pero será para prolongar nuestra cobardía, para entretener la agonia y acabar en el mismo instante en que nos falten las viejas. El instinto de la cultura vive defensivamente, y, claro está, pide al cerebro la elaboración de toda suerte de reglas y ardidés defensivos. La cobardía siempre busca aliados en la razón. Y la razón no halló jamás en los hombres pasión más sumisa que el miedo. Todas las pasiones se sublevan contra ella, menos el miedo, que parece un hijo sumiso de la razón. Es un ardid para someter á los pueblos, á las muchedumbres ó á las tropas acobardarlas de antemano.

Es el ardid de las viejas con los niños. Y en el mando es recurso de la razón egoísta que quiere huir de responsabilidades y salvarse sin esfuerzo. Jamás salvó á un hombre en sus trances difíciles su inteligencia exclusivamente, como jamás se salvó pueblo alguno á manos de sus intelectuales. La obra de nuestra salvación es exclusiva de la audacia, impelida por la voluntad en los hombres ó por la mano enérgica de un gobierno ó de un caudillo en los pueblos.

En las luchas económicas de la vida, como en las luchas de la guerra, el que se defiende se considera de antemano vencido, aun antes de esgrimir ó de medir las armas. El hombre que posea una inteligencia de mayor calibre que su ánimo, por un simple fenómeno de gravedad, por el peso específico de sus razones, se hallará como enclavado en el suelo y embarazado para toda resolución. La inteligencia es un escudo poderoso en la vida; sirve para combatir como sirve un escudo, pero no para agredir. El tipo elevado del intelectual, del



puramente intelectual, es el del estoico. Un hombre que carece de pasión para la lucha, un sér que lucha para vencer en sí todo lo que es dinámico, todo lo que es activo, y para desarrollar en grado sumo todas las cualidades pasivas. Para un pueblo impulsivo, el mando de los estoicos sería admirable; pero para un pueblo de naturaleza estoica y acostumbrado pasivamente á resistir esta dirección de los hombres pasivos, de los hombres cerebrales, sería su total aniquilamiento.

Por otra parte, no hay comunicación posible entre la masa general, el vulgo de un pueblo y los intelectuales. ¡Estos carecen de energía para impulsarlas, y el pueblo carece de sentimiento para dar impulso á aquellas ideas! Los cerebrales sirven para impulsar á un pueblo sentimental, pero no para remover á un pueblo que tiene un predominio estoico corporal ó cerebral.

Cuando se cree convencer á estos pueblos con una idea, la idea sólo ha servido para desarrollar un instinto. Así nuestro instinto de cultura es un ejemplo.

La obra de toda nuestra cultura es puramente externa, y para nada toca á la esencia del hombre ni á la esencia de la nación. Vino á nosotros por una imposición ambiente, no como un espíritu de la época, sino simplemente como una circunstancia exterior, algo así como un nuevo agente atmosférico. Estudiamos para preservarnos del atraso, de la misma manera que nos abrigamos para preservarnos del frío. Dentro de esta misma figura, así como se combate el frío mediante el ejercicio, produciendo calor en el organismo, nosotros podíamos combatir la incultura produciendo cultura; pero no: preferimos simplemente abrigarnos con aquella misma ropa que otros elaboran. Tenemos, en una palabra, la sensación de la incultura, pero no el sentimiento de la cultura. El cuerpo y el instinto vuelven á luchar, pero á luchar pasiva y defensivamente. Un nuevo género de cobardía invade á la nación, y en esta lucha cada día que pasa y cada esfuerzo del cuerpo es un abatimiento más.

En una sola frase se habla al cuerpo y á los sentidos corporales, y se demuestra toda la falta de espíritu de esta enseñanza: «el saber no ocupa lugar».

El temor á la incultura de nuestro instinto se preserva hoy con el rito externo, como otras veces el santo temor á Dios. Y así el amor á los diplomas, á los títulos, á todos los atributos externos de la sabiduría, y aun á sus signos más elementales, como si constituyeran una finalidad. Una sola frase se ha entronizado sobre todas en el país: «los analfabetos». Este es para muchos el origen de todos los males, y no se cuenta con que la mayoría de estas gentes que así reflexionan se han quedado en el alfabeto de todas las cosas. Queremos hacer ahora *alfabetos* como hacemos bachilleres, médicos, abogados, militares, etc., etc... Pero ¿para qué? ¿Para defendernos? Pues para defendernos es para lo que menos necesitamos estas cosas. Este instinto de la cultura es funesto. Queremos preservarnos de la *incultura*, y nos disponemos á resistirla defensivamente. Queremos preservarnos de ella con los medios que otros elaboran, pero sin salirle resueltamente al paso con toda la fuerza de nuestro espíritu. Como nos basta con la vacunación de las primeras edades, creemos ha de bastarnos con la vacunación de las primeras letras. Prenda ó no prenda, hay que hacer extensiva la vacuna literaria, como se hizo la otra. Otra nueva ficción aceptada para defendernos.

Este concepto defensivo aparece en todas las manifestaciones de la vida nacional. No se sustrae á ellas el agricultor, el comerciante ni el industrial. Todos han limitado su vida á escalar un puesto para tener el mismo derecho á la vejez tranquila. ¿Qué esperar de un pueblo que pone como finalidad de vida la tranquilidad de la vejez? Un pueblo así es un pueblo condenado á viejo perpetuo. Sus células sólo se disputan para alcanzar el puesto que han de guardar en la vejez. Agricultores, industriales, comerciantes, piden también al Estado el amparo de sus intereses, como pretexto, porque en el fondo lo que se ampara es el quietismo, el reposo absoluto, el puesto

conquistado. ¿Que todos los pueblos se afanan por conquistar la vida, luchando en la competencia constante de sus hombres, de sus máquinas, de sus capitales? Nuestro caso, se dice, es distinto: somos la vejez perpetua, tenemos nuestro lugar geográfico y nuestro puesto histórico, y basta con atender á conservarlos. Pero la vida no admite convencionalismos ni estructuras artificiales, y, sometidos á la ley inexorable de la caducidad, cada día que pasa vamos cayendo más hondo y más hondo.

Células jóvenes, células luchadoras, son inadmisibles en este organismo caduco, y casi, casi, constituirían un peligro en esta vida de eutanasia, por lo que el cuerpo se defiende sabiamente de ellas, expulsándolas. En un organismo joven lo que se expulsa es lo viejo; pero en un organismo viejo lo que se expulsa es lo sano.

La ley de la adaptación puede ser de mejora ascendente ó descendente. En un medio decadente sólo se adapta lo caduco, como en un medio vigoroso lo sano. Con nuestra emigración vamos perdiendo todo lo que es inadaptable á este medio viejo de quietismo y de reposo. Donde no se lucha se marchan los luchadores, por ley natural, como se marchan los vagos de donde se trabaja.

Nada que tuerza este concepto defensivo de la vida, esta norma quietista. Ya luchamos bastante en otra edad, y ahora no es tiempo de pararse á analizar si luchamos favorable ó desfavorablemente: fué el caso que luchamos, y ahora toca descansar; que luchen otros: nosotros carecemos de afanes, y entre todos vamos conllevando la vejez tranquila. Que no se hable de luchar por nadie; nada de correr otra vez aventuras. Aquíétese Don Quijote, que está ahora para sanar en las manos de la sobrina y el ama, y aconsejado del buen Sancho para gozar de perpetua tranquilidad.

No son otros los horizontes que se abren á este pueblo. No hay otro ideal para sus hombres que el ideal quietista.

Hemos llegado á hacer del tiempo un aliado, el aliado más

poderoso en todas las cuestiones. Se educa á los hombres con un precepto defensivo que encajó en todas las conciencias: «el tiempo y yo para otros dos». Ya nuestro ilustre Baltasar Gracián fustigaba en su época ese concepto defensivo y mezquino de la vida, y considerándole extendido como un morbo nacional le combatía rudamente, y á este precepto opuso el otro vigoroso: «el sin tiempo y yo para otros dos y aun para todos».

Sí, sí; ésta ha de ser nuestra norma, el sin tiempo, la resolución audaz y fulgurante, la audacia ciega y, á ser posible, heroica; y para esto es preciso no vivir más de las ideas del instinto, sino de aquellas otras ideas del espíritu; y el mundo de las ideas de éste tiene su fecunda colonia en el sentimiento.

Es el sentimiento dormido el que hay que despertar en el pueblo español. Es otra de las riquezas de su subsuelo que escapan á los profanos y denuncian los inteligentes. Como en las otras riquezas, en ésta se muestran las estratificaciones por doquier. Es preciso una mano inteligente que las denuncie, que las desescombre, á ser posible, de todo aquel cascote que amontonaron siglos aciagos sobre el sentimiento español. Sí, es preciso sacar á flor la piel—como decía mi ilustre amigo el Sr. Unamuno,—la levadura heroica de la raza. Sólo será apto para esta empresa un hombre acostumbrado á revolver honduras heroicas dentro de sí. Un hombre acostumbrado á proceder en la vida ofensivamente. No, no es la inteligencia la que puede salvarnos, ni menos, mucho menos los intelectuales. Estos ya se han pretendido constituir en grupo defensivo, en secta cerrada, y en ella hicieron su ordenación caprichosa y arbitraria. No fué bastante que una empresa monopolizara el fósforo de nuestros bolsillos; otra quiere monopolizar el de nuestras cabezas. Así, llamados pomposamente grupo de intelectuales estos nuevos accionistas de la *Arrendataria cerebral*, divididos también en accionistas y obligacionistas, nos quieren imponer á los demás mortales el derecho á pensar ó el derecho á hacer circular lo que se piensa si no lleva el marchamo de su acción fiscal.

Este es otro nuevo reducto defensivo para los espíritus mezquinos. El grupo pretenden que les salve á todos, y con el número amparar la falta, de resolución ó la extravagancia. Este grupo es el que extiende con más ahinco la superchería de salvarnos con la instrucción obligatoria. La instrucción obligatoria, como el servicio militar obligatorio, sólo sirven para hacer aborrecibles aquélla las letras y estotra las armas, cuando tratan de imponerse en un país sin preparar de alguna suerte el ambiente público. Una y otra se obtienen por procedimientos de cultivo intensivo, de cultivo del espíritu, por métodos naturales y no por métodos de artificio, y acusan en los pueblos los grados más elevados de su florecimiento moral.

Este instinto de la cultura sólo pide y apetece la difusión y el rito externo, con las propias apetencias que en otra edad tuvo también el instinto religioso. El verdadero espíritu sólo puede vivir en relación con la intimidad de las cosas, y la extensión y la difusión sistemática lo desvirtualizan.

Con el cuerpo acardenalado y macilento y con el alma muerta se pretende desarrollar en nosotros el instinto de la cultura, como en otra edad se nos hizo desarrollar el instinto religioso.

No, no es posible seguir más así. Con este concepto del valor derrocado, del valor del cuerpo, del valor de las resistencias y del valor del instinto, España caerá cada vez hondo y más hondo. Urge restaurar el valor de la personalidad, el valor del espíritu, cuya primera emergencia es la audacia. Es preciso ser valientes, pero valientes con todo el concepto *nietzschano* que se da al valor. «El hombre valiente no es el que desconoce el miedo, como el borracho, el bruto ó el salvaje». «El valiente es el que conoce el miedo y lo domeña; el que se asoma al abismo, pero con arrogancia».

Para despertar esta clase de valor hay que dejar á un lado toda suerte de auxilios corporales, incluso aquellos de la inteligencia. Esta—como decía Rossi—es el poder estático de la

*psiquis*, no el dinámico. Una inteligencia excesiva, cuando no le acompaña al hombre el impulso espiritual, perjudica, como perjudica aumentar un calibre cuando no se dispone de la fuerza de proyección necesaria. El hombre que dispone de una poderosa inteligencia y se halla falto de impulsos proporcionales, por el peso específico de sus razones, se hallará en todos los trances como enclavado en el suelo é imposibilitado de resolver. Procedamos como se procede en balística, porque á sus leyes están sujetas también nuestras trayectorias: primero la fuerza de proyección, y en función de ella vendrá el calibre. Así, primero la fuerza de proyección de nuestro espíritu, y en función de ella vendrá la mayor necesidad de aumento de nuestros calibres intelectuales y corporales.

No hay otra manera de desarrollar las fuerzas del espíritu que ejercitándolas en la constante lucha, y volveremos á repetir aquella consideración *clausewitciana*: «No hay otra manera de educar el espíritu de un hombre ó de un pueblo que por medio de las luchas de la vida con sus vigorosas exigencias, mejor dicho, en la audaz dirección de esta lucha. Sólo por medio de ella se pueden contrarrestar aquellos decaimientos de los ánimos, aquellas tendencias á la vida muelle y blanda ó la vida del instinto. Sólo cuando el carácter popular esté hecho á las rudas exigencias de esta lucha y se hizo como consecuencia de la intrepidez y de la audacia una apetencia, este pueblo y este hombre pueden ocupar un puesto digno y sólido en el mundo».

Sufre España una inmensa, una hondísima depresión moral, y esta depresión se mantiene artificiosamente por aquellos mismos que debieran estar encargados de corregirla. Escribo, como dije el principio, para un pueblo acobardado, vergonzosamente acobardado, y esta cobardía sus elementos directores no tratan de corregirla, antes la aumentan; porque á semejanza de la columna barométrica, suben ellos á medida que esta cobardía gravita más sobre la nación.

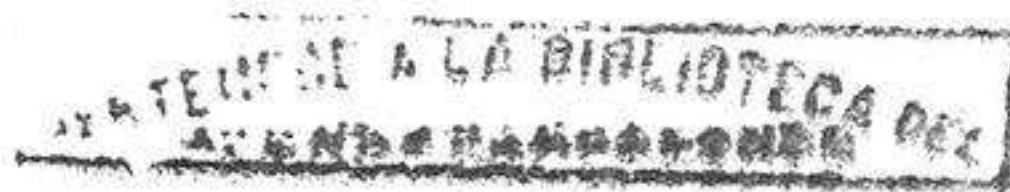
¿Dónde hallar el centro de nuestra reconstitución? Allí

donde la naturaleza ordena en los hombres y en los pueblos: en el sentimiento. En aquel mismo lugar que insensatamente desatendimos; en aquel *reservorio* de energías inagotable que se llama corazón. Este es el que hay que volver á vigorizar con la lucha por los mismos procedimientos con que se vigorizó en los siglos de reconquista. Allí volveremos á centrar el alma. El alma española, que aun hoy, maltratada, vislumbremos en toda su grandeza en algunos rincones ignorados del cuerpo. Procedamos como la naturaleza procede: forma un corazón, palpita y en su misterioso latido va encerrado el secreto de la vida. La naturaleza misma apetece ese mismo corazón; lucha y le combate para darle grandeza. Los hombres y los pueblos son hoy grandes por su capacidad de sacrificio, y esta capacidad de sacrificio no puede darla el cerebro ni el instinto; sólo tiene impulso vigoroso para crearla el corazón. Vuelve á dejarse oír en los españoles y en España entera el ritmo del corazón. Él solo creará un deseo: él solo apetece la lucha. Este corazón regularizaría nuestra vida, nos empujaría al combate y reorganizaría nuestros centros funcionales, y en su conjunto armónico sobre este corazón se centrará el alma española, nuestra expresión dinámica espiritual, esa expresión que en todas las edades dió grandeza á los pueblos.

La vida del corazón es un simple latido; y en esa expresión sencilla se alberga la inmensidad de una pasión. La luz del día, acaso el gran misterio del mundo, es simplemente otro latido. La riqueza, el progreso de los pueblos, ¿qué otra cosa es hoy que el simple latir de ellos?

Estos se labran con la lucha, con la voluntad de vivir que impera en su corazón, capacidad moral en sus tres dimensiones, y éste es el templo soberano de su grandeza, desde donde obra é irradia la gracia de Dios.

RICARDO BURGUETE



## MOVIMIENTO ECONÓMICO-SOCIAL DE ESPAÑA

---

# LA POLÍTICA AGRARIA

(Conclusión.)

### LA PRODUCCIÓN Y EL CONSUMO DE LOS PRODUCTOS DE LA AGRICULTURA

Son, como se ve, las dos grandes partidas en que se divide el territorio agrícola nacional: la que se dedica al pastoreo (24.0 ms. de h.) y la que se dedica al sistema cereal (12.8 ms. de h.) (1). Muy cerca de treinta y siete millones de hectáreas explotando las solas fuerzas naturales del suelo.

A semejante agricultura le sobra lo primero el trabajo del hombre. La obra de la producción apenas si requiere su concurso. Tan enormes extensiones de terrenos dedicados exclusivamente al pastoreo serían disculpable si las ganaderías que sustentan produjeran carnes baratas, leches, abonos y otras clases de productos, abaratando de este modo aquellos artículos de general y necesario consumo; mas no es así: la ganadería, que precisamente ocupa las mayores extensiones, es la que produce los más opuestos resultados. Los grandes cultivos de cereales, lejos de bastar á las necesidades del consumo (2),

---

(1) De cuya superficie (la de cereales) se siembran anualmente hectáreas 6.795.597: 6.358.206 son de secano y 437.391 de regadío. Cosecha 1904 de la Junta Consultiva.

(2) El estado de nuestro comercio exterior dará una idea más clara de este extremo. Datos oficiales de innegable exactitud acusan un aumento



producen anualmente un déficit mayor. Y en estas desastrosas condiciones de ruina, y principalmente de abandono por parte de aquellos á quienes la sociedad confía la dirección general de la economía del país, vive y se desenvuelve su principal y más segura fuente de riqueza: la agricultura.

El estado de nuestra producción nada mejor que el dato que voy á consignar puede reflejarlo con mayor exactitud.

Me referiré exclusivamente á cereales, y de ellos al de más indispensable consumo: el trigo.

De una estadística del Ministerio de Hacienda, que publica Canga Argüelles (1), conocemos la producción agrícola de España el año de 1749.

Y Sevilla, por ejemplo, resulta con una producción de trigo en ese año de 2.024.390 fanegas, equivalente á 910.975 quintales métricos. En dicho documento se lee además: «*Los productos de la agricultura de España son á los de Alemania como de 8 á 10; á los de Inglaterra, como de 7 á 8*».

Pues bien: según la estadística de la cosecha de 1903 (2), Sevilla aparece con una producción de ese mismo cereal de 955.764 quintales métricos.

Es cierto que esta cosecha está calificada de mala por la Junta Consultiva; mas aunque no se califica la de la primera mitad del siglo XVIII, podemos sin embargo decir, con referencia á otros documentos de esa misma fecha, que se conceptuaban muy deficientes los productos de la agricultura en general.

---

considerable de población, mientras que nuestra producción permanece estacionada en los 8 hectolitros por hectárea cultivada. Según los cálculos de la Junta Consultiva Agronómica, hechos sobre la base de una población de 15 millones de individuos que coman pan de trigo, no contando con el consumo de las harinas en las aplicaciones industriales (pastas, galletas, etc.), sino solamente lo que calcula necesario para la siembra y la panificación de esos 15 millones, acusa un gran déficit en la cosecha de trigo de 1904. Estadística cosecha 1904.

(1) Diccionario de Hacienda.

(2) Publicada por la Junta Consultiva.

En 1904 la cosecha está calificada de regular—la buena no la conocemos,—y ha sido de 1.009.478 quintales métricos (1) de trigo en Sevilla; es decir, que aun comparada con ésta resulta que en ciento cincuenta y cinco años sólo hemos tenido un progreso en la producción de esa provincia de 98.503 quintales métricos. Análogos resultados ofrecen la agricultura de un gran número de provincias de España y en casi todos los productos cereales.

No es ya la cuestión agraria problema localizado en esta ó en la otra provincia, ni el malestar de la crisis se produce en esta ó en la otra región. Sino que es, por el contrario, un problema que afecta y está en la entraña de todo el conjunto de la economía nacional. Es crisis de la producción y es crisis del trabajo; produce el malestar en los campos y lo hace sentir también en las ciudades, determinando la carestía y la consiguiente elevación de los precios de todos los artículos de general y necesario consumo.

Hecho por un reciente ministro de Hacienda el cálculo de «el aumento de la unidad alimenticia en los 218 mercados principales de la nación, representada dicha unidad por un kilo de cada una de las especies de vaca, carnero, cerdo, trigo, judías, garbanzos, arroz, patatas y un litro de aceite y otro de vinagre, resulta la siguiente progresión de los precios en los años que se indican:

1891: alimentos.....	7,07
1892: » .....	7,19
1893: » .....	7,23
1894: » .....	7,15
1895: » .....	7,42
1896: » .....	7,52
1897: » .....	7,58
1898: » .....	7,83
1899: » .....	7,79

(1) Cosecha 1904. Junta Consultiva.

1900: alimentos.....	8,11
1901: » .....	8,27
1902: » .....	8,66
1903: » .....	7,67
1904: » .....	8,91 (1)

Pudiera decirse que la progresión es geométrica. Si los precios decienden en 0,8, como en 1894, con relación al año anterior, es para subir al siguiente en 0,10; siguiendo la marcha de los precios en progresión creciente hasta el año de 1903, que con relación á los del 1902 bajan en 0,99, para inmediatamente subir en 1904 en 1,24.

En Madrid, los precios de las carnes especialmente ofrecen en los últimos cinco años el siguiente resultado (2):

	<u>1901</u>	<u>1902</u>	<u>1903</u>	<u>1904</u>	<u>1905</u>
Vaca..... Kilo.	1,80	2,16	2,05	2,15	2,60
Ternera.....	2,81	2,95	2,60	2,95	3,00
Cordero.....	1,75	1,81	2,05	2,10	2,15

Son, como hemos visto, las dos grandes partidas en que se divide nuestro suelo la de pastos y la de cereales.

Pues bien: nuestro tributo al extranjero es cada vez mayor por cereales; y por lo que respecta á los animales, representan las importaciones grandes cantidades, siendo las mayores partidas las del ganado lanar y cabrío, aquel que precisamente hizo, en otros tiempos, de España el mercado universal de las lanas que ofrecían sus renombrados merinos.

He aquí el resultado que ofrece nuestro comercio exterior en el último quinquenio, por lo que se refiere á los cereales, sus harinas y á los animales:

(1) El Sr. García Alix. Problema de las subsistencias de 1905. El señor Flores de Lemus, honra de la juventud española, ocúpase en el primer número de la *Revista del Ateneo* de la elevación de precios en el mercado de Barcelona, artículo sobre el «Impuesto de Consumos».

(2) Según los *Boletines* del Ayuntamiento de Madrid.

## CEREALES Y SUS HARINAS (1)

		Importación.	Exportación.
1901.....	<i>Ptas.</i>	48.699.702	7.805.919
1902.....		21.270.338	5.877.424
1903.....		33.200.275	6.944.485
1904.....		71.985.055	5.528.105
1905.....		242.898.497	4.914.798

## ANIMALES (2)

1901.....	<i>Ptas.</i>	27.385.405	27.309.500
1902.....		28.794.725	26.501.036
1903.....		31.567.390	24.587.088
1904.....		31.211.165	19.850.415
1905.....		26.416.825	23.577.514

## NUESTRA PRINCIPAL GANADERÍA

A aquella ganadería que uniéndose íntimamente á la agricultura para constituir ambas una sola y misma riqueza, y que entre nosotros sería la más sólida y segura base económica del bienestar nacional, le sustituye aquella otra que con la agricultura siempre ha vivido en la mayor discordia, la que de muy antiguo viene siendo su más formidable azote y la principal causa de su postración y de su ruina (3). Es esta

(1) Estadística del comercio exterior publicada por la Dirección General de Aduanas. La mayor partida de la importación de cereales es la del trigo. La de exportación, el arroz.

(2) Idem id. La mayor partida de la importación es la del ganado lanar y cabrío.

(3) Hay provincias, como la de Madrid, donde fertilísimos terrenos están convertidos en grandes dehesas para esa clase de ganadería. De la fecundidad de esos terrenos que sólo se explotan sus fuerzas naturales, responden la calidad de sus pastos. «Las condiciones de los pastos—dicen los ingenieros de esta región—en gran parte de esta provincia (la de Madrid), por su finura y poder nutritivo, dan origen en el ganado que los

ganadería la de reses bravas. La llamada entre nosotros fiesta nacional ha cegado completamente la principal riqueza de la nación: la agricultura.

Leyendo los informes de los Ingenieros agrónomos, especialmente los de la región de Andalucía, se adquiere bien pronto el triste convencimiento de «que no son los rigores del clima los que hoy muestran inminentes peligros de muerte y de ruina para aquella hermosa agricultura, sino la situación á que ha llegado por la inclemencia y abandono de los hombres (1). No hay espíritu que deje de sentirse profundamente indignado al conocer detalles como el de que «en Sevilla, en las que se han denominado dehesas de la ribera (las situadas

---

consume á marcadas aptitudes de vigor y fortaleza, y esto se nota principalmente en las *reses bravas* que á la lidia se destinan».

El número de esta clase de ganaderías en España no es posible conocerlo por los datos oficiales. No existen. Con aproximación sí, aprovechando otras fuentes de conocimiento que ofrecen bastantes garantías.

Existe un Diccionario donde se contiene lo que pudiéramos llamar literatura taurómaca, publicado el año 1896. Aunque es bastante antiguo, por los *hierros* y *divisas* de cada ganadería puede afirmarse que hace doce ó quince años existían en España muy cerca de 200 ganaderías diferentes de reses bravas.

Andalucía ha sido siempre la región más castigada de ese azote. Una publicación posterior (1897) dedicada exclusivamente á las ganaderías andaluzas, nos permite conocer su número, que alcanza en esa fecha á la exagerada cifra de 56 ganaderías de reses bravas, que hoy es mayor, pues muchas se han dividido y se han formado nuevas ganaderías.

He aquí las que copio de dicho libro que existían en aquella fecha: 1.º D. Anastasio Martín, Sevilla.—2.º D. Antonio Halcón, Sevilla.—3.º López Plata, Sevilla.—4.º D. Atanasio Linares, Cabra.—5.º D. Antonio Campo, Sevilla.—6.º D. Antonio Reser, Coria del Río.—7.º D. Basilio Arribas, Guillena.—8.º D. Basilio Peñalver, Cádiz, etc., etc., hasta el número de 56 ganaderías de reses bravas sólo en Andalucía en esa fecha.—Fernando Fe. Madrid. *Ganaderías andaluzas*, 50 cénts.

(1) Esto lo dice la Junta Consultiva en la obra *El regadío en España*, 1904. Si más justificación necesitara este extremo, diré que en los viajes hechos por los dos Ministros de Agricultura, Sres. Romanones y Gasset, y especialmente el primero, lamentaciones de esa índole son las que del pueblo han recogido. En Lebrija un obrero, llamado José Doña, decía al Sr. Romanones: «Señor Ministro, aquí no podemos vivir: existen en este

en las márgenes de los ríos Guadiamar y Guadalquivir) pastan las más famosas toradas» (1), convirtiendo de este modo lo que sin grandes esfuerzos pudieran ser ricos verjeles en ruinosos eriales, de espontánea producción de pastos para animales en vez de producir pan y trabajo para los hombres. No es de extrañar, por tanto, que la Junta Consultiva llame la atención sobre este extremo, manifestando «el gran desequilibrio—como dice—que se revela en esa región, especialmente entre la *labranza* y la *crianza*, entre el *cultivo* y la *ganadería*, industrias que muchos han llamado gemelas, pero que largo tiempo vivieron en discordia completa, y hoy, aunque por diversas causas, no logran toda la armonía necesaria y conveniente» (2).

Fueron en otros tiempos los privilegios de la mesta los que á la ganadería la colocaron en condiciones de desenvolvimiento muy superiores á la agricultura. Son hoy las deficiencias de nuestra administración las que mantienen á la ganadería en situación privilegiada. Pero existen, sin embargo, grandes diferencias de aquella ganadería á la que le ha reemplazado. La primera fué productiva para los más; la segunda, y en las condiciones que se desenvuelve, sólo es perjudicial para la mayor parte.

Lo primero que el ganadero de reses bravas necesita son las grandes extensiones de terrenos. Así es que, ya sean en propiedad, ya en arrendamiento, el latifundio le es indispensable (3). Mas esa gran masa de riqueza que acumula en su

---

término municipal 36.000 fanegas de tierras sin cultivar convertidas en dehesas». Otro obrero en Utrera denunciaba el hecho de que de 30 cortijos que tiene el término, sólo se labran cinco.—*Imparcial y Correspondencia de España*, 18 Julio. Y especialmente el *Noticiero Sevillano* de la misma fecha.

(1) La Junta Consultiva, en *Prados y pastos*.

(2) Junta Consultiva. Obra cit.

(3) Aparte de que ya se decía en las Memorias citadas de los Registradores de la propiedad que existían inscritos propietarios de terrenos

heredad (rústica y pecuaria) no es ciertamente la que más contribuye á sostener las cargas del Estado, sino que, por el contrario, ahí es donde están las grandes ocultaciones y ahí es donde empiezan los grandes privilegios: en los tributos.

«En las provincias andaluzas—decía el Sr. Rivas Moreno—muchos grandes propietarios no pueden quejarse de la pesadez de los tributos, pues sus obligaciones para con la Hacienda quedan incumplidas porque ocultan el 50 por 100 de su riqueza imponible» (1).

De la certeza de esta afirmación—continúa—responden los datos que voy á consignar, y que son el resultado de los trabajos hechos por el personal encargado de los estudios para la reforma de las Cartillas evaluatorias.

Ocultaciones por territorial que se han comprobado:

	Hectáreas.
Cádiz.....	40.694
Sevilla.....	460.456
Córdoba.....	471.439
Málaga.....	216.190
Granada.....	814.993
Jaén.....	451.210
TOTAL.....	2.454.982

muy extensos. En la obra *El regadío en España*, que publicó (1904) la Junta Consultiva, se lee que es frecuente encontrar labradores que llevan cortijos de 300 y 600 hectáreas de terrenos, y aun mayores.

(1) Baste decir que el año 66 se midió el perímetro de algunos términos municipales de Madrid, Guadalajara y Cuenca, y arrojaban una ocultación de superficie del 47 por 100.

El año 72-73, el Instituto Geográfico levantó en las provincias andaluzas planos topográficos para proceder á la formación del catastro por masas de cultivos, y las ocultaciones llegaban en algunas provincias al 100 por 100, no tanto en extensión como en la índole de los aprovechamientos.

En 1901, los trabajos catastrales en Andalucía determinaron un aumento en la riqueza imponible de 55.000.000 de pesetas, ó sea el 64 por 100.

Respecto á la riqueza pecuaria—dice—ahí van algunos números:

	Riqueza comprobada.	Riqueza amillarada.
Cádiz.....	6.160.312	1.968.150
Sevilla.....	3.596.395	2.428.627
Córdoba.....	2.957.393	1.386.770
Málaga.....	3.573.390	2.428.627
	16.286.585	8.212.174

Estos datos son una demostración irrefutable de que las cargas del Estado las soportan de una manera muy desigual los labradores andaluces.

Hablar de ocultaciones—concluye el Sr. Rivas Moreno—de los pequeños y modestos propietarios es pura quimera, porque venden y permutan con bastante frecuencia, y las parcelas, como son de poco perímetro, no se prestan á rentas de importancia (1).

Unid á esto los precios que la ganadería brava alcanza, que no hay cultivo en el mundo que lo tenga tan remunerador; ni existe tampoco riqueza alguna que aumente tanto de valor con tan pocos costes.

No se paga en la actualidad—decía el Sr. Hidalgo Tablada—por una res vacuna en buenas carnes para el consumo más de 200 pesetas, ni por un novillo domado más de 750; en tanto que por un toro de la ganadería de Veragua se dan sin regatear en ajuste 2.000 pesetas, y 1.750 por los que proceden de las más reputadas ganaderías de las provincias de Cádiz y Sevilla (2).

#### EL TRABAJO AGRÍCOLA

Si del aspecto puramente económico del problema agrario venimos al social, encontraremos las mismas ruinosas consecuencias para el problema del trabajo.

(1) Cartas publicadas en el *Diario Universal*, 10 Julio 1905.

(2) En el Dic. cit.



Tratar el problema del trabajo agrícola es tratar en España el problema del trabajo nacional. Nunca serán nuestras industrias tan sólidas y seguras fuentes de riqueza y de trabajo como lo será la agricultura el día que llegue á alcanzar un mayor grado de desenvolvimiento. Es más: industrias vigorosas no existen sin primeras materias baratas, y este primer problema de la industria lo resuelve una agricultura en estado floreciente.

Lo mismo que la producción y la agricultura en general permanece el trabajo: sin salir de las condiciones en que se realizaba á fines del siglo xvii y principios del xviii.

Ved aquí cómo estaba planteado este problema allá en el año de 1802.

Con motivo de un Tratado de Comercio que iba á celebrarse con la Gran Bretaña, informaba el entonces ministro de Hacienda al de Estado sobre la situación por que atravesaba nuestra agricultura, y refiriéndose especialmente á Andalucía y Extremadura, se dice lo siguiente: «Inmensos terrenos entregados al pasto; otros muchos poseídos por manos muertas que carecen de actividad y de vigor, y acumulaciones de bienes en pocas manos, son lo que impide que la agricultura y las fábricas lleguen al alto grado de pujanza en que se hallaron en otros tiempos... en medio de que los pastos consagrados á la cría de los ganados *privan al hombre de la parte de terreno más feraz de España, haciéndole esclavo de las bestias*» (1). Y en una Memoria presentada al rey sobre la nueva organización del despacho de Hacienda en 1800, haciéndose eco su autor de la especie lanzada y mantenida hace siglos de que la mala calidad de los terrenos no permiten otra cosa que la producción espontánea de los pastos, decía al rey: «No hay terreno, por estéril que sea, que, cultivado, no contribuya con usura los sudores del labrador; y así como en un país donde las dehesas abundan hay miseria y pobreza, por el contrario, en

---

(1) En el Dic. de Canga Argüelles.

donde florezcan los cultivos reside la riqueza, se multiplican los habitantes y se anida la virtud» (1).

Los rigores de la crisis del trabajo han de sentirse siempre con más intensidad en Andalucía y Extremadura, por lo mismo que son por excelencia estas dos regiones la de los pastos, la de las grandes dehesas y la de los grandes cultivos de cereales.

En estos grandes cultivos de cereales es donde precisamente se reconcentra todo el trabajo; mas para comprender su insuficiencia es necesario conocer la forma de cultivar y el salario del obrero.

Indiscutibles autoridades en la materia hablarán por mí de estos extremos, á fin de alejar todo motivo de exageración en que pudiéramos incurrir al tratar este asunto. Testimonio de tanta autoridad como el del malogrado conde de San Bernardo dice con gran elocuencia cómo se cultivan esas grandes extensiones de cereales; el ilustre autor de una de las memorias premiadas con accésit en el concurso abierto por el Rey, señor Noriega, nos habla en dicha memoria sobre la alimentación del obrero; datos y antecedentes de indispensable conocimiento para comprender la gravedad que en esas regiones especialmente encierra el problema del trabajo.

«Examinemos — decía (2) el conde de San Bernardo — la forma de cultivar las tierras de Andalucía y de Extremadura... y dejando á un lado las masas de cultivo de olivar y viña, la manera de cultivar todos la conocéis.

»Grandes extensiones dedicadas á cereales exclusivamente, labradas de un modo muy somero para concluir cuanto antes, porque el ganado de labor se mantiene á dinero y hay que economizar el posible, que si el año es bueno y las lluvias á su tiempo, se cogerá; y después, excepción hecha de algunos más

---

(1) En el Dic. cit. La escribió de orden de D. Miguel Cayetano el señor Canga Argüelles.

(2) Conferencia leída en el Ateneo ante S. M. el Rey, Mayo de 1904.

cuidadosos que limpian los matojos, no se vuelve á hacer nada hasta la siega; es decir, *ocho meses* sin un jornal, y, como consecuencia, los obreros, una vez terminada su faena, como la tierra no los mantiene ya, hacinándose en poblados lejanos, en espera de un trabajo que fatalmente no pueden hallar.»

«La alimentación del obrero del campo—dice el Sr. Noriega (1)— está compuesta de una telera diaria, pan que pesa unos 1.400 gramos; y que en muchos puntos no suele ser de la mejor clase, y, además, tres litros de aceite, cuatro litros de vinagre, medio litro de sal y unos cuantos ajos. Con estos elementos preparan los proverbiales gazpachos, salmorejos ó sopados, tres de éstos al día, y como extraordinario suelen tomar algunas aceitunas, naranjas, pimientos, tomates, etc.; es decir, fruta del tiempo, que resulta barata. No toman comida caliente más que los caseros, capataces aperadores y guardas, que preparan un potaje por la noche, compuesto de garbanzos ó habas con patatas y arroz, condimentado con aceite, y algunas veces con 50 gramos de tocino por individuo» (2).

El valor de esa comida se suele estimar en tres reales, y como el jornal total puede calcularse en seis, le quedan al obrero á lo sumo tres reales para cobrar en metálico; mas como de los trescientos sesenta y cinco días trabajo como máximo doscientos, le quedan líquidos para mantener á su familia unos 600 reales como máximo durante el año (3).

Tal es, á grandes rasgos, el estado de nuestra agricultura, de nuestra producción y del trabajo agrícola.

#### EL PRIMER CAPITAL DE LA REFORMA

Son tantos y tan diversos los factores que han de intervenir en la solución del problema agrario, que precisa, ante todo,

---

(1) En su interesante Memoria premiada con accésit. Concurso abierto por el Rey.

(2) Memoria premiada con accésit en el concurso abierto por el Rey.

(3) Hay que tener en cuenta que, excepto las máquinas de sembrar, la de la siega, arar, existen en Andalucía.

determinar por orden de rigurosa escala cuál deba ser el primer capital de la reforma. Si el suelo, el clima ó la actividad y trabajos del hombre.

Si con el criterio de la vieja economía hubiéramos de resolver esta cuestión, no cabe duda que el hombre aparecería en el último grado de la escala.

Una ciencia de la naturaleza, como lo fué la antigua economía liberal é individualista, exclusivamente consagrada á inquirir abstractas leyes de la producción, y que llegaba en sus delirios la escuela de Bastiat á negar la legitimidad de las exigencias de la vida práctica cuando éstas estorbaran á aquel ideal desarrollo y acrecentamiento de la riqueza, buscaría sin duda en el suelo, en el clima, en los agentes naturales, en fin, la primera y más fundamental riqueza.

Mas resuelta la cuestión con el criterio de la moderna economía, es indudable que, siendo ésta una ciencia eminentemente moral y de carácter esencialmente antropológico, habría de buscar, ante todo, al hombre para proclamar su trabajo como la primera riqueza nacional, ya que en sentido nacional también se desarrolla y se desenvuelve la moderna economía.

«Hoy se capitaliza el hombre—dice nuestro ilustre Canalejas—como la primera riqueza nacional: los ingleses tasan, por término medio, en 160 libras esterlinas cada habitante, y en 200 cada trabajador; valoran los americanos cada yanqui en 3.500 dolars; representa un obrero francés 6.000 francos; ilustres economistas patrios no temen exagerar atribuyendo á los españoles un valor medio individual de 5.000 pesetas. Si de las legiones productoras—continúa el eminente hombre público—tornamos la vista á las bélicas, no hay que decir si con los nuevos sistemas defensivos de la nación armada depende ó no el poder militar de los Estados del desarrollo de la población» (1).

---

(1) Discurso apertura curso 1904-05, Academia Jurisprudencia.

Es necesario, por tanto, que á la reforma no la inspire otro criterio que no sea el de prestar vigoroso impulso á aquella riqueza que, siendo perenne fuente de producción y del trabajo, merezca ser considerada como la riqueza nacional por excelencia.

La gran propiedad no tendría contradictores si fuera para las naciones cosas fáciles de improvisar; el cuantioso capital móvil, la técnica agraria, la general cultura y, lo que es más difícil aún, la necesaria solidaridad de intereses entre trabajadores y capitalistas; todos indispensables elementos para llegar á establecer en esas grandes propiedades las grandes explotaciones agrícolas de Marx y de muchos de sus inmediatos sucesores.

Pero, sin previamente contar con esos elementos, no pueden sostenerse, como no sea con la mina de la producción y del trabajo, las grandes acumulaciones, ya sean de propiedad, ya de cultivos.

Así no es de extrañar que el neo-socialismo, al tocar la vida de la realidad y de los hechos, se apartara de las doctrinas del maestro, constituyéndose en los más ardientes defensores de la pequeña propiedad y de los pequeños cultivos, como el único medio de garantizar y defender el trabajo del gran proletariado agrícola.

Esas mismas tendencias desde la ley se favorecen, y así se observa que en todas partes las grandes propiedades empiezan á decrecer. Las primeras medidas que el Gobierno inglés tomaba en Irlanda, como medio de retener la población en constantes y numerosas emigraciones, fué la de amparar por medio de los arrendamientos sometidos á la condición *statutory* á los pequeños cultivadores.

La lucha más tremenda de los colonos irlandeses no fué la entablada contra los grandes propietarios que convertían sus heredades en lujosas fincas de recreo, sino la que emprendieron contra los *grazier*, aquellos propietarios y acaparadores de tierra que para sostener sus inmensas ganaderías habían

convertido el 80 por 100 de la superficie de Irlanda en grandes y dilatadas dehesas.

A poco más de las tres décimas partes del territorio alcanza nuestra zona cultivada (1). Las mismas luchas que en Irlanda debiéramos emprender contra los que, manteniendo inmensas ganaderías á costa del solo capital tierra, realizan por ese medio la más absoluta y completa expropiación del trabajo nacional.

Ya el ilustre Jovellanos denunciaba estos abusos de la gran propiedad, ante el Consejo de Castilla, en estos términos: «No es creíble—decía—que los grandes propietarios puedan cultivar sus tierras, ni cuando lo fuese sería posible que las quisieran cultivar, ni cuando las cultivasen sería posible que las cultivasen bien. Si alguna vez la necesidad ó el capricho los moviesen á labrar por su cuenta una parte de su propiedad, ó establecerán en ella una cultura inmensa y, por consiguiente, imperfecta y débil, como sucede en los cortijos y olivares cultivados por *señores y monasterios de Andalucía*, ó preferirán lo agradable á lo útil, y, á ejemplo de aquellos poderosos romanos contra quienes declamaba tan justamente Columela, sustituirán los bosques de caza, las dehesas de potros, los plantíos de árboles de sombra y hermosura, los jardines, los lagos y estanques de pesca, las fuentes y cascadas, y todas las bellezas del lujo rústico, á las sencillas y útiles labores de la tierra.

»Consecuencias naturales—sigue diciendo el ilustre autor del informe á la ley agraria—del régimen de las grandes acumulaciones son: que los propietarios se reducen á vivir holgadamente de sus rentas, y, no ofreciendo la agricultura ninguna utilidad, los capitales huirán no sólo de la propiedad, sino

---

(1) El Instituto Geográfico calculaba en su *Reseña Geográfica y Estadística* las cuatro décimas partes; pero la Junta Consultiva dice que nunca ha llegado á alcanzar, según sus datos, á esas cuatro décimas partes.

también del cultivo, y la labranza, abandonada á manos débiles y pobres, será débil y pobre como ellas... Por último, los mismos propietarios ricos, en vez de destinar sus fondos á las mejoras de sus tierras, los volverán á la *ganaderia*, como hacen tantos grandes títulos y monasterios, que tienen inmensas cabañas, en tanto que sus propiedades están cultivadas imperfectamente» (1).

#### CONSIDERACIÓN FINAL

No es posible darle más extensión á este artículo. Ha sido mi único propósito el de hacer un estudio crítico del estado de nuestra agricultura, buscando sus más íntimas relaciones con los principales problemas de nuestra economía nacional.

El azote más formidable del agricultor bien claramente se nos presenta en todas las épocas de nuestra historia. El único medio de combatirlo está en el impuesto. Suponerle á los terrenos cultivados una mayor renta, que determina un mayor gravamen del impuesto, es obligar al labrador á abandonar el cultivo, ó, lo que es peor, obligar al consumidor á pagar más caros los productos.

Así se observa que aun en aquellas regiones donde la propiedad aparece dividida no existen medianas ni pequeñas explotaciones; vense obligados sus dueños á entregar en arrendamiento sus pequeñas propiedades, con las cuales se forman la mayor parte de esos latifundios.

Someter á un mismo tipo tributario toda clase de ganaderías, lo mismo la que se dedica al consumo, á la producción de lana, leche, abonos, etc., que la que á la lidia se dedica, es el más horrible de los privilegios en favor de esta última, que alcanza unos precios que jamás puede alcanzar la primera.

Y, por último, beneficiar con un tipo de gravamen menor á las dehesas, por suponérsele un líquido imponible más pe-

---

(1) En su informe á la ley agraria.

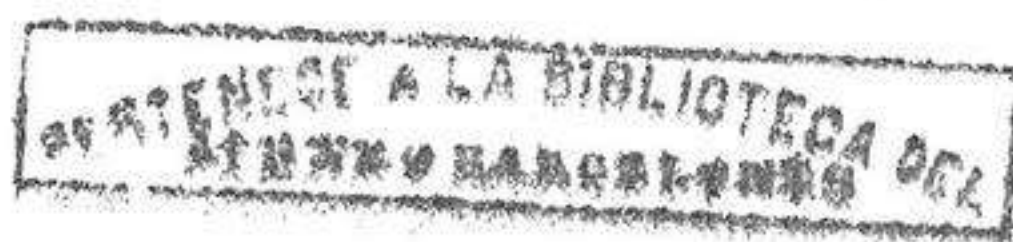
queño, sobre las enormes ocultaciones que de esa propiedad especialmente existen, es fomentar desde la ley la causa principal de la ruina de nuestra producción y del trabajo agrícola.

Y basta por hoy. Al trabajo de crítica debe seguir el de afirmaciones, tratándose de problemas como el actual, de sencilla, fácil y posible realización. Esto procuraré hacerlo, en la medida de mis fuerzas, en sucesivos artículos.

FRANCISCO ESPINOSA Y GONZÁLEZ PÉREZ



LAS ÚLTIMAS NEGOCIACIONES  
DE  
MATRIMONIOS REGIOS ENTRE INGLATERRA Y ESPAÑA  
EN 1623



VI

Desde el primer instante de su llegada á Madrid, el príncipe británico y su ministro favorito pusieronse al corriente de la verdadera situación en que sus asuntos se encontraban en la corte de España. Tan enamorados quedaron de las bellas prendas del Stuart el rey Felipe IV y el Conde-Duque de Olivares, que éste no ocultó á sus augustos huéspedes la simpatía general de que se habían hecho objeto, ofreciendo influir cuanto pudiese cerca del monarca, su amo, «para que, si por las oposiciones del Papa no le pudiera dar á la infanta por esposa, se la diera por señora». De estas atenciones el Príncipe y Buckingham quedaron tan satisfechos, que al escribir al rey Jacobo, en Londres, le decían: «Tan contento se muestra de nuestro viaje, y tan finas son las atenciones de Olivares con nosotros, que suplicamos á V. M. le escriba la más cariñosa carta de gracias» (*We find the Count Olivares so overvaluing our journey, that he is so full of real courtesy, that we can do no less than besecch your Majesty to write the Kintest letter of thanks and acknowledgment you can unto him*) (1).

---

(1) Carta del duque de Buckingham al rey: 24 de Marzo.—HARDWICKE: *State Papers*, I-401.

Pero más adelante añadían: «El nuncio del Papa trabaja contra nosotros tan maliciosa y activamente como puede, aunque recibe respuestas tan duras que esperamos verle desistir bien pronto de su empeño. El Papa repugnará mucho despachar la dispensa; mas por si al cabo la negase, quisiéramos nosotros saber de V. M. hasta qué punto podríamos empeñarnos en lo del reconocimiento especial de la supremacía del Pontificado, porque nos inclinamos á creer que si V. M. le reconociera como jefe principal bajo Cristo, el matrimonio se haría hasta sin él» (1).

Con fecha del 4 de Abril, el rey Jacobo se apresuró á satisfacer el deseo de su hijo y de su valido, y, tratándole de *Excelentísimo conde, príncipe y amigo carísimo*, escribió á Olivares una carta en que le decía, entre otras cosas: «La amistad que V. E. les ha dispensado (al Príncipe y á Buckingham) la estimamos y tendremos en memoria siempre, con ánimo agradecido, deseando que se nos ofrezca alguna gran ocasión para recompensarla, porque el beneficio que se les hace corre por nuestra obligación. Y si tuviera tan gran dicha nuestra Bretaña que á tan grande y tan noble amigo, que está ausente, le tuviéramos presente, diéramos bastantes testimonios que en la competencia de nuestra amistad sólo nos ganó en anticiparse, no en saberla gratificar» (2).

A su vez, el rey Jacobo contestaba al Príncipe y á Buckingham, extrañándose de la conducta del nuncio y de lo que á este propósito le habían escrito: «Que el nuncio—decía—se oponga á nuestro negocio me hace sospechar de que el Papa se oponga también. No olvidad que por parte de España nunca se puso en duda que la dispensa se otorgaría. En Madrid y en Roma es donde se han arreglado las condiciones espirituales que yo he aceptado. Después de esto, no solamente fueron remitidas á Roma por los medios diplomáticos para su definitiva

---

(1) Carta referida del 24 de Marzo.

(2) BAÑOS DE VELASCO: *Historia Pontifical*.

resolución, sino que las acompañaba la consulta de los teólogos, los cuales han declarado que con dichas condiciones el Papa podía y debía, por el mismo bien de la Cristiandad, conceder la dispensa... Ignoro qué queréis darme á entender por la supremacía espiritual del Papa. Por nada del mundo renunciaré yo á mi religión; pero se me antoja adivinar, después de vuestro aviso, que se hace alusión á un pasaje de mi libro contra el cardenal Bellarmino, en el cual ofrezco, si el Papa quiere renunciar á su divinidad y á su usurpación sobre los reyes, reconocerle luego como obispo jefe, al que todos los llamados eclesiásticos deben estar sometidos en último resultado. Estas son mis propias palabras, que repito, y en último término es lo que mi conciencia me permite hacer, porque debéis comprender que yo no soy un cualquiera que cambia de religión como cambia de camisa, cuando le viene bien. En cuanto á la soberanía temporal del Papa en el Estado de Roma, yo nunca he hecho ninguna objeción. Que él sea, en nombre de Dios, el primer obispo y el príncipe de los obispos, pero como San Pedro era el príncipe de los Apóstoles» (1).

El rey de Inglaterra respiraba en este escrito por la herida espiritual en que consistían sus discusiones con Roma. Carlos y Buckingham, con más sentido político y práctico, en la carta á que nos hemos referido encontraban el peligro de todo en que en su venida á España, y sobre todo á Madrid, no se hubieran podido recatar «del nuncio del Papa, del embajador del Emperador y del embajador de Francia». Tan claro conocimiento tenían de los elementos de verdadera oposición que desde la primera tentativa de enlaces de España con Inglaterra habían provocado los intereses egoístas y la política enemiga de la preponderante Casa de Austria, dirigida por la Francia.

¿Y cómo desconocerlo? No era bastante el ejemplo de su primera oposición durante el reinado de Felipe III, que con-

---

(1) HARDWICKE: *State Papers*, tomo I, pág. 411.

cluyó con los matrimonios de Doña Ana de Austria con Luis XIII, y la desventurada y temprana muerte del príncipe Enrique de Inglaterra. Pretendida para su hijo por el rey Jacobo, no se dió la mano de madama Cristina de Borbón sino al Príncipe del Piamonte, con lo que acababa todo proyecto de alianza anglo-hispana con Saboya. De todas suertes, ahora eran notorios en Inglaterra los esfuerzos que Francia venía haciendo para impedir los enlaces en curso. Con la primera intriga matrimonial no sólo evitó Francia la alianza de España con Inglaterra, cuyo poder unido se haría irresistible en el mundo, sino que por medio de los matrimonios franco-españoles aseguró su paz exterior durante la minoridad de Luis XIII. Por el matrimonio con Saboya adquirió el aliado que más podía molestarnos en los dominios de Italia, como á poco resultó con los conflictos de la Valtelina, y, entorpecidas las de Inglaterra, no sólo se proponía por objeto estimular la enemistad de esta nación por el desaire que recibiera, sino que abría la esperanza de un enlace entre Inglaterra y Francia, base de otra alianza política contra España.

Ni Lerma ni Olivares penetraron en su tiempo en estos negocios el asunto descubierto después por la Historia. Pero Carlos Stuart y Buckingham, al par que de Roma, por los intereses católicos, y del Imperio, por los de Alemania, debían desconfiar, y desconfiaban en efecto, de Francia, cuyas secretas tentativas en parte conocían. Desde que el suplicio de Raleigh y la revolución de Bohemia, que trajo el despojo del Palatino, lejos de ser motivos de ruptura entre Inglaterra y España, estrecharon más las relaciones de amistad entre los dos países y pusieron en auge la cuestión del matrimonio, el duque de Luynes, ministro de Luis XIII, cifró todo su empeño en procurar nuevos obstáculos para estos tratos. Acudió primero á Roma, donde cinco generaciones continuadas de pontífices hicieron casi exclusivo objeto de su gobierno espiritual imponerse sobre España para impedir sus alianzas con Inglaterra, de lo que Clemente VIII, León IX, Paulo V, Gregorio XV

y Urbano VIII hicieron público alarde. Siempre agitando hábilmente los celos del Imperio, ofreciendo al de Baviera, por parte de los príncipes electores protestantes, el reconocimiento del nuevo derecho electoral adquirido, y llevando á Bruselas á la infanta gobernadora la amarga desconfianza del despojo inminente de Flandes, ponía en combustión á estos países, en tanto que se remitía á Londres mismo, y por los más raros medios proponía al rey Jacobo el casamiento del príncipe Carlos con madama María Enríqueta, para el cual las cuestiones religiosas no ofrecían tantas dificultades como en España.

No cometió Luynes estas negociaciones al conde Levasseur de Tillières, embajador francés en la corte de Jacobo; envió misión extraordinaria con su mismo hermano el mariscal de Cadenet, á pesar de que sabía que en tal tiempo había embajador británico en España y embajadores españoles en Inglaterra tratando este negocio, y que así el rey de la Gran Bretaña como su primogénito estaban muy interesados en él. Francia había logrado poner de su parte á los puritanos, enemigos de los Austrias, y, como dice con testimonio irrefutable el mismo embajador francés en Inglaterra por aquel tiempo: *Le Duc de Luynes esperait donc s'assurer la protection du Roi de la Grande-Bretagne, faire rompre le mariage d'Espagne, conclure celui de France avec beaucoup d'avantage pour le Prince de Galles, et obliger ainsi l'Angleterre à les assister en cas où en France il leur arrivât quelle disgrâce* (1). De aquella misión Cadenet salió muy desairado, *ayant retiré peu de satisfaction de sa negotiation et la France beaucoup de honte*; pero la Francia no desmayaba de estos éxitos desfavorables cuando á su interés convenía disimular, y no por eso mudó en un ápice de pensamiento ni de conducta.

El oro francés por un lado, las simpatías puritanas por

---

(1) HIPEAU: *Memoire inédite de Comte Levasseur de Tillières*, capítulo II, pág. 29.

otro, mantenían en Londres un partido propicio á sus pretensiones. Apenas se divulgó por aquella capital la partida clandestina del príncipe Carlos con Buckingham, lo que descubrió el embajador francés, se hizo correr por la ciudad voz de que el de Gales había sido preso en Francia por el Rey Cristianísimo, y á expensas del oro francés aparecieron hojas y folletos impresos, sátiras y libelos con el título de *La voz del pueblo*, escritos contra el Papa, el rey de España y la política inglesa, y prediciendo de los matrimonios en curso muchos y graves daños para Inglaterra. En Londres no se hablaba más que de la perfidia española, y se notaba un vivísimo deseo de venganza contra esta nación. «Ya tienen—decían—los españoles allí el único Príncipe destinado á la sucesión de tres Reinos, y, con esto en las manos, las riendas de todos nuestros negocios». El rey permaneció algunos días fuera de Londres, y cuando, ansioso de noticias del Príncipe, regresaba á Whitehall, muchos corrían á saber de su boca la causa de aquel inesperado acontecimiento. Él, que se hallaba entristecido por carecer de las nuevas del viaje, se limitaba á decir: «Que había debido consentir en la calorosa instancia de su hijo para ver á su propia esposa, de quien estaba muy enamorado, y que Dios lo bendeciría».

Entretanto, como ya se dijo, envió á Francia á sir James Hay, conde de Carlisle, á llevar al rey Luis XIII las excusas del paso de su hijo; y como en París se supiese lo que se había supuesto en Londres sobre el secuestro del Príncipe, cinco días se tardó en darle audiencia, porque se dilatase en ese tiempo el afán de Jacobo con la viva incertidumbre en que se hallaba.

Recibiéronse, al cabo, las cartas de Madrid. Estas menudearon, no sólo de parte del hijo y del ministro al padre y señor, sino de los caballeros que iban llegando tras el Príncipe. Y cuando en Londres hubo exacto conocimiento de la recepción hecha al heredero de la corona, hasta los puritanos trocaron en afecto frenético hacia España la prevención hostil

explotada por los franceses. Jacobo mandó se hicieran luminarias públicas, y el embajador véneto escribía: *O sia per la naturale flessibilitá di questo popolo ad ogni volere di chi gli commanda, o per una nuova insinuatione d'affetto in corrispon- denza di questi honori conferiti al proprio Principe, appare maglior dispositione nell'animo di questi subditi vexo il matrimo- nio.*

Por las plazas de la publicidad se decía que el Príncipe había escrito que así el arreglo de las bodas como el del Palatinado iba de posta, y que para el primero sólo se esperaba la dispensa de Roma. Otros añadían, siempre con referencia á cartas de España, que la dispensa estaba para despacharse, y algunos llegaban á asegurar que el Príncipe no recibiría á la infanta sin algún acomodamiento sobre lo del Palatino; lo cual era difícil, toda vez que no tocaba á España resolverlo, sino al Pontífice, al Emperador y á Baviera, y cada uno de ellos estaba muy interesado en la destrucción de aquel Estado. Hasta el mismo conde de Bristol escribió que jamás los españoles en ocasión alguna habían depuesto su natural gravedad, como lo hacían con el Príncipe; noticia de gran crédito, pues la opinión de lord Digby era de mucho peso, aun para los enemigos más implacables de España. A principios de Marzo se abrieron los alistamientos para las naves que vendrían á la Península á conducir los Príncipes á Inglaterra. Lord Francis Manners, conde de Rutland, suegro de Buckingham, era el general de esta expedición, é indecible el número de personas de todos rangos sociales que solicitaron acompañarle. A veinte ascendía el número de los barcos que se preparaban, y en 30.000 libras esterlinas se calcularon los gastos del viaje. Del mismo modo se empezaron las obras de los palacios de Saint James y de Dinamarca para que los ocupasen los Príncipes, y se habilitaron las capillas adjuntas para el culto católico y la antigua iglesia de Saboya para que sirviese á la familia de la infanta.

En España, en tanto, las cosas iban con tardo paso y no

tan bien como en un principio. Para que continuase el aturdimiento de las fiestas que distraían del objeto principal, ordenó el rey Felipe IV al almirante de Castilla, al duque de Cea, al marqués de Velada y al duque de Híjar que agasajasen con nuevos entretenimientos públicos á los ingleses. La orden de S. M. estaba concebida en estos términos: *Ha ordenado el rey, nuestro señor, que traten de festejar y agasajar al Príncipe de Inglaterra el almirante de Castilla, el duque de Cea, el marqués de Velada y el duque de Híjar. Y como mayordomo mayor de S. M., yo, el conde de Puebla, y de su orden, escribo esta etiqueta en 15 de Abril de 1623.*—EL CONDE DE PUEBLA (1).

El primero que rompió la serie de estos grandes festejos fué el almirante de Castilla, con un espléndido torneo que tuvo lugar el domingo de Pascua. En aquella festividad se acordó que los galanes tuvieran lugar con las damas, con el objeto de permitir al Príncipe de Gales hablar con la infanta. El lujo desplegado fué pasmoso. El rey, vestido de pardo, toisón grande y cadena atravesada de coronas ligadas á cuatro haces, salpicadas de esmalte verde y negro, cintillo y joya de diamantes en el sombrero y plumas de airoso penacho, se presentó en el cuarto del Príncipe, á quien sacó á su derecha. Era el traje de éste negro, guarnecido costosamente á la española, insignia de San Jorge en colonia azul obscura, y la jarretera bordada sobre el color. El rey llevó al Príncipe al cuarto de la reina. Esta y la infanta salieron á recibirlos, y Doña María apareció á los ojos vestida de negro y oro, con extraña riqueza y extraordinaria hermosura. Después, bajo el dosel, sentóse el Príncipe á la derecha de la reina, y el rey á la de la infanta: de modo que en medio quedaron los dos enamorados con amplia libertad para cortejarse.

Mas no eran todo alegrías en el fondo de aquellas exterioridades. En Roma cada día se hacinaban dificultades sobre las concesiones pedidas en favor de los católicos ingleses. Cada

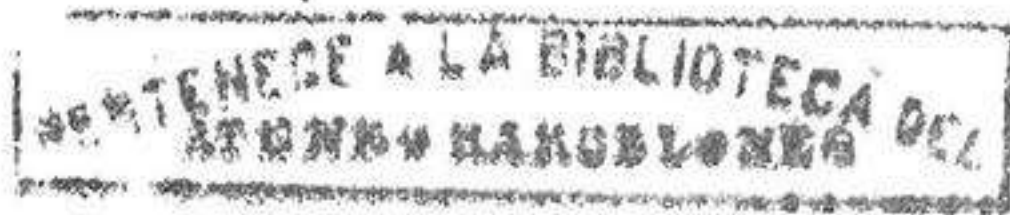
---

(1) *Bibl. Nac. de Madrid.*—Mss. Cc. 46, fol. 131.



día se sugería una nueva exigencia, irreconciliable siempre con lo que las leyes de Inglaterra y los sentimientos del Parlamento y del pueblo británico pudieran admitir. Ya en Londres oyó decir el embajador véneto, Luis Valaresso, que «la archiduquesa de Flandes trabajaba cerca del Santo Padre para que pudiese dificultades, en tanto que ella arreglaba el casamiento de la infanta doña María en Alemania, lo que á España gustaría más, con el hijo del emperador, y que en este plan se había ganado á Olivares, disuadiéndole á que no había utilidad alguna con el matrimonio con Inglaterra» (1). Así, sir Richard Weston, desde Bruselas, siempre escribió presentando tanto lo del matrimonio como lo del Palatino como negocios desesperados, mientras que en Madrid se descubría que De Massini, nuncio del Papa, el conde de Khevenhüller, embajador de Alemania, y los agentes de la infanta Isabel Clara Eugenia habían interpuesto el influjo de la infanta Soror Margarita de la Cruz, hija del emperador Maximiliano II, y monja profesa en las Descalzas Reales, con el P. Francisco de Jesús, carmelita, y la condesa de Olivares, para prevenir contra el britano la voluntad del rey y de la infanta, y para ladear la del ministro favorito del rey Felipe IV en pro de la solución sugerida en Flandes. Esta combinación consistía en casar á Doña María con el hijo del emperador, al Príncipe de Gales con la archiduquesa María, hija de Fernando II, y al mayor del Palatino con otra archiduquesa de Austria, llamada Cecilia Renata, la menor de las hijas del emperador.

## VII



Todavía es objeto de polémica si el Príncipe de Gales estuvo enamorado de la infanta española, y si á ésta el britano le fué de agradable parecer. Los testimonios históricos no dejan

(1) *Carta del 15 de Mayo.* (Bibl. Nac. de Madrid, Mss.)

duda alguna sobre el caso. El embajador véneto, tantas veces citado, estaba en lo cierto: *Il Principe*, como él decía á la Señoría de Venecia, *ardesse nell'amore dell'infanta, veduta per ritratto*. De su belleza y de sus virtudes oyó continuamente hablar en aquella edad en que germinan con más calor las pasiones humanas, y como el rey Jacobo, la misma reina Ana de Dinamarca y sus damas, Gondomar y los amigos de la causa española, entre los que se contaban el duque de Lennox, el conde de Arundel y otros esclarecidos próceres de la pairía, procuraban interesar en aquel amor el dócil corazón del joven príncipe, concibió hacia la infanta ese afecto apasionado que no sosiega sino con la posesión del caro objeto de nuestras ilusiones. ¿Le hubiera de otro modo arrebatado ningún otro interés político á la aventura de España en aquel momento de la vida en que un príncipe antes que príncipe es joven, y antes que instrumento de reflexión madura y juiciosa, materia inflamable que irremisiblemente responde al más fatuo destello de las primeras pasiones?

Su viaje á España fué para él una cita amorosa. Pasó por París, y no vió en aquella corte sino á la hermana de su amada hermosura por aquel instinto de comprensión y de adivinación de que se hallan poseídos los corazones amantes. Las etiquetas españolas le parecieron odiosas, porque le impedían el contacto inmediato, activo, intenso, con el hada de sus imaginaciones sonrosadas. Iba á paseo de incógnito á rondar la carroza regia como un simple galancete, y como un simple galancete se informaba diariamente del templo adonde los Austrias acudían de visita cotidiana á ejercicios piadosos ó á pláticas de grada, por esperar á la salida el rápido paso del encanto de sus ojos. En las fiestas reales, en las comedias y farsas de la corte, no había para él más que un escenario, un drama y un arte: la celosía tras la que la infanta se recataba. En las cartas de Buckingham al rey Jacobo, pocas veces le nombra el *Baby-Charles*, el nombre íntimo de familia; pero siempre le dice *nuestro enamorado*. Cuando vió á la infanta

por vez primera, escribió á su padre diciéndole que había sido extremada la satisfacción por él recibida por *la excelente belleza de María*. Otra vez escribió al rey Jacobo diciéndole que era preciso perpetuar su nombre en un recuerdo, y por eso se mandó llamar *Mariland* á una parte de la Virginia, con cuyo nombre quedó para siempre.

La tradición y la curiosidad han guardado algunos versos latinos de los que, cuando cada día se retiraba de las fiestas con que le obsequiaba la corte española, escribía á sus solas en elogio de su deseada. En el archivo secreto de Felipe IV se conservaban algunos de estos versos, entre ellos los siguientes:

*Fax, grata est, gratum est vultum, mihi grata catena est,  
Me, quibus adstringit, lædit et urit amor:  
Flammam extinguere; sanare vulnera nolui  
Vincla, et si possem, non ego posse vellim;  
Mirum equidem genus hoc morbi est. Nam in concordia et ictus  
Vincla quae vinctus adhuc, laesus et ustus amor.*

Un ingenio de aquel tiempo, el sevillano Melchor del Alcázar, entonces residente en Madrid, los tradujo en esta forma:

El ardor y la herida, el lazo estrecho  
Con que me aprieta Amor lástima enciende;  
Mas dulce es para mí, que á su despecho  
Jamás alivio mi dolor pretende.  
Y si apagar la llama y ver el pecho  
Sano, y rota la cárcel que me prende,  
Libre salir, Amor no permitiera,  
No quisiera poder, aunque pudiera.  
¡Oh nunca visto modo de accidente!  
Cautivo y lastimado,  
Más la prisión y las heridas quiero;  
Y mientras abrasado  
Débil ceniza soy, contento espero  
Nuevos incendios, y por ellos muero.

Aún más equivocada es la idea que se conserva sobre la reciprocidad de su correspondencia por parte de la infanta. Los partidarios del complot de las Descalzas, cuando ya se desataron en abierta oposición contra el matrimonio, hacían propalar la especie de que la joven doña María de Austria, desde que supo las proposiciones de Inglaterra, mandó á decir al Conde Duque, por medio de doña Margarita de Tabares, su dueña de honor, que en todo caso buscase alguna decente salida de este empeño, «porque antes sería monja descalza que mujer de un hereje». Los partidarios del matrimonio objetaban á esto que cómo no demostró esta esquivez al principio; y los otros respondían que «el no haberlo repugnado era por las esperanzas de que se mejoraría la religión católica en aquel reino».

Pero hay más. La tradición guarda una anécdota peregrina, que harto revela que la infanta tenía el mismo deseo que el Príncipe de verse y hablarse con él, cediendo á esa secreta atracción que con fuerza irresistible se hace tirana de las acciones de los que están enamorados. No bastaban los mensajes clandestinos, los billetes perfumados, las dádivas secretas, los recuerdos en flor que mutuamente se enviaban. Quisieron verse en una cita, y diestramente la preparó la infanta. Pretextó que con el poco ejercicio enfermaba, y de acuerdo con los doctores, se convino en que, bien de mañana, y acompañada de sus damas, saliese al Parque á tomar el acero. Después de varias salidas, todo se compuso para la entrevista por los dos amantes deseada. Iba la infanta con doña Leonor de Toledo, condesa de Santisteban, con la condesa de Salvatierra y con doña María de Guevara, sus damas de honor, y con las sirvientas doña Margarita Zapata, doña Francisca de Tavora, doña Paula de Castro, doña Mariana Enríquez y doña Juana de Quirós, sus ayudas de cámara. D. Diego y D. Francisco de Riaño, criados, llevaban el sombrero y el capote de S. A., y D. Francisco de Mendoza, el frasco de plata. Por último, completaban la comitiva D. Juan de la Barreda, Martín de Salinas

y el doctor Santiago, médicos de cámara. Por guarda de todos iba D. Pedro de Granada, marqués de Campo Téjar, caballero de Alcántara y mayordomo mayor de la reina.

El Príncipe de Gales debía aparecer «por la parte de la puente segoviana», y, en efecto, á poco trecho que las reales damas hubieron andado del camino, inopinadamente se le vió acercarse con Buckingham y con otros diez títulos de su corte. D. Pedro de Granada, que llevaba instrucciones particulares de la reina, por donde en Francia se sabía cuanto con la estancia del Príncipe ocurría en Madrid, al verlos llegar, y que la infanta con sus damas «hacia ellos se dirigía», detuvo á Su Alteza y la dijo:—«*Suplico á V. A. se vuelva por donde viene, porque yo vaya á reconocer aquella gente y á despachalla*». La infanta obedeció, ruborizándose, y D. Pedro, apretando el paso, fué hacia el Príncipe, y llegando á él le dijo:—«*¿Qué madrugada ha sido esta que ha hecho V. A.? ¿Viene á caza de la mejor montería de España? Pues vuélvase V. A., que soy yo la guarda*». Miróle el Príncipe sin responderle, y Buckingham hizo ademán de pasar adelante. Al ver su resolución, D. Pedro se le interpuso, diciendo:—«*Señor, en esta tierra los viejos mandan á los mozos. Todos estamos para servir á S. A.; pero en queriendo pasar de las órdenes de S. M., nos ha de perdonar que las hemos de guardar*». Replicó el Príncipe y dijo que por la parte derecha iría apartado, y D. Pedro le contestó:—«*No, señor; por donde V. A. entró ha de volver á salir*». Damián Martínez, jardinero, le abrió la puerta de los jardines, y el Príncipe y los de su comitiva salieron. Entonces el de Gales pidió el coche á la caballeriza de S. M., y por la parte de afuera anduvo dando vueltas, hasta que la señora infanta se recogió. Hubo parecer de si la señora infanta volvería al día siguiente á hacer ejercicio, y se acordó que sí, por quitar pretexto á la malicia; pero acompañándola, además de las personas antedichas, la duquesa de Sanlúcar (1).

---

(1) *Archivo privado de Felipe IV.* —(B. N. de Madrid.—Mss.—H. 56.)

A pesar de estos reconocidos afectos que ayudaban al éxito de la empresa, los enemigos del matrimonio ya se habían quitado la máscara, desde que lograron ganar la voluntad del Conde-Duque de Olivares, á lo que ayudaron mucho las discusiones que surgieron entre Buckingham y el valido de Felipe IV, por causas muy distintas de la alta misión que á España trajo con el hijo de su monarca al almirante de Inglaterra. Solamente el rey de España y la corte de los grandes y los padres de la Compañía de Jesús fueron ya partidarios del casamiento; pues como el tema de oposición contra él se tomó por lo religioso, la propaganda astuta fácilmente comenzó á triunfar de las conciencias timoratas, en un país donde el vigor de los corazones mejor templados se había enervado completamente bajo el doble influjo de los temores á la Inquisición y de los temores á la arbitrariedad de los favoritismos políticos.

### VIII

Dos grandes de España, los duques de Pastrana y de Alburquerque, negociaban en Roma la dispensa pontificia, que todos los días estaba para llegar y nunca acababa de venir. Lejos de esto, cuando el duque de Pastrana llegó con su embajada extraordinaria á Roma y habló al cardenal Ludovisi y conferenció con el Papa, notó grande espíritu de oposición, de que dió cuenta á Madrid. Alburquerque negociaba con diligencia, pero su actividad topaba con las rémoras de la curia. Cerca de dos meses llevaba el Príncipe de Gales en la corte de Felipe IV, más de uno Pastrana en la de Gregorio XV, cuando inopinadamente se presentó un día, el 25 de Abril, el cardenal Spínola en la cámara del britano á llevarle una carta de Su Santidad. Grande fué la sorpresa del príncipe Carlos. Recibióla, sin embargo, con aparente agrado, y dos días después, el 27 de Abril, el embajador Bristol le devolvía en propia mano la respuesta para el Pontífice. Gregorio XV se mostraba en

su carta, expedida en Roma el 20 de aquel mes, émulo del insigne Gregorio Magno, que alcanzó la gloria de introducir el cristianismo en la antigua Britania.

«Razón es, decía la carta del Pontífice en uno de sus primeros párrafos, que Nós sigamos sus santísimas pisadas en procurar la salud de esos reinos, principalmente dándonos, ¡oh nobilísimo Príncipe!, en este tiempo esperanzas de algún feliz suceso vuestra determinación... Habiéndoos llegado á España y corte del rey católico con deseo de casar con la Casa de Austria, nos pareció alabar encarecidamente este intento... porque viendo cómo pretendéis casar con una doncella católica, fácilmente se deja entender que la antigua semilla de la piedad cristiana, que tan prósperamente floreció en los ánimos de los reyes británicos, puede, con el favor divino, reverdecir en vuestro pecho... Nós hicimos continuamente rogar con vigilantísimas oraciones al Padre de los hombres, que á Vos, flor hermosa del orbe cristiano y única esperanza de Britania, os lleve á la heredad nobilísima que vuestros antepasados os ganaron con la defensa de la autoridad apostólica y acabamiento de los monstruos de la herejía... y, á la verdad, no podríais hacer cosa de mayor consuelo para todas las naciones de la cristiandad, que volver la posesión de vuestras nobilísimas islas al Príncipe de los Apóstoles... Vos no dejaréis de reconocer en estas letras la solicitud de la caridad apostólica, que procura vuestra felicidad; las cuales nunca jamás nos pesará haber escrito, si su lección despertase por lo menos algunas centellas de la religión católica en el corazón de tan gran Príncipe» (1).

Con hábil reserva y sagaz destreza contestó el Príncipe á esta carta, y en la suya, entre otras cosas, le decía que también su gloria se había de cifrar «en imitar los ejemplos de nuestros mayores, los cuales, si arriesgaron muchas veces su hacienda y su vida por dilatar más extendidamente la fe y la

---

(1) *Archivo particular de Felipe IV.*

religión cristiana, sin duda no introdujeron los estandartes de la Cruz de Cristo en las naciones de tan crueles enemigos con ánimo más denodado que nosotros acudiremos y pondremos toda diligencia para que la paz y unión vuelva á la república cristiana, de quien tanto tiempo ha estado alejada... Para esto mismo, añadía, nos incita grandemente la conocida voluntad del rey, nuestro señor y padre, y el entendido deseo que tiene de acudir á dar la mano para tan santa obra... Por lo cual, Vuestra Beatitud se persuada que estamos en tal disposición, y siempre nos habremos con tal moderación, que estemos muy lejos de cualquiera obra que pueda ser indicio de aversión á la Religión Católica Romana; antes nos aprovecharemos de todas las ocasiones en orden á que se arranquen de raíz las sospechas erradas con el suave y pacífico gobierno de las cosas; para que así como todos confesamos una individual Trinidad y un Cristo crucificado, así todos unánimes vengamos á tener la misma fe; y para alcanzar esto no rechazamos trabajo ninguno, aunque para ello aventuremos reino y vida» (1).

En estas correspondencias, que no dejaron completamente satisfechos á los intransigentes, cuyo partido á la sordera se trataba de levantar, pasó Abril y medió Mayo. El Príncipe, en penosa espera, alargaba su estancia en Madrid con la impaciencia propia de su situación, y en Londres el rey Jacobo comenzaba á desconfiar de las grandes largas que advertía en Roma y del tardo acuerdo del Pontífice en conceder las dispensaciones. Al cabo, próximo Mayo á rematarse, se anunció que habían salido despachadas para Madrid. Llenó esta noticia de alegría, así á las cámaras de Whitehall, como á las que en el alcázar de Madrid ocupaba el príncipe Carlos. En Londres se dispuso la preparación de la escuadra que había de zarpar para la Coruña para tomar á bordo á los nuevos cónyuges, dándose órdenes á Southampton, donde desembarcarían para que se les hiciera recibimiento digno de tales Príncipes y de

---

(1) ACAD. DE LA HIST.—*Papeles de Jesuitas*; tomo 31, núm. 56.



tal ocasión. Para Carlos y Buckingham vinieron de Francia los costosos trajes de boda; y tantos lores y caballeros ingleses llegaron por aquellos días á la capital de España, que con razón se decía que Inglaterra tenía dos cortes con la de Madrid.

La dispensa debía limitarse á una mera aprobación de los capítulos estipulados entre Madrid y Londres. La iniciativa de ellos había correspondido á España, que se comprometió, además, á negociar la dispensación. El rey Jacobo no los había alterado en lo más mínimo. Así, pues, del mismo modo que su hijo, abrigaba la convicción profunda de que una vez la dispensa en Madrid, las ceremonias nupciales serían cosa del corto plazo indispensable para los preparativos convenientes. ¿Cuál sería la sorpresa de los Stuart cuando, después de llegadas á España, pasaron días y más días sin que se diese noticia de ellas, y, sobre todo, cuando, habiendo tratado el Príncipe de averiguar la nueva causa de la detención, se anduvo con entretenimientos é informalidades inverosímiles, de donde se adquirió la certidumbre de que el nuncio no las quería entregar? No había explicación admisible para tan extraño caso. Se dilató la noticia hasta Londres, y halló al rey Jacobo desesperado; porque de sus confidentes de Roma se sabía ya que las capitulaciones de Madrid habían sido alteradas en términos que obligaban á una nueva y premiosa negociación.

La capitulación contenía que el matrimonio se contraería primero en España según los ritos de la Iglesia romana, y luego en Inglaterra con las ceremonias que parecieren convenientes al rey de Inglaterra, con tal que no contradijesen la religión de la serenísima señora infanta; el Papa objetó que «si alguna solemnidad se ha de hacer en Inglaterra, se ha de declarar la forma».

La capitulación decía que para la infanta y su familia y domésticos habría oratorio católico en los palacios que habitasen; el Papa añadía que también una iglesia pública en Londres y en las demás poblaciones donde viviesen, donde se dijera misa y se predicara.

La capitulación prescribía que los criados de la infanta se obligarían á su servicio por criados y por católicos, y el Papa añadía que habían de serlo notoria y públicamente.

La capitulación decía que el oratorio de Su Alteza estaría siempre abierto para sus criados, y el Papa que había de ser público.

La capitulación decía que las mujeres tomadas para lactar á los hijos que hubieren podrían ser católicas y deberían ser nombradas por la infanta; el Papa corregía esta condición y reclamaba que debieran ser por necesidad católicas.

La capitulación decía que los hijos se educasen hasta los siete años al lado de su madre; el Papa, que hasta los doce.

Había añadidas además condiciones nuevas, como que se admitiera en Londres un obispo católico que ejerciera jurisdicción pastoral; que el juramento de los católicos ingleses no fuera más lato que el de los criados de la infanta; que la fidelidad que éstos jurasen al rey de Inglaterra no envolviera lo que atañese á la conciencia; que en la parte espiritual no estuviesen afectos á las leyes civiles de Inglaterra, sino á las canónicas de Roma; y, por último, se pedía que el rey Felipe jurase al Papa el cumplimiento por las dos partes y por el Príncipe. Sin este juramento el Papa prohibía terminantemente al nuncio De Massini hiciese entrega del Breve de las dispensaciones.

Todos los ánimos se alteraron con semejantes vejaciones. Fácilmente se comprendió que alguna mano oculta, más que la del Papa, provocaba aquellas dificultades. El Príncipe quiso romper los tratos y marcharse á Inglaterra, culpando á todos de mala fe; y en tanto Felipe le rogaba un plazo de veinte días para consultar en Londres con su padre. Se nombró una comisión mixta de ingleses y españoles para conferenciar sobre el asunto. Para esta comisión designó Felipe IV al marqués de Montesclaros y al de Castilbaibela, del Consejo de Estado el primero y el segundo del de la Guerra; al conde de Gondomar y al secretario de Estado D. Juan Ciriza, y el Prín-

cipe de Gales al duque de Buckingham, al conde de Bristol, al embajador Aston y al consejero Cottington. Olivares quedó excluído, y aprovechando aquella circunstancia descubrió su oposición al rey por medio de una representación secreta y por escrito, en que se hurgaba así á lo moral como á lo político con suma habilidad.

«El ánimo de Felipe III—decía—fué no efectuar el casamiento no haciéndose católico el Príncipe. Sospechando que V. M. está en el mismo ánimo, aunque las demostraciones no lo dan á entender, me ha parecido representar á V. M. lo que mi buen celo me ha ofrecido en esta ocasión. El rey de Inglaterra está empeñado en dos negocios: el de este matrimonio, á que le mueven las conveniencias de emparentar con V. M., siendo la infanta María la primera señora de sangre que hay en el mundo, y la rectificación de lo del Palatinado, en lo que es mayor su empeño, por lo comprometida que está su reputación y el interés de sus nietos. No disputo si se ha gobernado el rey de la Gran Bretaña, en lo que toca al Palatinado, con arte ó confianza de amistad. Tengo yo por máxima asentada que estos dos empeños en que se halla sean imposibles; pues aunque consiga el casamiento, no ha de remitir ni faltar á lo que, á mi modo de entender, es lo más preciso, que es la restitución de sus nietos. Supuesto lo dicho, habiendo hecho este casamiento se hallará V. M. con el rey de Inglaterra, rota la guerra con el emperador y la Liga Católica, donde sería fuerza que V. M. y sus armas declarasen la guerra al emperador y á la Liga Católica, ó bien que se declare por éstos, y romperá con Inglaterra y su hermana, casada con su hijo, con lo cual cesarán todas las razones de conveniencia que se consideraban con este matrimonio. Permanecer neutral sería sospechoso y se prestaría al descrédito, tanto más cuanto que en circunstancias menos graves España tomó siempre la defensa de la fe. Tenía V. M. que quedar mal con Inglaterra ó con el emperador; aquél ofendido de que no se le siguen las ventajas que esperaba de emparentar con V. M., y

en cuanto al emperador lea V. M. el *Memorial* que ayer entregó su embajador á V. M.—Presupuesto, como sabe V. M., del mismo embajador del emperador, que desea el casamiento de su hija con el hijo del rey de Inglaterra, no hay que dudar que holgará casar también su hija segunda con el Palatino. Propongo, pues, que se hagan estos casamientos y que se encaminen luego, haciendo al rey de Inglaterra cuantos partidos parecieran para más apretada unión y correspondencia, porque venga en ello. Todas las ventajas que tiene de emparentar con nosotros, sin faltar ninguna, las tiene con esotro casamiento, y además acomoda las cosas del Palatino y la sucesión de sus nietos con reputación, sin sacar una espada ni consumir hacienda. Al emperador se le interesa con esto en las convenciones del rey de Inglaterra y del Palatino, único camino para atajar los daños grandes que amenazan, de no acomodarse así las cosas y de apartarle de las conveniencias y empeños de Baviera.»

Para forzar más capciosamente la voluntad de Felipe IV, su valido, entregado ya de todo punto en mano de los enemigos de España (y este fué el único y capital error de su política), acompañó al memorial extractado una copia de las dispensaciones romanas, con dos diversos comentarios: uno, el de las objeciones hechas por el Príncipe de Gales á las condiciones del Papa; el otro, de propia mano del Conde-Duque, en forma de notas ó apostillas marginales, capaces de arredrar el ánimo más entero. Se pedía, por ejemplo, en los contratos primitivos, que las amas de cría de S. A. *pudiesen* ser católicas, y Su Santidad pedía que lo *fuesen necesariamente*. El Príncipe objetaba «que supuesto que la infanta era quien las había de nombrar, era llano que así las nombraría, y que ni el rey, su padre, ni él, podrían jurar lo que absolutamente era de voluntad y elección ajenas». La nota marginal del Conde-Duque añadía: «Dice el rey de Francia, por su embajador, *que de no jurar el Príncipe esto de las amas, tomará las armas contra Inglaterra y España, y en defensa de la Religión y*

*del Papa*». ¡Verdaderamente en mantillas debía andar la ciencia política para admitir por razones serias, capaces de producir una guerra, semejantes nimiedades! Pedía Roma en otro lugar que á la capilla de la infanta pudieran asistir lícita y públicamente todos los vasallos católicos de S. M. B. á oír los oficios divinos. El Príncipe de Gales respondía: «Que en el estado actual de Inglaterra ofrecía esto peligros, y que la aglomeración de católicos en un punto podría inducir á sospechas de asonada; mas que, queriendo transigir todo en su buen ánimo, se obligaba á que se disimulase la ida de los católicos á la iglesia de la señora infanta, y tomaba sobre sí el gobernar lo que tocaba á este particular, de tal suerte que todos quedarían contentos; pero que el capitular directamente que todos pudiesen ir libre, lícita y públicamente al dicho oratorio, capilla ó iglesia, no mostraba menos que una pública libertad de la religión católica romana, lo cual nunca se había pedido por parte de S. M. C. en los tratados de hasta aquí, porque la Majestad del rey de la Gran Bretaña ha dicho siempre que no conviene, ni es posible, concederla por ahora». La nota marginal del Conde-Duque añadía: «El embajador del Imperio dijo, con alguna libertad y por escrito á S. M., que Inglaterra tiraba con engaños á destruir los católicos, y, una vez hecha la boda, hacerlos todos herejes, á que su amo nunca vendría, aunque perdiese el Imperio» (1). Y sin embargo, el reino del emperador estaba formado de tanto número de herejes como de católicos, pues provincias enteras del Imperio eran protestantes.

Quedó Felipe IV con estos dictámenes y pareceres perplejo é irresoluto. La materia que se le presentó era de una gravedad obscura y siniestra. Tenía su fe empeñada con Inglaterra; y, ó ignoraba las asechanzas de Roma, Viena, París y Bruselas, ó temía romper con estas cortes, cargando él, rey católico por excelencia, con el dictado de hereje. Mas como eso

---

(1) *Archivo privado de Felipe IV*. Bibl. Nac. de Madrid, Cc., 43.

era arduo, todavía lo remitió al Consejo de Estado, esperando de aquel alto Cuerpo la inspiración más acertada del asunto, ó al menos la que más descargada de responsabilidad dejara su conciencia.

En medio del rebajamiento universal de los caracteres; en medio de la baja y complaciente sumisión general á los destellos del poder; en medio de tantos hábitos de servidumbre como habían ya corrompido á la nación, en este alto Cuerpo, muy al contrario de lo que sucedió algunos años antes al consultarle Felipe III con el mismo objeto, se conservaban fúlgidas centellas de lo que en otro tiempo individualizó nuestro genio y fué timbre preclaro del ilustre nombre español. Allí, por término de largas y lúcidas carreras; allí, por reposo de venerandas ancianidades, todavía se hallaban como en refugio de los audaces atropellos de la nueva edad y de la nueva generación, más lozana que instruída, algunos restos de aquellos grandes ministros que recibieron el bautismo de sus estudios, de sus servicios y de sus experiencias en los tiempos de Felipe II, en que todavía para justificar aquel cargo, por humilde que pareciese, se necesitaban más probanzas de suficiencia que de inquietud de ánimo, de ambición y de atrevimiento. Entre estos últimos vestigios de una edad que la contemporánea se había habituado á considerar como más floreciente, se contaban un duque del Infantado, primer prócer del reino; un marqués de Villafranca, que no había renegado de la prez de sus abuelos; un marqués de Montesclaros, de la más alta suposición por el crédito de su rectitud; un marqués de Aytona, hombre de grande justificación en toda su vida; un marqués de los Balbases, en quien competían dos coronas gloriosas, la de las armas y la de la política, y, finalmente, un conde de Gondomar y un marqués de Flores Dávila, que, educados en los negocios de las cortes extranjeras, estaban acostumbrados á amar á la patria por sentimientos de noble emulación y no por espíritu de bajas intrigas. Allí estaba también el Conde-Duque de Olivares con sus hechuras, el conde de

Monterrey y el marqués de Castel-Rodrigo; allí los cardenales D. Antonio Zapata, D. Diego de Guzmán y D. Diego de Borja; allí, en fin, los obispos de Segovia y de Cuenca. Sin embargo, allí prevalecieron los más elevados pensamientos patrios, como si en aquel recinto y en aquellos insignes varones se hubiera concentrado en tal ocasión y en tal asunto el espíritu de la nación entera.

«La mayor seguridad de los tratados—el Consejo de Estado en su informe decía—consiste en la conveniencia de los contrayentes; y no cabe duda de las que de este matrimonio pueden resultar, así en beneficio de la religión católica romana como de la conservación y estabilidad de nuestra monarquía. Los futuros contrayentes, después de las posibles garantías humanas, es preciso abandonarlos al dictamen divino en lo que toca al riesgo indicado por Roma de que la persona de la infanta quede expuesta á la voluntad y fuerza de su marido no católico por la ternera de sus años y por la fragilidad de su sexo; en Alemania, en Polonia, en Francia, son lícitos los matrimonios entre herejes y católicos, viviendo cada esposo en la libertad de su religión, sin intento de pervertir al otro, y no hay noticia de infanta alguna de España que haya desmayado en la fe. El consejo y resolución fundado en las acciones pasadas aseguran de lo mismo en la ocasión presente. ¿Qué peligro puede correr la religión? Los católicos de Inglaterra sólo con ver los tratados para este casamiento olvidan ya la increíble y sangrienta persecución por tantos años padecida y lo miran con esperanza. Los Pontífices no pueden prescindir de los intereses de su señorío temporal, y les fatiga la cercanía de potentados tan poderosos como España é Inglaterra. La República de Venecia y Saboya le animan contra España. Francia aspira á Milán, Sicilia y Navarra, y mira con celos el matrimonio. Los Países Bajos ven con él en peligro su rebelión, y harán esfuerzos para que no se lleve á cabo. Venecianos, Saboya, los protestantes de Alemania, los hugonotes de Francia y ciudades anseáticas, esperan recibir apoyo de In-

glaterra contra España, y también lo entorpecen. Por otra parte, no tiene el rey de Inglaterra la quietud tan asegurada entre los mismos moradores de su reino que deje de haber menester la unión de S. M. para defenderse de ellos en su propia casa. Escocia está disgustada de haber dado rey á Inglaterra, quedando sin silla real y sometida; Inglaterra, comida de divisiones religiosas y políticas; Irlanda, irritada por la opresión que experimenta...»

Después de trazado cuadro tan magistral, el Consejo de Estado no sólo creía lícito el matrimonio y razonables las respuestas que el Príncipe de Gales dió por escrito, sino que instaba á S. M. á que diese por sí y en nombre de los britanos el juramento de fianza que de Roma se había pedido: dictamen que presentado por el conde de Montesclaros, que había sido su ponente, recibió la adhesión y la firma de todos los consejeros, con excepción única del Conde-Duque. Este no sólo reprodujo todos los argumentos del memorial privado que dió á Felipe IV, sino que, viendo la causa perdida, los reforzó con otros que hicieron su opinión bastante sospechosa. Sostenía ya abiertamente *la ilicitud* del matrimonio, aunque en lo político reconocía «que unido el poder de las dos Monarquías, se podían ayudar de manera que todo el poder restante de Europa junto no les hiciese balanza». Mas en lo moral, añadía:— «Vuestra Majestad para pedir dispensaciones y para efectuarlas después de concedidas, tendrá pareceres de teólogos grandes y personas de autoridad, que podrán quitar la conciencia de V. M.; pero éste es punto á que sólo debe estar V. M. atento en este y los otros negocios grandes que se ofrecieren, sin tener atención ni fin á ninguna otra materia de Estado, posponiéndolas siempre todas al menor escrúpulo que en esta parte se pudiese ofrecer á V. M., con seguridad y quietud grande de ánimo de que el día que V. M. posponga y aventure todos sus reinos y señoríos por no ceder á la menor circunstancia que toque á este fin, este mismo día asegurará V. M. todos los peligros y riesgos que se pueden esperar por cualquiera otra ma-



teria de Estado, y podrá prometerse también no solamente la seguridad de estos riesgos, sino el mayor acrecentamiento, autoridad y grandeza de sus reinos y señoríos, ofreciendo á Dios el estimar en más perder todos sus Estados por no atravesar el menor inconveniente que se ofreciere y en que pareciere que cedía un punto de rigurosa observación de religión, que ganar el resto del mundo, todo por dispensar, ni en lo dudoso, en esta parte tan sagrada y justamente entendida y respetada por V. M.

El Conde-Duque terminaba diciendo: «que las conveniencias grandes de Estado para la mayor unión las reconocía, las había dicho y las entendía, dejando fundado, sin padecer oposición alguna, que en las Monarquías no hay otro medio de amistades «sino los intereses de Estado que llegan á concurrir entre ellas; pero que no tenía confianza en que se cumpliera lo que se pactaba, quedando en tanto en el aire la reputación de S. M.»—«Me apartaré de este dictamen—añadía—si el rey ó el Príncipe de Gales confesasen ser católicos ó estableciesen libertad de conciencia para los católicos, asentándola en el Consejo con el rey y en el Parlamento, y quedase como ley, y fiasen á los católicos que públicamente lo fueran algunos oficios de los grandes y de confianza, dilatando entregar la persona de la señora infanta para cuando esto se cumpliera».

Al margen del informe del Consejo de Estado, escribió el rey Felipe de su puño y letra:—«*Está bien lo que parece al Consejo*»; y á la del voto del Conde-Duque, el siguiente decreto:—«*Manda S. M. C. que hasta que vengan juradas por el Parlamento y revocadas las hechas no se hable de este punto, pues aunque aquí la jure, allí no podrá cumplirlas*». La letra de esta apostilla ni era la del rey ni era la del Conde-Duque.

Con todo esto, las capitulaciones reparadas por el Príncipe de Gales todavía pasaron á una junta de teólogos, de la cual salieron tantos dictámenes como personas la formaban, no habiéndose salido jamás, de asamblea de hombres en discordia de opiniones, tan exacto el antiguo apotegma *tot caput, tot sen-*

*sus*. Cuarenta y un pareceres distintos llegaron á manos de Felipe IV. Los más notables fueron el del prior del Carmen, Fray Francisco de Jesús, en un todo conforme con el voto presentado en el Consejo de Estado por el Conde-Duque de Olivares, y contra el matrimonio, y el del P. Juan de Montemayor, de la Compañía de Jesús, que lo aprobaba, por lícito, por político y por provechoso. El inquisidor general, los demás Padres de la Compañía y Fray Basilio Ponce de León, agustino, opinaban que se consumara desde luego el matrimonio, sin más que lo pactado y el juramento (1); el obispo de Atenas y el de Guadalajara de Indias eran de parecer que para seguridad de todos bastaba la palabra del rey de Inglaterra; el licenciado Gilimón de la Mota y el P. Hernando de Salazar, que se celebraran las bodas hacia Septiembre, y hasta tanto permaneciese el Príncipe en España. Como estos papeles fueron recogidos por S. M. mediante un decreto al presidente del Consejo de Castilla, que decía: «*Enviaréisme luego todos los papeles que ha dado cada uno y están en vuestro poder*», y estos papeles se protocolizaron en un gran código que lleva por título *Diferentes papeles para el Gobierno de S. M.*, código que, con otros del *Archivo privado de Felipe IV*, los posee la Biblioteca Nacional de Madrid (Cc. 46 ant., núm. 9.405 moderno); por él se conocen todos estos informes y el nombre de cuantos los emitieron, en número de ciento veinte votos distintos. En la división ó disparidad de estos votos, el P. Paravicino aceptaba el matrimonio resueltamente y con todas sus consecuencias; Pedro Mantuano ejercitaba su indigesta erudición citando una inacabable lista de príncipes á quien Dios había castigado por casar con herejes; el obispo de Ciudad Real pedía en rehenes la ocupación de varios puertos de Irlanda, hasta que las condiciones del matrimonio se cumplieran; el presidente del Consejo de Hacienda opinaba bajo el terror que le produ-

---

(1) A este parecer se agregaron, además, el P. Pedro González de Mendoza y el P. Luis de Torres.

cían los pronósticos de tristes sucesos que por el matrimonio hacía; el prior de Atocha, Fray Juan de la Puente, Fray Cristóbal de Torres y Fray Juan de Araujo, y todos los demás dominicos, no sólo lo reprobaban, sino que creían que el hisopo, después que se fuera el Príncipe de Inglaterra, debía purificar las paredes de las habitaciones que había ocupado en el real alcázar; el gobernador del Consejo de Indias no quería que la infanta fuera entregada hasta después que hubiera parido en España; es decir, que en vez de garantías, se giraba sobre el absurdo y se pedían los imposibles.

La Junta de teólogos, por última deliberación, acordó proponer á S. M., como único medio resolutivo de aquel negocio: «que se celebre el matrimonio en esta corte; que sea rato y no consumado; que, después de hecho, la señora infanta se quedara en España por el tiempo que se acordase, en poder de sus hermanos, y que el Príncipe de Gales se fuera á su Reino; y que si en el tiempo que se acordase también se viesen los efectos capitulados en beneficio de los católicos y de la religión cristiana, y de lo que estuviese bien para esta Corona, entonces se le entregara; y que en el caso de que se faltase por Inglaterra á sus obligaciones, el Papa, con la potestad que tiene, anule el tal matrimonio, por ser rato y no consumado». La Junta de teólogos, antes de darse por disuelta, quiso oír al nuncio, y éste dijo en aquel medio concilio político y medio asamblea religiosa «que él no tenía arbitrio ni poder de Su Santidad para alterar ni en un ápice los capítulos venidos de Roma; antes, se había de mirar como precisa la confirmación íntegra de ellos, porque si no, no podía usarse de la dispensación, ni él entregar el Breve de Su Santidad en que la concedía» (1).

---

(1) Son muy importantes, además, sobre este asunto los documentos siguientes:

1.º Consulta del Consejo de Estado sobre las conferencias que tuvieron el marqués de Montesclaros y el conde de Gondomar con el indicado Príncipe de Gales acerca de que extendiesen á Irlanda y Escocia los capí-

Cuando estos acuerdos fueron notificados al Príncipe de Gales, dió lacónica respuesta por escrito: «Supuesto que S. M. nada puede hacer sin consultar á Roma, ni yo, sin la voluntad del rey, mi padre, pido licencia para volverme á Inglaterra á solicitar éste, pudiendo hacer lo mismo S. M. con Roma». Esta contestación tan brusca y tan enérgica descompuso á Felipe IV, y Olivares quedó encargado de impetrar del britano un plazo de veinte días.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

---

tulos acordados en favor de los católicos de Inglaterra por dicho Príncipe. (ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL.—Estado.—Libro 737 d, fol. 305.)

2.º Consulta del Consejo de Estado sobre los despachos del marqués de la Hinojosa y de D. Carlos Coloma, relativos á las audiencias que obtuvieron del rey de Inglaterra para tratar acerca del matrimonio del dicho Príncipe y sobre otros asuntos; entre ellos, de la falta de socorro á un navío quemado por los holandeses en Dunquerque; sobre la intervención del rey Jacobo de Inglaterra para que el Palatino firmase una suspensión de armas; sobre la amistad del rey de Francia con los holandeses; se habla también, en resumen, de lo que contenían las cartas del marqués de la Hinojosa y de D. Carlos Coloma desde el 16 de Julio al 4 de Agosto de 1623.

3.º Consulta del Consejo sobre el contenido de dichas cartas, relativas al estado de las negociaciones del casamiento del Príncipe de Gales con la infanta Doña María; consecuencias políticas que podría tener dicho casamiento respecto á España, y las religiosas respecto á los católicos de Inglaterra; disposición de ánimo de Buckingham poco favorable al negocio; instancias del rey Jacobo para que se abreviase el plazo señalado para el casamiento, y otros particulares notables. (ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL.—Estado.—Libro 737 d, folios 318, 340 al 366.)

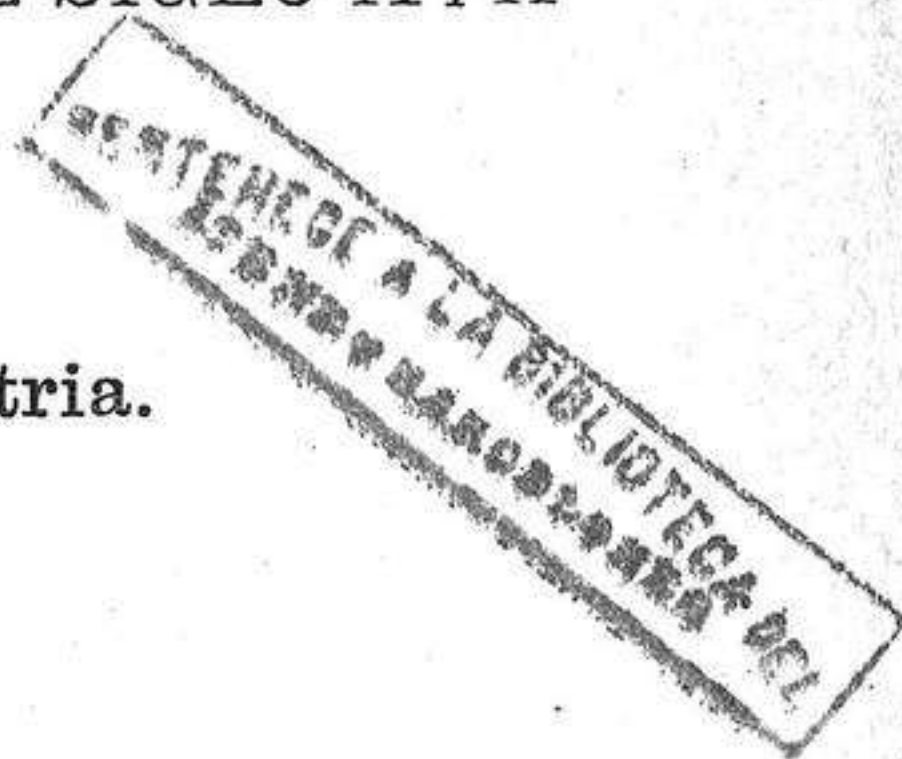
# UNA BODA REGIA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVII

Felipe III y Margarita de Austria.

## I

El 21 de Enero de 1599, después de haber recibido en audiencia de despedida á los procuradores en Cortes y de haber presidido una sesión del Consejo de Estado, Felipe III, acompañado de su hermana Isabel Clara Eugenia, salió de la coronada villa y fué á hacer noche en Vicálvaro, camino de Valencia. El objeto de aquella expedición no podía ser más agradable para los hijos de Felipe II: ambos iban en busca de sus respectivos cónyuges: Margarita de Austria y el archiduque Alberto. No llevaban acompañamiento de alabarderos ni otras guardias, ni más impedimenta que los coches de las damas, ni más escolta que los mayordomos y gentileshombres de la cámara. En la Corte se estaban preparando para la jornada el almirante de Castilla, el cardenal de Sevilla, D. Rodrigo de Castro; los duques de Nájera y del Infantado, los condes de Lemos y de Miranda, D. Pedro de Médicis y el infante de Marruecos, amén de varios ministros y secretarios, entre los cuales se contaban: D. Francisco de Idiáquez, por el Consejo de Italia; D. Alonso de Agreda; el Vicecanciller de Aragón, don Pedro Franqueza y algunos más.

El 4 de Febrero llegaron las reales personas al reino de Valencia, el 7 á Játiba, el 11 á Denia, en donde el marqués, futuro duque de Lerma, les obsequió espléndidamente; el 18 lo



pasaron cazando en la Albufera, y el viernes 19 hicieron su solemne entrada en Valencia, «con grande acompañamiento del Visorrey, títulos y caballeros de aquella ciudad, que es mucha la nobleza de ella» (1). «Entró S. M. debajo de su palio con el estoque que llevaba el marqués de Denia delante, y los reyes de armas y maceros, como es costumbre; fué á la iglesia mayor, donde le esperaba el arzobispo y la clerecía, y después que hubo rezado se fué con el mesmo acompañamiento al Real, que es la casa que allí tiene, y la Serma. Infanta y sus damas en sus coches detrás, donde estarán hasta que llegue la Reina»... (2).

Felipe III, que había sido espléndidamente obsequiado durante el viaje por los señores de varios pueblos, como el conde de Benavente, que le envió á Fuente de la Higuera «un presente de cosas de comer, de aves salvajinas, confituras y muchos regalos que iban en cincuenta y tres acémilas con sus reposteros y mucho acompañamiento», fué objeto del entusiasmo y de las rendidas atenciones del pueblo y de la aristocracia valenciana. En tanto llegaba la Reina, entreteníase S. M. en visitar las casas de los títulos y caballeros, asistiendo á los saraos que en su honor se celebraban y que, á juzgar por lo que dicen los contemporáneos, eran espléndidos banquetes. En un sarao que dió el conde de Benavente se sirvieron, no obstante ser Cuaresma, «trescientos platos de confituras y otros regalos, por ser día de ayuno». No sabemos hasta dónde hubiera llegado la esplendidez del conde sin esa precisa circunstancia.

Valencia estaba lleno de forasteros, hasta el punto de temerse una epidemia. Aprestábanse todos á lucir sus galas y á demostrar la mayor esplendidez posible con motivo de la llegada de la Reina, y se obsequiaban mutuamente los señores

---

(1) Cabrera de Córdoba: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*.

(2) Cabrera: *Ibíd.*

con animadas fiestas en espera del fausto acontecimiento. Todo se volvían justas, iluminaciones y preparativos. Las telas, sedas y demás adornos estaban por las nubes; el valor de los artículos de primera necesidad se había triplicado; la gente se aglomeraba en las casas, y hasta dormía en las calles á falta de posadas, distrayendo sus ocios en contemplar los lucidos grupos de criados con ricas y elegantes libreas de seda y raso bordado en oro y plata que por las calles de Valencia transitaban. El Ayuntamiento levantaba vistosos arcos en la Puerta de Serranos, en la Plaza Mayor, cerca de la Lonja, y en otras calles. Todo era fiesta y algazara en la hermosa ciudad del Turia.

## II

Mientras el Rey, la Infanta, los grandes y los caballeros se solazaban en Valencia y sus cercanías, mezclando lo divino con lo humano, ó sea visitando ermitas, conventos y monasterios y oyendo los sermones de Cuaresma, sin perder por eso ocasión de bailar, de cazar ó de recrearse el paladar con succulentos manjares, cruzaban el Mediterráneo en demanda de las costas de España las galeras de Juan Andrea Doria conduciendo á la nueva Reina Doña Margarita. Hija del archiduque Carlos, señor de Stiria, y de D.<sup>a</sup> María de Baviera, había nacido en Gratz el 25 de Diciembre de 1584 y le habían dado una educación tan severa y religiosa, que su carácter y sus inclinaciones, su virtud y su modestia más dignas parecían del claustro que de los esplendores del solio español. El destino dispuso, sin embargo, que no se realizasen sus religiosos propósitos, pues la muerte de las dos princesas que sucesivamente se destinaron al hijo de Felipe II hizo que la eligiesen para Reina. Entonces no intervenía el afecto para nada en los reinos matrimonios, y la razón de Estado se imponía, casándose los Reyes sin conocerse y pensando no más que en sus intereses políticos; de suerte que, una vez concertada la boda del In-

fante D. Felipe por D. Guillén de San Clemente, embajador en Alemania, el archiduque Alberto, que se hallaba en Flandes, recibió la orden de marchar al encuentro de Doña Margarita y de traerla á España, al mismo tiempo que salían de la Península con dirección á Alemania la duquesa de Gandía, camarera mayor de la futura Reina, y su hijo el duque, con numerosa servidumbre y cuanto era menester para un viaje tan largo y tan costoso. No había llegado aún á Italia, cuando murió Felipe II, por lo cual se le tributaron por doquiera honores reales. En Verona se juntaron para admirar la lujosa comitiva cerca de 8.000 almas, acudiendo á saludarla y á rendirle homenaje el gobernador de Milán, los duques de Mantua y Módena, los embajadores de Venecia y el Nuncio. El Papa Clemente VIII, que se hallaba en Ferrara, queriendo dar una muestra de consideración á la Princesa, encargó se la hicieran los mayores honores y se prestó gustoso á celebrar, no solamente los desposorios del Rey de España con la archiduquesa, sino los del archiduque Alberto con D.<sup>a</sup> Isabel Clara Eugenia, como así se hizo con gran solemnidad el 13 de Noviembre de 1598. El padre Flórez, en sus *Reinas Católicas*, describe minuciosamente los desposorios.

«El Papa Clemente VIII, que se hallaba en Ferrara, envió dos Cardenales y muchos prelados, con una lucidísima carroza, para que recibiesen á la Reina. A la puerta de Ferrara se hizo un aposento, donde, dejada la carroza, montó S. M. en una hermosa hacanea; y hecha salva de la artillería, salió el Sacro Colegio de los Cardenales con toda su grandeza á cumplimentar á la Reina. La entrada fué magnífica. Iba delante el carruaje con dos compañías de á caballo, trompetas y banderas, pero enlutadas por la muerte del Rey; luego, gran número de señores de la Corte con otras dos compañías. Seguíanse los eminentísimos Cardenales, precedidos de los que llevaban sus insignias, con los guardias de Esquizaros del Papa. En medio de los dos últimos Cardenales iba la Reina, llevando un Caballero de Malta las riendas de la hacanea, ricamente enjaezada por



orden del Pontífice. Entró S. M. vestida de negro, pero muy lucida por lo que resaltaba su blancura. El sol, antes oculto, descubrió ahora sus luces para que brillase más la Margarita. La archiduquesa madre, que acompañaba á la hija, iba en otra hacanea con el archiduque. Seguíanlas en litera la duquesa de Gandía, la de Frías, el gobernador de Milán, el embajador de España y otros muchos señores, cerrando la comitiva una compañía de arqueros, los caballos ligeros del Papa y un infinito número de carrozas, llenas de señoras y caballeros de ambas naciones...»

Tan lujosa y bizarra comitiva desfiló por las calles de la ciudad, que estaban adornadas con vistosos arcos, y llegó al palacio pontificio, donde el Papa, rodeado de su Corte, acogió bondadosamente á la princesa y le cedió muy luego su trono para recibir el homenaje de los presentes.

El domingo 13 de Noviembre fueron los desposorios. El día fué espléndido, y la ciudad se engalauó maravillosamente. El vestido de la Reina era de tela de plata, recamada de oro y cubierta de perlas. «Esperábala el Papa—dice Flórez—en un trono de doce gradas. La Reina ocupó la izquierda, con sitial, cortina y silla de oro encarnada y blanca. Junto á ella su madre, y á la derecha del Papa el archiduque Alberto, representando al Rey, en cuyo poder se desposaba. Los Cardenales, las señoras y los grandes tenían sus respectivos bancos. En la misa del Espíritu Santo, que celebró Su Santidad, cantaron dos Epístolas y dos Evangelios en griego y en latín; y entonado el Credo, tomó asiento el Papa, y dos Cardenales llevaron á los novios al altar, donde, leído el poder del archiduque y arrodillados los contrayentes sobre dos almohadas, quedaron Rey y Reina unidos en indisoluble vínculo...»

Al mismo tiempo se desposaron el archiduque Alberto y la infanta Isabel Clara Eugenia, representada por el duque de Sessa. El Papa entregó á la Reina la rosa de oro, y después de otros obsequios y festejos prosiguió su viaje la nueva Soberana, pasando por Mantua y por Milán, y embarcándose

en Génova el 10 de Febrero de 1599, en las galeras que mandaba el príncipe Doria.

El 28 de Marzo, después de una penosa travesía, anclaron las galeras en Vinaroz, y el archiduque Alberto se apresuró á desembarcar y á participar al Rey el feliz arribo de su esposa, á quien dieron la bienvenida en nombre del Monarca el Cardenal de Sevilla, el conde de Alba de Liste y D. Juan de Idiáquez. Al siguiente día partieron de Valencia para saludarla el marqués de Denia con 36 caballeros, entre los cuales estaban Diego Gómez de Sandoval, su hijo; D. Pedro de Toledo; los marqueses de la Laguna, Cerralvo, Ladrada, Sarriá, Guadalete y San Germán; los condes de Oñate, Paredes, Altamira, Gelves y Casarrubios; el Correo mayor, y otros muchos títulos y caballeros valencianos, «vestidos todos de encarnado y blanco, con muchos pasamanos de oro y sendos criados, con los mismos colores y pasamanos de seda». El Rey, por su parte, «parece que fué de secreto por otros caminos, acompañado de algunos de su Cámara, vestido de la misma librea», entrando sin ser conocido para ver á la Reina, y quedando prendado de la hermosura, buen talante y discreción de su esposa.

Esta hizo su entrada en Valencia el domingo 18 de Abril. Cabrera de Córdoba la narra de esta suerte:

«El dicho domingo fué la feliz y pomposa entrada de la Reina, la cual entró sola con palio, cuyas varas traían los jurados de la ciudad, en una hacanea, y seguían la archiduquesa madre á la mano derecha del archiduque Alberto; después, doce damas tudescas y españolas; entraron á caballo con sillones de plata, y cada dama iba acompañada de un caballero mozo, y detrás venía el coche de la Reina, y después otro con damas de la archiduquesa. Fué la vista muy bella, que hinchía los ojos. Iban en el acompañamiento como ducientos caballeros, todos vestidos ricamente y con joyas que se han estimado en más de un millón, y con ricas y lucidas libreas de muchos pajes y lacayos. Halláronse en el acompañamiento diez y seis grandes: los duques del Infantado y de Híjar, el almi-

rante duque de Umala, los príncipes de Molfeta y Oranje, los condes de Benavente y Miranda, el príncipe Doria, con plumas y botones de oro; el marqués de los Vélez, el conde de Lemos, el infante de Marruecos, el duque de Alburquerque, D. Pedro y D. Juan de Médicis, el conde de Alba, que iba solo, como mayordomo mayor, con su bastón en la mano, y D. Juan de Idiáquez, que iba á pie al estribo de la Reina, como su caballero mayor.»

Todo aquel espléndido cortejo de damas y caballeros ricamente ataviados pasó por entre apretadas filas de alborozados valencianos y bajo arcos monumentales, como el de la Plaza Mayor, que tenía tres puertas y muchas figuras alegóricas, ó como el de la Puerta Real, en el que se veían á Palas, Diana, Juno y Venus, «cada una con su letrero». Nueve carros triunfales con las nueve letras del nombre de la Reina, cada una en su carro, y otras invenciones y letreros alusivos al suceso, completaban el animado cuadro de las vías de Valencia.

Dirigióse el cortejo á la Catedral, donde debía verificarse la ratificación del matrimonio de reyes é infantes. La ceremonia acabó á las tres de la tarde, poniéndose después en camino la Reina y la archiduquesa en coche, y el Rey y el archiduque á caballo, á derecha é izquierda del coche, seguidos de las damas, en carruajes, y de los grandes, títulos y caballeros, á caballo. «La Reina y la archiduquesa iban de blanco, con muchos recamados y bordados de oro y perlas, con velos de plata y tocados muy ricos y de gruesas perlas, y el Rey con bohemo morado, y el archiduque con capa de lo mismo, con muchas joyas de inestimable precio, como requería á semejantes personas.»

El lujo de que todos hicieron gala aquel día fué real y verdaderamente extraordinario. El Padre Flórez, en sus *Reinas Católicas*, dice que los grandes, títulos y caballeros formaban delante una comitiva nunca vista, «donde lo numeroso, siendo mucho, fué vencido de las riquezas; pues, como si no tuvieran precio, los diamantes, los rubíes y las esmeraldas daban luci-

miento no sólo á los señores, sino á los criados y aun á los aderezos de los brutos. El dosel que en la comida sirvió de cielo á los Reyes lo podía parecer en realidad, según el copioso número de brillos con que las piedras, de que estaba cuajado, parecían estrellas».

«Las libreas, dice por su parte Cabrera de Córdoba, han sido muchas y muy costosas y bizarras, y la que se ha aventajado á todas, al parecer de muchos, es la del príncipe de Mol-feta, el cual traía vestidos quince pajes y diez lacayos de esta manera. Los pajes con bohemios de terciopelo morado hondo en oro, por guarnición dos fajas de raso morado, bordadas de oro escarchado, aforradas en tela de oro de Milán primavera; cueras acuchilladas como las dichas fajas bordadas, jubones de tela de oro de Milán, calzas con cuchilladas de la manera de las fajas sobredichas con telas de oro, espadas, dagas, tiros y pretina muy bien bordados, gorras con toquillas bordadas; y los lacayos se diferenciaban solamente en traer capas. Dicen que cada vestido de éstos costaba 600 ducados; pero todas las demás libreas de los señores fueron muy ricas y lucidas, y entre todas, con las de los caballeros, llegarían á más de doscientas libreas.»

Si las fiestas anteriores á la boda habían sido tan frecuentes como espléndidas, los banquetes, saraos y diversiones que á continuación de ella se verificaron fueron todavía mejores. La noche misma de la boda hubo en palacio, después de la tradicional comida en público, un espléndido baile. SS. MM. bailaron con varios invitados, sacando el Rey á Doña Margarita de Tavora y bailando, además, con la Reina y la Infanta. En la danza del hacha tomaron parte S. M., el marqués de Denia, el duque del Infantado, D. Pedro de Médicis y otros principales caballeros. La fiesta concluyó muy de madrugada, y sirvió de prólogo á otras muchas, pues el lunes se hizo la procesión de San Vicente, patrón de Valencia, y hubo alcancía y otras fiestas; el martes se verificó un torneo, que costó á la ciudad 30.000 ducados; el jueves se corrieron los toros y hubo juego

de cañas; el viernes se deleitó el pueblo con fuegos artificiales, «que fueron mucho de ver», y el sábado se hizo una fiesta, «la cual fué muy buena», y á la noche hubo sarao en Palacio, saliendo de él los invitados al caer las tres de la madrugada. Convidábanse mutuamente los grandes. El duque del Infantado convidó á todos los que habían sido agraciados con el Toisón; los regidores dieron en la Lonja un sarao, al que asistieron todas las damas y caballeros de la ciudad, costando la colación, el *lunch* como ahora se dice, 2.000 ducados; el marqués de Denia gastó, según algunos, 300.000 en obsequiar al Rey y á la Corte en la villa de que tomaba título; el conde de Miranda empleó 80.000 en atender á las reales personas durante el viaje de Madrid á Valencia y los demás grandes, el del Infantado especialmente, estuvieron á punto de arruinarse.

No todo fueron alegrías para aquellos magnates. Alguno de ellos, como D. Pedro de Toledo, que se gastó muy buenos ducados en libreas, no viendo admitida su pretensión á la grandeza, se retiró enojado á sus tierras de Andalucía, sin querer participar en los holgorios, y hubo, además, otras esperanzas frustradas y más de un amargo desengaño.

### III

Mientras los Reyes, después de haberse despedido de sus hermanos los Archiduques, que marcharon á Flandes, se dirigían á Barcelona para celebrar Cortes, pasaban luego una temporada en Denia, en casa del favorito, y breves días en Zaragoza, la Villa y Corte de Madrid, inspirándose, como siempre, en su cortesía, se aprestaba á tributar fastuoso y entusiasta recibimiento á la nueva soberana. Apenas se recibió la noticia de su llegada á España, comenzaron los alcaldes y regidores á preparar los festejos, secundados por el buen pueblo, amigo siempre de fiestas, holgorios é invenciones. Para que la comitiva pudiera ofrecerse á las miradas de los madrileños en todo

su esplendor, se derribaron muchas casas en las calles del trayecto, especialmente en la calle Mayor, en donde echaron abajo una acera de casas de la Platería, y se levantaron muchos arcos cerca de las caños de Alcalá, en la Carrera de San Jerónimo, en la calle Mayor, en las plazas de San Salvador y Santa María y en otros puntos. El 23 de Octubre llegaron los Reyes y su séquito á San Jerónimo el Real, para hacer su entrada al día siguiente. El domingo amaneció lloviendo y se creyó que debería suspenderse la ceremonia; pero á las diez de la mañana se serenó el cielo, lució el sol, se colgaron los balcones y se agolpó la gente en las calles. El Rey salió de San Jerónimo á caballo, acompañado por todos los grandes, títulos y caballeros, y llevando á su derecha al arzobispo de Toledo, se dirigió al Monasterio de las Descalzas para saludar á la Emperatriz antes de ir á Palacio. Los honores del día estaban reservados á la Reina, y Felipe III quiso que entrase sola en la capital, como lo había hecho en Valencia. A la una de la tarde fueron los Consejos á besar las manos de la Reina. Recibiólos ésta en la sala capitular del Monasterio, cuyos muros ostentaban los admirables tapices de la jornada de Túnez, y allí le ofrecieron sus respetos los individuos del Consejo Real, del de la Inquisición, del de Italia y de los de Portugal, Indias, Ordenes y Hacienda. Hecho esto, se dispuso la comitiva. Pero dejemos la palabra al minucioso cronista Cabrera de Córdoba, que vió el cortejo y lo describe con todos sus detalles.

«...Subió S. M. en un cuartago, sobre un sillón de plata sobredorado, con una gualdrapa muy rica, y con saya entera azul acuchillada y muy ricas joyas, y hasta quince damas en sillones de plata, y cinco ó seis en coches detrás de todas, y cerca de S. M. la duquesa de Gandía y D. Juan de Idiáquez, caballero mayor, y detrás de ellos la marquesa del Valle, y luego la marquesa de Montesclaros, guarda mayor, delante de las damas. Salió S. M. de San Jerónimo por un portillo que se hizo en la cerca del Monasterio para salir al campo, porque

había de entrar por la puerta de la Villa, que se había hecho de nuevo cerca de los caños de Alcalá, la cual tenía dos puertas menores á los lados, y sobre la una estaba una mujer hecha de bulto con una corona en las manos que la ofrecía á la Reina, nombrándose Madrid, por llamarse en latín *Mantua Carpentana*. Sobre la otra había un hombre que significaba el fundador de la Villa, el cual le ofrecía la llave de ella. Bajando al Prado estaba la diosa Minerva, hecha de yeso, grande, con un letrero puesto en el pedestal con que le ofrecía las fuentes y Prado, al cabo del cual estaba fabricada una fuente muy grande, pintadas muchas poesías en los frentes de ella, de la cual corrían muchos caños de agua de un pilar que estaba á las espaldas. De allí volvió hacia la villa por la calle de San Jerónimo, y de frente al Hospital General estaba hecho un grande y suntuoso arco, con dos puertas á los lados de la mayor que ocupaba toda la calle, y estaban pintados en él muchos jero-glíficos, y algunos de bulto. Allí estaban los regidores de la villa esperando á S. M. con el palio, todos á caballo, con ricas ropas de tela y oro y gualdrapas de terciopelo; y como llegó se apearon á besalle la mano, y tomaron las varas del palio, que era de brocado, debajo del cual entró S. M. con el acompañamiento delante con que había entrado el Rey, y la guarda española y tudesca á los lados, y los arqueros y guarda vieja detrás; salvo que desde el arco entraban delante de S. M. los maceros y reyes de armas, y á poco trecho llegó orden para que no fuesen en el acompañamiento, y así se hubieron de salir de él.

»El Rey fué desde Palacio en coche con el marqués de Denia, disimulados, á casa de la marquesa del Valle, que está junto al dicho arco, de donde vió á la Reina, y también le vió S. M., y después vino á verla en casa del Correo mayor, y en todas esas partes se vieron.

»Continuó la Reina su camino por la Puerta del Sol á la calle Mayor, y llegando á San Felipe, en las gradas del Monasterio estaban hechos de yeso catorce niños desnudos, hartos

grandes, con alas, y cada uno tenía su escudo con las armas de los reinos de Castilla y las de Aragón y Valencia, y en medio de ellos estaba una mujer armada, muy grande, que significaba España, con las armas reales en una mano, y en la otra una lanza.

»En medio de la calle Mayor, entre las dos calles que bajan á San Ginés, había un arco de una portada muy grande y de muy buena arquitectura y traza, con muchas pinturas y jero-glíficos como el primero. De allí pasó por la puerta de Guadala-jara á la plaza de San Salvador, donde había cuatro esta-tuas grandes de yeso; y era la primera la osa en pie con una colmena arrimada á un árbol, que son las armas de Madrid, y dos dioses antiguos y la diosa Juno. Llegó á la Plaza de Santa María, y allí estaba hecho un Hércules de bulto, con el globo del cielo á cuestas, y cerca de él, sobre un pedestal también de bulto, el Rey Nuestro Señor, armado, todo dorado, recostado sobre el globo del mundo; y decía la letra de Hércules: *Divi-sum imperio cum Jove*; y la del Rey, *Caesar habet*. Apeóse Su Majestad en la iglesia, donde le esperaba el Cardenal con toda la clerecía y cantores, que le recibieron con *Te Deum lauda-mus*, y hecha oración, se volvió á poner en su cuartago, y por detrás de la iglesia bajó á la caballeriza real, donde había otro arco mayor que los pasados, pero de buena arquitectura y traza, con muchas pinturas jero-glíficas como los otros. Llegó á Palacio siendo ya de noche.»

En el acompañamiento hubo, según el mismo cronista, treinta danzas diferentes para regocijo del público, y aquella noche y las cuatro siguientes se hicieron luminarias por las calles y ventanas. Los grandes y los títulos hicieron nuevo alarde de esplendidez. El duque de Alba vistió á sus lacayos con «capas y ropillas y cuchilladas de calzas de tela de oro guarnecidas de tela de plata, con trencillas de plata para los cantos»; pero, en general, se utilizaron las mismas libreas que en Valencia. El jueves de aquella semana tuvieron los madri-leños un nuevo pasatiempo. Una máscara de cien caballeros



recorrió las vías principales, divididos en ocho cuadrillas y vestidos de telas muy ricas. Iban en ellas los señores de la Corte, y costó á la Villa 15.000 ducados. Corrieron delante de Palacio, en la plaza de las Descalzas, y el Rey estuvo con ellos. Por la noche se pasearon las cuadrillas con hachas blancas é hicieron diferentes juegos en varios puntos. Y la Reina —dice Cabrera— «ha parecido á todos muy hermosa, y de las partes que se requieren para ser Reina de España».

Así se celebraron en España las bodas de Felipe III. Su coste fué extremado. El Rey gastó durante la jornada 950.000 ducados «en las muchas necesidades de ella», y los grandes y las ciudades estuvieron á punto de arruinarse, por tal de que su lujo no fuese aventajado por el de los demás. Y como era costumbre en estas ocasiones suspender los efectos de las leyes suntuarias, excusado es decir los excesos en el vestir á que se entregarían las damas y galanes de la época.

JULIÁN JUDERÍAS

# EN LA NIEBLA

(CONCLUSIÓN)

Con una expresión de profundo desprecio en el rostro, como si algo impuro hubiese franqueado el umbral, Pablo corrió cuidadosamente el cerrojo y se puso á ir y venir por la habitación. Le había aliviado el injuriar á su hermana y á Katia. Y mientras que paseaba por el cuarto con precaución, reflexionaba y se decía que todas las mujeres son, en efecto, criaturas perversas, egoístas y limitadas. Así, Lilia no podía comprender que hablaba él de aquella manera por ser desgraciado, y le insultó como una verdulera. Ella estaba enamorada de Avdeief. Tres días antes vino á la casa Petrof, y Lilia regañó á la doncella, después á su madre, porque no había encontrado una cinta roja. Y Katia Reimer era parecida á Lilia: era pensativa, seria; le interesaba Pablo, le encontraba inteligente; y si á su casa iba aquel mismo Petrof, también ella se pondría una cinta azul, se arreglaría el cabello ante el espejo, y pondría una sonrisa graciosa. Y todo esto por Petrof, y Petrof es un tonto, un majadero desvergonzado, y bien lo sabe todo el colegio.

Katia tiene el alma limpia, y aun adivinando ciertas cosas, no llega hasta pensar que existan mujeres desenfrenadas y enfermedades—enfermedades terribles, vergonzosas, que hacen al hombre miserable, le disgustan de sí mismo y le impulsan á matarse con un revólver, cuando todavía es joven. Y ella, Katia, lleva un vestido descotado en verano, en el círculo, y

Perteneció a la biblioteca del  
Ateneo de Buenos Aires

cuando da el brazo, se acerca, se acerca mucho. Tal vez haya besado ya á alguien...

Pablo apretó los puños y murmuró entre dientes:

—¡Qué asco!

Probablemente habrá besado... Pablo no se atrevía siquiera á mirarla, y sin duda la besó Petrof: le sobran el aplomo y la audacia. Y más adelante le entregará también su cuerpo, y él hará lo que se hace con el cuerpo de las mujeres públicas. ¡Qué horror! ¡Qué infame es esta vida, en la que no hay nada luminoso en que se pueda posar la mirada turbada por la pena y el dolor! ¡Quién sabe si ya ahora tiene un amante Katia!

—¡No es posible!—exclamó Pablo.

Y alguien dentro de él continuaba aquel monólogo malévolamente y tranquilo, y sus palabras eran espantosas:

«Sí, tiene uno: algún cochero ó algún criado».

Ocurren casos de éstos en que jóvenes puras tienen por amantes á lacayos; nadie lo sabe, y se las tiene por honradas; y, de noche, acuden á la cita con los pies descalzos sobre el suelo atrozmente frío. Después se casan y engañan á sus maridos. Esto ocurre (lo había leído). Los Reimer tenían un criado, un buen mozo moreno...

Pablo dió vivamente media vuelta, y comenzó á andar en otra dirección.

—O Petrof... Ella fué á la cita que él le dió, y Petrof (es audaz y cínico) le dijo: «Hace frío aquí; vamos á cualquiera parte, á un sitio abrigado»; y ella fué.

Pablo no puede seguir pensando. Se queda en la ventana, y parece abrumado bajo la oleada de la niebla amarillenta y repugnante que se desliza con terca persistencia en la habitación como un gusano informe de amarillo vientre. La maldad y la desesperación sofocan á Pablo; pero se siente aliviado al pensar que la humanidad entera es mala y no solamente él. La enfermedad no le parece ya tan vergonzosa y terrible. «No es nada, piensa. Petrof ha estado enfermo dos veces; Samoïlof,

tres; Schmidt, Pemarantzef, están ya curados, y yo también curaré... Seré como ellos, y todo irá bien.»

Pablo se aseguró de que estaba bien echado el cerrojo; se acercó á la mesa, y fué á abrir el cajón de la misma; pero entonces se representó aquellos instrumentos tan bien ocultos, los frascos de líquido turbio y etiquetas repugnantes y amarillas, y recordó cómo las había comprado en la farmacia, devorado de vergüenza, mientras que el dependiente de la farmacia se apartaba de él, como si también estuviera avergonzado. Se acordó del doctor, cuyo rostro era noble y honrado. Era chocante el ver á un hombre de expresión tan leal obligado á entender constantemente de enfermedades sucias y repugnantes.

Pablo dejó caer el brazo, y pensó:

—¡Qué importa!... No quiero curarme. Vale más morir...

Se volvió á tumbar, y ante sus ojos aparecieron los frascos de etiquetas amarillas, y le hicieron comprender que todo lo malo que había pensado de Katia Reimer era una mentira vil é infame, tan sucia y tan repugnante como su enfermedad. Sintióse abyecto, y quedó aterrorizado con la idea de haber podido pensar tales cosas de la que amaba, él, que era indigno de arrodillarse ante ella; de haber podido pensarlas y gozar con semejantes odiosos pensamientos; parecerle verosímiles, y sacar de su fango una altivez rara y terrible. Quedó espantado de sí mismo.

—¿Soy verdaderamente yo, y son las mías estas manos?— pensó, examinando su mano, quemada aún por el estío y manchada de tinta en la mañana.

Después todo se hizo incomprensible y terrible, como en un sueño. Le pareció ver por primera vez su cuarto, el techo moldeado, sus botas apoyadas en los hierros de la cama. Eran elegantes, con puntas finas y estrechas, y Pablo movió los dedos de los pies para asegurarse que eran los suyos los que cerraban aquellas botas, y no los de cualquier otro. Entonces se convenció de que era él, Pablo Ribakof, y comprendió que

era un hombre perdido, para el que no había esperanza. Era él quien había pensado tanto malo de Katia Reimer, era él quien tenía una enfermedad degradante, él quien moriría pronto, pronto, y al que llorarían.

—¡Perdóname, Katia!—murmuró con sus labios pálidos y secos.

Y sintió el lodo que le envolvía y le penetraba. Esta impresión le invadió desde el instante en que cayó enfermo. Todos los viernes Pablo iba al baño; se mudaba de ropa dos veces á la semana, y todo lo que llevaba era nuevo, fresco y de buena calidad; pero hoy le parece que está sumergido hasta el cuello en un agua sucia é infecta, y que deja en el aire por donde pasa una ráfaga nauseabunda. En cuanto aparece cualquiera mancha en su ropa, la examina con espanto é interés singulares, y muy á menudo siente comezones en la espalda y en la cabeza; le parece que la ropa interior se le pega al cuerpo. Esto le ocurre á veces comiendo, en visita, y entonces se siente tan atrozmente solitario como el leproso en su hedionda choza.

Tan inmundos son sus pensamientos, y se figura que si le abrieran el cráneo para sacarle el cerebro aparecería tan sucio como una rodilla ó semejante al cerebro de los animales que crecen en los estercoleros. ¡Y siempre mujeres cansadas, llenas de afeites, de mirar insolente y frío! Le persiguen en la calle, y tiene miedo de salir, sobre todo de noche, cuando por la población hormiguean esas criaturas, como los gusanos sobre carne podrida; penetran en su cabeza como en albergue propio, y no puede echarlas. Dormido, cuando no puede reaccionar contra sus sentimientos y sus deseos, suben aquéllas como fantasmas ígneos de las profundidades de su sér; despierto, una fuerza terrible le toma entre sus brazos de hierro, y le arroja, cegado, trasformado, diferente de sí mismo, á los repugnantes lazos de las mujeres impuras.

—Esto es porque soy un libertino—pensó Pablo con tranquila desesperación.—Pero no lo seré mucho tiempo: me ma-

taré pronto. Hoy veré á Katia Reimer, y me mataré. O mejor, no: escucharé solamente su voz desde mi cuarto, y cuando me llamen no iré.

Arrastrando penosamente las piernas como un enfermo, Pablo se acercó á la ventana. Había afuera algo sombrío, angustioso y desesperante, como el cielo de otoño, y parecía que aquello no tendría fin, que sería siempre así, y que no había en parte alguna del mundo felicidad ni lugar de descanso puro y luminoso.

—¡Si por lo menos hubiese luz!—dijo Pablo con tristeza; después piensa en su diario como en una postrera esperanza. El documento está bien oculto y no lo ha abierto desde que se encuentra enfermo: cuando los pensamientos son viles y el hombre no se ama á sí mismo ni ama á sus alegrías ni á sus penas, nada tiene que escribir en su diario. Pablo coge aquel diario con tierna solicitud, como un niño enfermo, y se acuesta con él en la cama. El cuaderno tiene una bonita encuadernación, es dorado en los cantos; el papel es blanco, está limpio, y no tiene ninguna mancha en sus páginas escritas. Pablo las hojea con precaución y respeto, y en el conjunto de las páginas limpias, sólidamente encuadernadas, respira la primavera, el bosque, la luz del sol y del amor.

Se encuentran allí razonamientos sobre la vida, tan serios y tan decididos, formulados mediante una cantidad tal de términos científicos y extranjeros, que le parece á Pablo que no son obra suya, sino la de una persona de edad madura y terriblemente inteligente; hay allí el primer latido del escepticismo, las primeras dudas cándidas y preguntas dirigidas á Dios. «¿En dónde estás, oh Señor?» Hay también la dulce melancolía de un amor ni compartido ni satisfecho, la resolución de ser digno, noble, y amar á Katia Reimer toda la vida, hasta la tumba. Hay la pregunta amenazadora y terrible del fin y del sentido de la vida, y la respuesta ingenua que exhala como un perfume de primavera en un rayo de sol: hay que vivir para amar á los hombres que son tan desgraciados. No hay ningun-

na alusión á las mujeres dichas. Solamente aquí y allá—como el reflejo de una nube negra sobre la tierra verde y riente,—se deslizan breves observaciones, subrayadas por estas palabras que reaparecen de trecho en trecho: *Vergüenza, Dolor*. Pablo conoce el sentido triste y secreto de estas palabras; las evita con los ojos y vuelve rápidamente la página que la deshonran.

Sigue pareciéndole que no es él quien ha escrito aquello, sino otro hombre honrado é inteligente; ha muerto ahora, y por esto todo lo que había escrito es tan significativo, de una lectura tan impresionante.

Entonces una dulce piedad por el hombre muerto llena su corazón, y por primera vez desde hacía muchos días, Pablo se siente en la casa, en su lecho, solo, y no en la calle, entre miles de vidas hostiles y extrañas.

Anocheecía ya, y el reflejo amarillento se había extinguido. Envuelta en la niebla, la larga noche de otoño crecía sin ruido, y las casas y las gentes se aproximaban como asustadas. En la calle, los faroles comenzaron á brillar con luz lívida é indiferente, con resplandor frío y melancólico; aquí y allí, en las casas, las ventanas se iluminaban, y aquellas en que lucía una sola parecían iluminarse con una sonrisa hospitalaria y acariciadora y mostrarse cordiales como antiguas amigas. Los coches continuaban rodando con trepidaciones; los transeuntes se apresuraban, pero ahora cada uno parecía tener un fin: llegar cuanto antes adonde hacía calor, adonde había luz y gentes hospitalarias. Pablo cerró los ojos, y se representó claramente lo que vió antes de dejar el campo, una tarde que paseaba solo: un atardecer de otoño, con una lluvia densa, que caía sobre una calzada recta, cuyo extremo se ahogaba en las tinieblas iguales y hablaba de algo misterioso como la vida. Por aquel camino marchaban rápidamente al encuentro de Pablo dos hojalateros, tirando de un carrito que rechinaba dulcemente; aquellos hombres tendían el pecho y avanzaban de prisa, cabeceando á compás; y muy lejos, ante ellos,

casi en el horizonte, brillaba una luz, punto vivo y luminoso. Durante un instante estuvieron al lado de Pablo, y cuando se volvió para seguirles con la mirada, el camino estaba desierto y sombrío, como si nunca hubieran pasado por allí unos hombres tirando de un carrito.

Pablo veía el crepúsculo y el camino, y ninguna otra cosa ocupaba su pensamiento. Era un minuto de sosiego, en que el alma, agitada, rebelada, agotada por sus esfuerzos para desprenderse del círculo de hierro de las contradicciones, se había escapado fácilmente y sin ruido y se lanzaba muy arriba. Era la paz y la calma, la renuncia á la vida, algo tan bueno y tan embriagador, que es imposible dar esta impresión por medio del lenguaje humano. Durante más de media hora, Pablo permaneció sentado sin menearse casi. Estaba á oscuras, y las manchas claras de los faroles jugaban en el lecho. El joven permanecía allí sentado, y en la oscuridad su rostro estaba pálido y diferente del ordinario.

—¡Pablo, abre!

Era la voz de su padre.

Pablo se levantó con presteza, y este movimiento brusco le causó el mismo dolor agudo y vivo que le cortó la respiración por la mañana. Se encorvó, y apoyó sus manos frías en su enflaquecido vientre; apretó los dientes y respondió mentalmente: «en seguida», porque no podía hablar.

—¿Estás durmiendo, Pavlucha?

Pablo abrió. Sergio Andreievitch entró, un poco cortado, un poco indeciso, pero al mismo tiempo autoritario, como lo son los padres que tienen conciencia de su derecho cuando entran en el cuarto de sus hijos, deseando, sin embargo, no dejar de ser caballeros y respetar estrictamente la inviolabilidad del domicilio ajeno.

—¿Estabas durmiendo, chiquito?—preguntó dulcemente Sergio Andreievitch; y en la sombra, dió un golpecito á Pablo en un hombro.

—No, estaba... soñando...—respondió Pablo con igual afa-



bilidad, pero, á su pesar, lleno todavía de paz tranquila y de vagos ensueños.

Comprendió que su padre iba á reconciliarse con él, y pensó: «¿Para qué todo esto?»

—Haz el favor de encender la lámpara—dijo el padre.— Es el único remedio contra la niebla: la luz. Estoy nervioso hoy.

«Se excusa...», pensó Pablo.

Levantó el tubo de la lámpara y encendió una cerilla. Sergio Andreievitch se instaló en una butaca, cerca de la mesa; arregló la pantalla; después, reparando en un cuaderno que llevaba el título de «Diario», lo puso delicadamente á un lado, y hasta lo tapó con un papel.

Pablo seguía en silencio los movimientos de su padre, y esperaba.

—Dame una cerilla —dijo el padre, cogiendo un cigarrillo.

Tenía cerillas en su bolsillo, pero quería procurar á su hijo el placer de prestarle un ligero servicio.

Se puso á fumar; echó una ojeada sobre el libro de Buckle, y comenzó:

—Estoy radicalmente en desacuerdo con Tolstoy y los demás reformadores, que luchan en vano contra la civilización y exigen que marchemos de nuevo á cuatro patas. Pero no se puede negar que el reverso de esta civilización inspira temores muy serios—alzó el brazo y lo volvió á dejar caer.—Así, por ejemplo, si miramos lo que pasa ahora en esa bella, esa admirable Francia...

Sergio Andreievitch era un hombre bueno é inteligente, cuyas opiniones concordaban con las de todos los hombres buenos é inteligentes de su época y de su país, que siguieron los mismos cursos y leyeron los mismos buenos libros, revistas y periódicos.

Era uno de los inspectores de la Sociedad de seguros *El Fénix*, y sus asuntos le obligaban á salir á menudo de la capi-

tal. Cuando estaba en casa, apenas tenía tiempo para ver á sus numerosas relaciones, ir al teatro, á las Exposiciones y recorrer los libros nuevos. Sin embargo, hallaba el medio de ocuparse de sus hijos, sobre todo de Pablo, á cuyo desarrollo, como era un muchacho, concedía particular importancia. Por otra parte, no sabía de qué hablar á Lilia, y la acariciaba tanto más.

No acariciaba á Pablo porque no era una niña; en cambio, le hablaba como á una persona mayor, le trataba como amigo, con la sola diferencia radical que no llevaba nunca la conversación á las intimidades de la vida, sino que se esforzaba en orientarle hacia temas serios. Por esto se consideraba como un buen padre, y cuando se ponía á hablar con su hijo se sentía como un profesor en cátedra. Esto agradaba igualmente á los dos. No se decidía siquiera á informarse al detalle de los progresos de su hijo en sus clases, por miedo de destruir la armonía de sus relaciones, dándolas tal vez un vil carácter de censuras, de regaños y reprensiones. Quedaba durante mucho tiempo avergonzado de sus raros arrebatos, y los ponía á cuenta de su temperamento. Conocía los pensamientos de Pablo, sus opiniones, sus creencias, y así se imaginaba conocerle por entero.

Le asombró y le afligió mucho el enterarse de pronto de que el joven no tenía las mismas convicciones ni las mismas opiniones que él, sino que se mantenía apartado de ellas, en disposiciones de humor enigmáticas, y que tal vez le eran familiares aquellos infames dibujos, cuyo origen era de todo punto necesario conocer. Antes ó después, la cosa era indispensable.

Y ahora hablaba muy discretamente y bien: decía que la civilización mejora cada forma de la vida por separado, pero que de una manera general produce una especie de disonancia, semejante á una plaza desierta y sombría, cosa que cada cual siente sin poder definir la causa. Había en el discurso de Sergio Andreievitch cierta vacilación, ciertas desigualdades,

como en el profesor que no está seguro de la atención del auditorio, y experimenta una inquietud que le aleja de la lección. Había también algo más en su discurso: algo que se acercaba furtivamente, se deslizaba, tanteaba con angustia.

Con mayor frecuencia que de costumbre interpelaba á su hijo:

—¿Qué opinas de esto, Pablo? ¿Estás de acuerdo, Pablo?

Y siempre que Pablo expresaba su aquiescencia se mostraba el padre extraordinariamente contento. Parecía palpar algo con sus dedos blancos y regordetes, que se agitaban á compás del ritmo de su discurso y se tendían amenazadores del lado del joven; avanzaba con precauciones astutas hacia no se sabe qué, y las palabras que pronunciaba parecían como una amplia capa carnavalesca, tras la que se adivinan los contornos de otras palabras desconocidas y terribles. Pablo lo comprendía, y miraba con un temor confuso los brillantes lentes, el anillo de boda de su padre y la pierna que se balanceaba, calzada con reluciente bota. La sensación de temor iba creciendo, y Pablo presentía ya lo que se preparaba; sabía de qué iba á hablar su padre, y su corazón latía dulcemente, pero con ruido, como si su pecho hubiese estado vacío. La amplia capa se agitaba y caía poco á poco, y las palabras crueles salían con convulsiones.

El padre acababa de hablar de los alcohólicos. Encendió un cigarrillo con mano que temblaba ligeramente. «¡Ya estamos!», pensó Pablo; y se crispó como el negro cuervo de quebrada ala encerrado en su jaula, y hacia el que se alarga, por la puertecilla, una mano enorme con los dedos esparrancados.

Sergio Andreievitch suspiró penosamente, y comenzó:

—Pero, Pablo, hay algo más terrible que el alcoholismo...

«¡Ya estamos!», se repitió Pablo.

—...Más terrible que la guerra mortífera, más desastroso que la peste y el cólera...

«¡Ya, ya!», volvió á decirse Pablo, contraído, como si se sumergiera su cuerpo en agua helada.

—...¡Es el libertinaje! ¿Has tenido ya ocasión de leer obras especiales sobre tan interesante cuestión?

«¡Me mataré!», se dijo rápidamente Pablo; y respondió en voz alta y tranquila, con una entonación que demostraba una suficiente dosis de atención:

—Obras especiales no, pero he encontrado aquí y allí generalidades. Esta cuestión me interesa mucho, papá.

—¿Sí?...—Los lentes de Sergio Andreievitch brillaron.—Sí, es una cuestión terrible, y estoy persuadido, Pablo, de que la suerte de toda la humanidad civilizada depende de la solución que se la dé. En efecto... La degeneración de generaciones enteras, de países mismos... Perturbaciones mentales con todos los horrores de la locura y del marasmo... Y, en fin, enfermedades innumerables que arruinan el cuerpo y hasta el alma. No puedes figurarte, Pablo, lo horrible de esas enfermedades. Uno de mis compañeros de Universidad—siguió después la Facultad de Derecho militar,—un tal Krortzof, cayó con una de esas enfermedades cuando estaba en segundo año, poco gravemente, es cierto; pero fué tal su terror, que se derramó en las ropas una botella de petróleo y las prendió fuego. Le salvaron con grandes trabajos.

—¿Vive todavía, papá?

—Claro que vive, pero está horriblemente desfigurado... El profesor Barg, en su principal obra, cita extraordinarios datos de estadística...

Estaban sentados y conversaban tranquilamente, como dos buenos amigos que hubieran abordado un tema muy interesante. El asombro y el terror se manifestaban en el rostro de Pablo, y exclamaba de vez en cuando:

—¡Qué atrocidad! ¿Pero es cierta esa estadística?

Pero en su interior todo estaba mortalmente tranquilo, como si no hubiera ya un corazón viviente que latiese en su pecho ni sangre que corriera por sus venas; como si hubiese estado forjado de un pedazo de hierro helado. Lo que él mismo pensaba de la gravedad amenazadora de su enfermedad y

de su caída estaba confirmado por los libros en que creía, por términos sabios y cifras inquebrantables y firmes, absolutas como la muerte. Algo grande, inteligente y omnisciente discurría á su lado acerca de su pérdida, y en la impasibilidad tranquila de sus palabras había algo fatal que no dejaba esperanza al desdichado hombre.

Sergio Andreievitch estaba alegre; reía, redondeaba los períodos y los gestos, movía la mano con aire satisfecho de sí mismo; y, sin embargo, sentía con consternación que bajo la verdad de sus palabras se ocultaba una mentira incomprensible y terrible. Con furor comprimido miraba á Pablo, que se había recostado, y hubiera querido no ver allí á un buen amigo con el que es fácil conversar, sino á un hijo; hubiera deseado lágrimas, gritos, censuras, y no aquella conversación hecha de frases tranquilas y falsas. El hijo se le había escapado de nuevo, y no podía buscarle querella en nada; no podía arrebatarse contra él, golpear con el pie ó tal vez pegarle.

«Es útil lo que le estoy exponiendo, le advierto», se decía Sergio Andreievitch para tranquilizarse.

Pero su mano se tendía con ávida impaciencia al bolsillo, en donde en su cartera, junto á un billete de cincuenta rublos, se encontraba el dibujo arrugado.

«Se lo preguntaré en seguida, y será el final», pensó.

En aquel momento entró en el cuarto la madre de Pablo; era una hermosa mujer, robusta, de rostro empolvado, de ojos grises é ingenuos como los de Lilechka. Acababa de venir de la calle. Su nariz y sus mejillas estaban rojas de frío.

—¡Qué tiempo tan malo!—dijo.—Hace otra vez niebla, no se ve nada. Yefime por poco atropella á uno en la esquina de la calle.

—¿De manera que dices que el setenta y dos por ciento?—preguntó Pablo á su padre.

—Sí, el setenta y dos... ¿Y qué hay de nuevo en casa de los Sokolof?—preguntó Sergio Andreievitch á su mujer.

—Nada, lo de siempre. Que se aburren. Acresuchka está

un poco mal. Vendrán mañana por la noche á casa. He visto á Anatolio Ivanwitch, y me ha dado recuerdos para ti.

Miró con satisfacción los rostros alegres, las actitudes amistosas de los dos hombres; dió un golpecito en la mejilla de su hijo, y éste, como siempre, cogió la mano al vuelo para besarla. Amaba á su madre cuando la veía; pero cuando estaba ausente se olvidaba por completo de su existencia. Y esta es la impresión que producía en todos, parientes y amigos. Si se hubiera muerto, todos la hubieran llorado y olvidado en seguida; se hubiese olvidado todo lo de ella, empezando por su bonito rostro y acabando por su bonito nombre. No recibía nunca cartas.

—¿Charlabais?—dijo, mirando alegremente á los dos hombres.—Me alegro mucho. Es tan desagradable que el padre y el hijo estén enfadados... Como en *Los padres y los hijos*. ¿Le has perdonado la falta de la iglesia?

—Ha sido por culpa de la niebla...—dijeron sonriendo Sergio Andreievitch y Pablo.

—Sí; ¡qué tiempo tan espantoso! Se creería que todas las nubes han caído sobre la tierra... Ya dije á Yefime que fuera despacio; me contestó que bien y azotó á los caballos... ¿En dónde está Lilechka? ¡Lilechka! Hay que llamarla para comer. Señores padre é hijo, á la mesa.

Sergio Andreievitch replicó:

—Un instante. Vamos en seguida.

—Pero son ya las siete...

—Sí, sí; haz que sirvan; ya vamos.

Julia Petrovna salió, y Sergio Andreievitch dió un paso hacia su hijo. Involuntariamente Pablo se adelantó también, y preguntó con mal humor:

—¿Qué?

Ahora estaban uno frente á otro, franca, abiertamente, y todo lo que se había dicho antes desapareció para no volver: el profesor Berg, la estadística, el setenta y dos por ciento...

—Pablo... Paulouchka, Lilechka me ha dicho que te pa-



saba algo. Y, en efecto, observo que has cambiado en estos últimos tiempos. ¿Has tenido algún disgusto en tus clases?

—No. No tengo nada.

Sergio Andreievitch hubiera querido decir «hijo mío», pero esto le pareció torpe y poco natural, y dijo:

—Amigo mío...

Pablo se callaba y miraba á otro lado, con las manos en los bolsillos. Sergio Andreievitch enrojeció, ajustó sus lentes con mano temblona y sacó su cartera. Desdeñosamente, sacó, sujetándolo con dos dedos, el dibujo arrugado y lo tendió á Pablo sin decir nada.

—¿Qué es eso?—preguntó Pablo.

—¡Mira!

Por encima del hombro de su padre, sin sacar las manos de los bolsillos, miró Pablo. El papel danzaba en la mano blanca de Sergio Andreievitch, pero Pablo le reconoció, y de repente le invadió una terrible sensación de vergüenza. En sus oídos resonó un ruido semejante á miles de piedras cayendo de una montaña; le pareció que una llama quemaba sus ojos, y no podía ni apartar su mirada del rostro de su padre, ni bajar los párpados.

—¿Has sido tú?—preguntó el padre con voz lejana.

Y con una maldad inesperada, Pablo respondió con tono de audaz franqueza:

—He sido yo.

Sergio Andreievitch dejó escapar el dibujo, que cayó lentamente al suelo dando vueltas. Después el padre se apartó vivamente, salió, y en el comedor repercutió su voz fuerte que se alejaba: «Comed sin mí. Tengo que salir para un negocio urgente». Entonces Pablo se acercó al lavabo, y se puso á verter agua fría en su cara y en sus manos, sin experimentar ninguna sensación.

—¡Qué suplicio! — murmuraba anheloso, mientras que el chorro del agua le caía en los ojos y en la boca.

Después de comer, á las ocho, llegaron unas muchachas

del gimnasio á visitar á Lilechka, y Pablo las oyó desde su cuarto tomar el té en el comedor. Eran muchas; reían, y sus voces, jóvenes y ruidosas, resonaban distintas una de otra, y rozándose como las alas de las libélulas que juegan entre sí, transformaban el cuarto; la lluviosa noche de otoño, en una verde pradera en la que brillaba el sol de un cielo claro de Junio. Pablo escuchó atentamente las conversaciones, pero no distinguió entre ellas la voz sincera y bien timbrada de Katia Reimer. Esperaba y se estremecía cada vez que un recién llegado tomaba la palabra. La suplicaba que viniese. Hubo un momento en que oyó claramente su voz: «Aquí estoy», y estuvo á punto de llorar de alegría; pero la voz se marchó con otras, y por más que aguzó el oído no volvió á oirla. Después el ruido cesó en el comedor, las criadas se pusieron á hablar en voz baja, y del salón llegaron los sonos del piano. Ligeras y flotantes como las notas de una danza, pero al mismo tiempo extraordinariamente afligidas y tristes, giraban en torno de la cabeza de Pablo, semejantes á voces débiles que llegaran de un mundo extranjero, magnífico y abandonado para siempre.

Lilechka entró corriendo, encarnada de haber bailado. La frente pura estaba húmeda, sus ojos brillaban, y los pliegues de su vestido obscuro parecían guardar aún las señales de movimientos rítmicos.

—¡Pablo! No estoy enfadada contigo—dijo, y rápidamente le besó con sus ardorosos labios, inundándole con su aliento igualmente puro y tibio.

—Vamos á bailar. ¡Pronto!

—No tengo ganas.

—Es lástima que no hayan venido todos: no han venido ni Katia ni Milotchka; Pospelof ha preferido ir al teatro. Vamos pronto, Pablo.

—Ya no volveré á bailar nunca.

—¡Qué tontería! Despáchate, ven, te esperaré.

Al llegar á la puerta, se compadeció de su hermano; se volvió, le besó otra vez y salió tranquilizada.



—¡Pronto, Pablo, pronto!

Pablo cerró la puerta, y se puso á dar vueltas por la habitación.

—No ha venido—dijo en alta voz.

—No ha venido—repitió, dando la vuelta al cuarto...—¡No ha venido!

Llamaron á la puerta, y se oyó la voz única y segura de Petrof, que decía:

—¡Abre, Pablo!

Pablo quedó quieto y contuvo la respiración.

—Pablo, deja de hacer el imbécil. Me envía tu hermana.

Pablo no contestó. Petrof llamó de nuevo, y dijo tranquilamente:

—Eres un cerdo, amiguito. Esas son chiquilladas. Te pones así porque no ha venido Katenka. ¡Imbécil!

Petrof se había atrevido á decir con sus labios impuros: «Katenka».

Después de acechar el momento en que volvieran á tocar el piano en el salón, Pablo echó con precaución una ojeada al comedor desierto, lo atravesó y fué á tomar un viejo gabán de verano en un rincón cerca de la bañera, en donde colgaban varias prendas inútiles. Después pasó rápidamente por la cocina, bajó al patio por la escalera de servicio y desde allí salió á la calle.

Al punto le invadió una desagradable impresión de frío y humedad, como si hubiera descendido al fondo de una inmensa cueva, en donde el aire está inmóvil y pesado, y en donde se pasean las correderas por los altos muros viscosos. Era curioso observar que en medio de aquella niebla de plomo, que olía á podrido, continuaba manifestándose una vida particular, alerta y moviente; vibraba en el rodar de los coches invisibles, y en los inmensos círculos luminosos que iban desparramándose, y en el centro de los cuales brillaba, empañada é igual, la llama de los faroles; se dibujaba en los contornos vagos de las sombras que se apresuraban, semejantes á manchas

de tinta sobre papel gris, que surgían de la bruma y volvían á sumergirse en ella, y cuya presencia no se afirmaba más que por la sensación singular que acusa infaliblemente la proximidad de un hombre.

Algo invisible tropezó violentamente con Pablo, y no se excusó; pasó una mujer, rozándole con el codo, y le miró de muy cerca á la cara. Pablo se estremeció y se alejó, furioso.

Se detuvo en una calle desierta, frente á la casa de Katia Reimer. Frecuentemente había ido á aquel sitio, y ahora se encontraba allí para afirmar hasta qué punto estaba solo y era desgraciado, y lo mal que había hecho Katia Reimer en no acudir en un momento en que era él presa de un tedio y un terror mortales.

Al través de la niebla las ventanas lucían débilmente, y había en su reflejo, semejante á una mirada turbia, una ironía salvaje y perversa: era como si un hombre sentado á una mesa de festín hubiese contemplado á un hambriento con displicente sonrisa y con ojos que la saciedad humedece... Sofocado por la infecta niebla, temblando de frío con su gabancillo, Pablo se embriagaba de ardiente odio ante aquella mirada. Veía claramente con la imaginación á Katia Reimer: la veía inocente y pura, sentada en medio de su familia y leyendo, correcta y sonriente, algún buen libro. No sabe ella nada de la calle, en donde en medio del frío y del fango se encuentra un hombre que perece. Es implacable y cobarde en su pureza; tal vez en aquel preciso momento sueña con algún noble héroe, y si Pablo entrase y la dijera: «Estoy manchado, estoy enfermo, soy un libertino; por esto soy miserable y muero; sosténme...», ella se apartaría con desdén, y respondería: «Vete. Te compadezco, pero me repugnas; vete». Y lloraría, casta y pura; lloraría... al echarle. Así, con la limosna de sus lágrimas puras y de su compasión altiva, hubiera hecho que pereciese el que la pedía amor humano, amor de ese que no mira tras sí y no teme al fango.

—¡Te odio!—murmuró la rara é informe silueta del hombre entre la niebla que le aislaba del mundo viviente.

—¡Te odio!

Alguien pasó ante Pablo, sin reparar en él. Asustado, se apoyó contra el muro húmedo, y no se movió hasta que hubo cesado el ruido de los pasos.

—¡Te odio!

La niebla ensordecía la voz. La informe sombra del hombre se alejó lentamente; cerca de un farol brilló un botón de metal; después la sombra se deshizo como si no hubiera estado nunca, y sólo hubiese existido siempre la bruma densa, turbia y fría.

Bajo la niebla, el Neva corría sombrío, silencioso, como muerto; no se escuchaba ningún silbido de vapor, ningún chapoteo del agua subía de su superficie ancha y tétrica. Pablo se sentó en un banco semicircular, y se recostó en el granito húmedo y helado. Sintió varios estremecimientos; sus dedos entorpecidos casi no podían doblarse, y sus brazos estaban rígidos en las articulaciones; pero la idea de volver á la casa le era intolerable.

Había en la música y en la alegría ajena algo que le recordaba á Katia Reimer, y este algo era estúpido y ofensivo, como la sonrisa del transeunte á la vista de los funerales de un desconocido.

A pocos pasos de Pablo cruzaban sombras vagamente entre la niebla: una tenía cerca de la cabeza un punto luminoso, probablemente un cigarrillo; otra, apenas visible, llevaba sin duda gruesos zuecos de cuero, que chocleaban á cada paso. El ruido resonó durante mucho tiempo.

Otra sombra se detuvo, indecisa; tenía una cabeza enorme, desproporcionada, contornos monstruosos y fantásticos, y cuando se adelantó hacia Pablo experimentó éste un sentimiento de angustia. De cerca era un sombrero con plumas blancas empenachadas, y la sombra misma era una mujer vulgar. Como Pablo, temblaba de frío y ocultaba cuidadosamente

sus manazas en los bolsillos pequeños de su corto abrigo de paño. Cuando estaba de pie, parecía de estatura poco elevada, y cuando se sentó al lado del joven le llevaba casi toda la cabeza.

—Hermoso, présteme usted un cigarrillo—dijo ella.

—Perdóneme, hermosura: no fumo—contestó con aplomo Pablo, reanimado.

La mujer se echó á reir chillonamente; el frío la hizo castañetear los dientes, y envió á Pablo una bocanada de aliento que olía á cerveza.

—Vamos á casa—dijo la mujer; y su voz era discordante como su risa.—Me convidará usted á aguardiente.

Una sensación de vértigo giratorio y rápido como un torbellino impulsaba ahora á Pablo; había fuegos amarillos entre la vacilante obscuridad, una promesa de alegría extraña, de locura y de llantos, mientras que en realidad le penetraba la niebla húmeda y sus codos se entorpecían. Con una cortesía en la que había desafío, ironía y las lágrimas de una desesperación mortal, respondió:

—¡Oh divinidad! ¿se encuentra usted verdaderamente tan deseosa de conocer mis caricias apasionadas?

A la mujer le pareció la frase mortificante; se volvió furiosa, castañetearon de nuevo sus dientes y se calló, contrayendo violentamente sus labios delgados. La habían echado de la cervecería porque se negó á beber cerveza agria, y tiró el vaso á la cabeza del mozo; sus botas estaban caladas de agua; por todas estas razones hubiera querido ofender é injuriar á alguien, á cualquiera. Pablo veía su perfil irritado, de nariz pequeña, de amplia barbilla carnososa, y sonreía. Era exactamente como las mujeres que le perseguían, y esto le divertía; un sentimiento raro la aproximaba á él. Le complacía que estuviese enfadada. La mujer se volvió con viveza, y dijo:

—¿Y qué? Si hemos de ir, vamos... ¡qué diablo!

Y Pablo respondió riendo:

—Tiene usted razón, señora, «¡qué diablo!» ¿Qué diablo,

en efecto, nos impediría ir á beber juntos aguardiente y entregarnos á refinados goces?

La mujer sacó una mano del bolsillo y, medio enojada medio amistosa, le dió un golpe en el hombro.

—Convenido. Iré delante, y usted me seguirá.

—¿Por qué?—dijo Pablo asombrado.—¿Por qué detrás y no al lado de usted, divina... (vaciló un poco) Katenka?

—Me llaman Manetchka... Porque tendría usted vergüenza.

Pablo la cogió por el brazo y echó á andar; el hombro de la mujer se apoyó torpemente contra el pecho del joven. Reía y no llevaba el mismo paso que él, y se hubiera podido observar que estaba un poco ebria. Retiró el brazo al llegar al portal de una casa, y después de haber pedido un rublo á Pablo fué á buscar aguardiente á la portería.

—Despacha pronto, Katenka—dijo Pablo, mientras que la mujer desaparecía en el antro negro y tenebroso del portal.

De lejos, respondió ella:

—¡Manetchka, y no Katenka!

Brillaba un farol. Pablo apoyó su mejilla en la columna fría y húmeda, y cerró los ojos. Sus facciones permanecían inmóviles como las de un ciego, y en su interior todo estaba en calma y tranquilo como en un cementerio. Minutos de este género son los que vive el condenado á muerte cuando le vendan los ojos, se apaga en rededor el rumor de los pasos y se descubre ya á medias, en medio del silencio amenazador, el gran misterio de la muerte. Entonces, como el redoble de tambor final, resonó sordamente una voz.

—¿En dónde está usted? Le estaba buscando. Pensaba que se había marchado, é iba á volverme.

Pablo se irguió, arrojó algo lejos de su alma, y respondió con voz alta y alegre:

—¿Y el aguardiente? ¿El aguardiente? ¿Qué haríamos los dos, Katenka, sin aguardiente?

—A propósito, ¿cómo te llamas? Quería llamarte por tu nombre, pero no me lo has dicho.

—Tengo un nombre un poco raro, Katenka: me llaman *Por ciento*. Puedes llamarme «Por ciento querido». Es acariador, y nuestras relaciones íntimas lo autorizan—dijo Pablo empujando á la mujer.

—Es imposible que exista semejante nombre; es bueno para un perro.

—¿Qué dices, Katenka? Mi mismo padre me llama *Por ciento*. *Por ciento*. Te lo juro por el profesor Berg y la santa estadística.

La niebla y las luces continuaban desfilando, y de nuevo el hombro de la mujer se apoyaba en el pecho de Pablo, mientras que ante sus ojos ondulaba una gran pluma blanca. Después les envolvió algo negro, infecto, hediondo, y apareció una mala escalera que descendía. Hubo un momento en que Pablo estuvo á punto de caer, y la mujer le sostuvo. Pasaron ante un cuarto lleno de humo, que despedía olor á cuero y á sopa de coles agria, y en donde brillaba una lámpara bajo una santa imagen, mientras que tras una cortina de algodón alguien lanzaba ronquidos ruidosos.

—Poco á poco—murmuró la mujer conduciendo á Pablo de la mano...—El que duerme es el patrón, un zapatero, un demonio, un alma perdida.

Le parecía terrible á Pablo el zapatero aquel que roncaba detrás de la cortina, y el joven andaba con precaución sobre la punta de sus chanclos, mojados y pesados. En la obscuridad profunda que los envolvía, oyó el ruido de alzar un vaso, y de repente brilló la luz de un quinqué que colgaba de la pared. Bajo el quinqué se encontraba una mesa estrecha, sobre la que había un peine con las púas llenas de cabellos finos enmarañados, unos pedazos de pan duro, un cuchillo de cocina con miga de pan pegada en la hoja, y una fuente que contenía, bajo una capa de aceite de un tornasol amarillo, algunos fragmentos de patatas y una cebolla minúscula. Y toda la atención de Pablo se concentró en aquella mesa.

—Ya estamos en casa—dijo Manetchka.—Desnúdate.

Se sentaron y bebieron riendo. Pablo estrechaba con un brazo á la mujer medio desnuda; al nivel de sus ojos se redondeaba un hombro carnosos y blanco, cruzado por una tira de camisa sucia con un botón roto, y lo besaba con avidez, apoyando en él sus labios húmedos y ardientes. Después la besó en la cara, y, cosa particular, no podía llegar á examinarla lo suficiente para acordarse de las facciones. Mientras que contemplaba aquel rostro, le parecía familiar y conocido desde hacía mucho tiempo; pero en cuanto apartaba los ojos le olvidaba por completo. Parecía como que el alma del joven no quisiera aceptar aquella imagen y la rechazase con energía.

—Es preciso que te diga una cosa—declaró de pronto la mujer, tratando de quitar un pelo largo pegado á una patata, y posando de tiempo en tiempo en la mejilla de Pablo sus grasientos labios;—es preciso que te diga una cosa: nunca beberé cerveza agria. Dásela á quien te dé la gana, pero yo no la quiero. Soy una sinvergüenza, es cierto, pero no me harán tragar cerveza agria. Y lo declararé abiertamente á todo el mundo, hasta á son de tambor: ¡no quiero!

—Cantemos, Katenka—dijo Pablo.

—Y si no te agrada que te la haya tirado á la cara, te vas á ver al comisario, pero no permitiré que me peguen. Soy orgullosa, y he visto tal vez á miles como tú sin que me den miedo (la mujer se dirigía al mozo que la había ofendido).

—Déjate de eso, Katenka, olvídalo—suplicó Pablo.—Te creo, eres altiva como una reina de España, y está muy bien; pero cantemos. Canciones bonitas, canciones bellas.

—No soy Katenka, sino Manetchka. Y está prohibido cantar; mi patrón es un demonio, un zapatero, un alma perdida: no permite que se cante.

—Es lo mismo Katenka que Manetchka... Mi palabra que es lo mismo: yo te lo digo, yo, Pablo Ribakoff, borracho y libertino. Tú me quieres, ¿no es verdad, mi altiva soberana?

—Sí te quiero. Pero no me llames Katenka—repitió la mujer con obstinación.

—Pues bien—dijo Pablo encogiéndose de hombros,—vamos á cantar. Cantaremos esas bonitas canciones que cantan aquéllos. Sé una preciosa. Pero no se puede cantar así. Cierra los ojos, Katenka, cierra los ojos, ciérralos y figúrate que estás en los bosques, que la noche es obscura, obscura...

—No me gusta estar en los bosques. ¿De qué bosque hablas? Que se vaya al infierno. Mejor es que bebamos; no me pongas de mal humor, que no me gusta—añadió la mujer con tono sombrío y echando aguardiente, del que derramó una gran parte sobre la mesa. Sin duda era asmática, porque suspiró penosa y profundamente, como el que nada en aguas profundas, mientras que sus labios se contraían y amorataban un poco.

—Una noche sombría, sombría—siguió diciendo Pablo con los ojos cerrados.—Y figúrate que se pasean unas personas y que alguien canta... Espera, ¿cómo es? «Mi corazón está alegre, maravillado...» No, no puedo, no sé cantar.

—No ladres: vas á despertar al patrón.

—No, no sé cantar. ¡No sé!—repitió Pablo con desesperación, y se cogió la cabeza entre las manos. Cintas de fuego se arrollaban y se desarrollaban ante sus ojos cerrados, formaban dibujos maravillosos y terribles, que eran amplios como campiñas, y al mismo tiempo sofocaban como la atmósfera en el fondo de un agujero estrecho y profundo. Manetchka le miró desdeñosamente por encima del hombro, y dijo:

—¡Bebe, estúpido!

—«Mi corazón está alegre... maravillado...» ¡No, no sé! Abrió los ojos, cuyo oculto fuego quemó el rostro de la mujer.

—Tú tienes, sin embargo, un corazón. ¿No es verdad, Katenka? Pues bien, dame la mano. Dame la mano.

Sonrió entre las lágrimas que aparecieron en sus ojos, y posó sus ardientes labios en la mano, que se resistía con hostilidad.

—¡Déjame de tonterías!—gritó la mujer, furiosa, retirando



la mano.—Estáte quieto, borracho. Si quieres dormir, duerme, y si no...

—¡Katenka, Katenka!—suspiró él con voz suplicante; y las lágrimas le impidieron ver el rostro soñoliento y ceñudo que le miraba con repugnancia.—Katenka, querida mía, vida mía, ten compasión de mí, te lo ruego. Soy muy desgraciado y no tengo nada, nada. ¡Dios mío, ten compasión de mí, Katenka!

La mujer le rechazó bruscamente, y se levantó vacilando.

—¡Vete al demonio!—exclamó anhelosa... — ¡Te odio! Ha bebido como un polaco, y ahora le da por... «¡Katenka!» (le remedó, contrayendo sus labios delgados y amoratados). Ya sé la Katenka que necesitas. Pues vete á buscarla. «¡Katenka, Katenka!» No valía la pena de traerte aquí. «¡Katenka, Katenka!»

Pablo bajó la cabeza, murmurando palabras ininteligibles.

—¿Lo oyes?—gritó la mujer.

Pablo la miró con sus ojos húmedos, que no veían nada. La mujer, con ademán de desprecio, se acercó á la cama y se puso á arreglarla. Al andar se le cayó la enagua, y la apartó con el pie.

—¡Katenka, Katenka! — repitió, arrugando la almohada con rabia.—A mí me bautizaron Manetchka, y he visto á mil perros de tu especie sin que me asustasen. Te crees que porque me has dado un rublo puedes ofenderme; pero quizás tenga yo tres rublos en mi baúl... Anda, ven á dormir.

Se tumbó en la cama, y lanzó una mirada de odio á Pablo, que estaba llorando.

—Ya estoy harta de vosotros. Me habéis hecho mucho daño. ¿Por qué aúllas así? ¿Tienes miedo de tu mamaíta? — dijo con maliciosa ironía.—Van á dar azotes al niño. ¿Te gustan las golosinas? Con seguridad que te gustan... «Por ciento». Se avergüenza de decir su nombre, é inventa eso de «Por ciento»... Como un perro. Y cuando esté en casa de su tontaina la Katenka, se hará llamar Vassenka, sí, seguramente; «Vassenka querido». Y él la llamará: «Katenka, ángel mío». Y pedirá

permiso para besarle la manecita... pues yo te pegaré con la mía en tu cara de mono. ¡No te rías, perro, no te rías!

Pablo guardaba silencio, y se estremecía ligeramente.

—Anda, ven á dormir, te digo. Si no, te pongo en la puerta; te juro que lo haré. Me tiene sin cuidado tu dinero, y no quiero que se burlen de mí. ¿Lo oyes? Desnúdate. ¿Piensas que porque has dado un rublo has comprado á toda la mujer? ¡Valiente príncipe!

Pablo se desabrochó lentamente la americana y el chaleco.

—No comprendes...—murmuró en voz baja, sin mirarla.

—¡Claro!—exclamó la mujer con ira.—¡Como soy una tonta, no puedo comprender nada! ¿Y si me levantara para darte en los hocicos?

Tras el tabique se oyó una voz de bajo, ronca y amenazadora.

—¡Machka! ¡condenada! ¿ya empiezas? ¡Tengamos la fiesta en paz!

—¡Cállate, indecente!—murmuró Pablo, palideciendo.

—¿Conque soy una indecente? — exclamó la mujer, incorporándose.

—Bueno, bueno; acuéstate — dijo Pablo en tono conciliador, sin apartar sus ardientes miradas del cuerpo desnudo.— Voy en seguida, en seguida...

—¿Conque soy una indecente? — repitió la mujer, y escupió en el suelo.

—Vamos, basta—suplicó Pablo.

Sus manos temblaban, y no encontraban los botones. No veía más que el cuerpo, el cuerpo de la mujer, terrible é incomprendible en su poder; aquel cuerpo que contemplara en sus sueños apasionados, que le repugnaba tanto, al que deseaba pisotear, y que al mismo tiempo le cautivaba como el agua de un estanque atrae al que tiene sed.

—Vamos, basta—repitió.—Ha sido una broma.

—¡Vete! — gritó la mujer con tono decidido, agitando los brazos.—¡Vete al infierno, perro!

Sus miradas se cruzaron, y en sus ojos brillaba un odio franco, tan vehemente, tan profundo, que vaciaba tan por entero sus almas enfermas, que no parecía que se hubieran encontrado por casualidad, sino que eran enemigos de toda la vida; se hubiese dicho que se habían buscado durante toda la existencia, que se habían encontrado por fin y que, en su feroz contento, temían creer en su propia realidad. Pablo estaba sobrecogido de terror. Bajó los ojos, y balbuceó:

—Escucha, Manetchka. Comprende que...

—¡Ah, ah!—dijo la mujer, mostrando unos dientes grandes y blancos.—¿Ya soy por fin Manetchka? ¡Vete, vete, te digo!

Saltó de la cama, y tambaleándose, se agachó para coger su ropa.

—¡Vete, vete!

—¡Asquerosa mujer!—gritó Pablo con rabia.

Entonces ocurrió algo inesperado y salvaje: la mujer, ebria y medio desnuda, roja de furor, volvió á tirar la ropa, alzó el brazo y golpeó á Pablo en la cara. Pablo la cogió por la camisa, que la desgarró, y ambos rodaron por el suelo. Rodaron derribando las sillas, arrastrando tras sí la manta de la cama. Parecían, así enlazados, un sér extraño, provisto de cuatro manos y cuatro pies, agarrándose unos á otros é inmovilizándose. Las puntiagudas uñas arañaban la cara de Pablo y penetraban en sus ojos; por un segundo vió sobre él una figura exasperada, roja como la sangre, de pupilas feroces, y apretó con toda su fuerza una garganta. Poco después se desprendía y se ponía en pie.

—¡Perra!—gritó limpiándose el rostro ensangrentado.

Alguien trataba de abrir la puerta, y una voz gritaba:

—¡Abrid, demonios, condenados!

Pero de nuevo la mujer se arrojó sobre Pablo por la espalda; le hizo caer, y volvieron á rodar por el suelo, en silencio, anhelantes, incapaces de gritar por lo violento de su rabia. Se levantaron, vacilaron para levantarse de nuevo. Pablo derribó

á la mujer sobre la mesa, y el peso del cuerpo rompió la fuente; junto á la mano de Pablo sonó el cuchillo, el cuchillo de cocina en cuya hoja había pegada miga de pan. Pablo lo cogió trabajosamente con la mano izquierda y lo hundió en el costado de la mujer. La hoja fina se dobló. Lo sacó para hundirlo por segunda vez. Entonces las manos de la mujer temblaron, y luego quedaron colgando. Con los ojos casi fuera de las órbitas, se puso á lanzar muy cerca del rostro de Pablo un grito ronco y penetrante, monótono, como un animal al que degüellan.

—¡Cállate!—dijo Pablo con voz sorda; y una vez más, y después otra, hundió el cuchillo.

A cada golpe la mujer se retorció y abría más la boca, de dientes blancos y grandes, sobre los que se formaban burbujas de espuma sanguinolenta. Se había callado, pero Pablo creía seguir escuchando su grito penetrante y terrible, y exclamaba:

—¡Cállate!

Cambió de mano el cuchillo, y volvió á herir dos veces.

—¡Cállate!

El cuerpo se deslizó de la mesa y cayó pesadamente al suelo. Pablo se agachó y miró: el vientre, desnudo y prominente, palpitaba aún, y Pablo hundió en él el cuchillo como en una vejiga que se quiere desalojar del aire. Después el joven se alzó, y con el cuchillo en la mano, ensangrentado como un carnicero, con un labio desgarrado por un golpe recibido en la lucha, se volvió hacia la puerta.

Vagamente esperaba gritos, tumulto, exclamaciones furiosas, alguna violenta represalia, y el insólito silencio le asombraba. No se oía nada. De la punta del cuchillo caían al suelo gruesas gotas de sangre, silenciosas. Todos los ruidos del Universo habían desaparecido de repente. Después ocurrió algo terrible y enigmático. La puerta cerrada se hinchó silenciosamente como el vientre que acababa de ser agujereado; temblaba con muda agonía. Respiraba con estremecimientos de

espanto, y la sombría rendija de arriba se hacía cada vez más grande y amenazadora.

Un terror inconcebible emanaba de aquel ritmo lúgubre y profético; desprendíanse de él un espanto, una fuerza misteriosa; parecía que el mundo entero, extraño, incomprensible y perverso, se arrojaba con impulso callado y silencioso contra la delgada puerta.

Rápidamente, Pablo se arrancó del pecho los jirones sanguinolentos de su camisa, y se dió una cuchillada en el costado, sobre el corazón. Durante unos segundos permaneció en pie, mirando con los ojos muy abiertos y brillantes la puerta, que se hinchaba convulsivamente. Después se agachó, se puso en cuclillas, como para jugar á las bolas, y se desplomó...

Aquella misma noche la ciudad fría jadeó, hasta la aurora, entre la niebla de plomo. Sus calles interminables se extendían desiertas y silenciosas, y en el jardín, azotado por el otoño, morían dulcemente, con sus tallos quebrados, flores tristes y solitarias.

LEONIDAS ANDREIEF

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA (1)

---

# LITERATURA ESPAÑOLA

---

## El teatro de Pérez Galdós.

(De la *Revue des Deux Mondes*.)

Cuando por primera vez se representó una obra de Pérez Galdós en la escena francesa, no dejó muy profundas huellas. En 1898 y en 1900, el teatro de la Renaissance abrió sus puertas á la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza para que diera en él algunas representaciones. Mucho tiempo hacía que no se presenciaba en París la representación en español de obras españolas. Hasta sospecho que se necesita remontarse al siglo xvii para registrar semejante fenómeno. La compañía española de 1900 fué acogida cortésmente. Nadie le dijo lo que Malherbe á la que fué á trabajar en el otoño de 1613 al juego de pelota del *faubourg Saint-Germain*. A nadie le pareció «maravillosa por sus tonterías y sus impertinencias». Hasta se alabó el flexible talento de María Guerrero y el elegante desempeño de Díaz de Mendoza. Pero ni la una logró el triunfo de la Duse, ni el otro obtuvo el éxito de Novelli. Fué porque su mímica era más sobria; fué, sobre todo, porque no representaban obras ya conocidas. Debía de haber en la

---

(1) En esta sección publicamos los artículos más importantes que, referentes á asuntos españoles, vean la luz en las Revistas extranjeras.

sala, sin decir nada de los hombres, muchas señoras que, sin más conocimiento del español que aquella de que nos habla Tallemant des Reaux, estaban en el caso de que las advirtieran los pasajes en que había que reirse. La comedia de Galdós, representada en tales condiciones, no podía interesar al gran público. El autor de *La de San Quintín* (la duquesa de San Quintín) siguió siendo, pues, un desconocido para la mayor parte de los espectadores. Conocióse, en cambio, y desde las primeras representaciones, al autor de *Electra*.

No es que fuera muy afortunada la adaptación que de dicha obra se representó el año último en la Porte Saint-Martin, pero tenía para los concurrentes á este teatro la inmensa ventaja de estar escrita en francés. El buen éxito que obtuvo *Electra* fué rápido y de resonancia. No tardaron los periódicos en hablar de las manifestaciones que se producían antes, durante y después de la representación de la obra. Publicaban informaciones que muy difícilmente se distinguían de un ingenioso reclamo. Tuve ocasión de oír aquella *Electra* afrancesada, y comprobé que podía pasar por un modelo de obra anticlerical. El actor que desempeñaba el papel de Pantoja (convertido en Pantoya, sin duda para evitar la pronunciación de la jota) se había identificado perfectamente con el personaje. Pero el desgraciado no podía abrir la boca para expresar sus ideas morales y religiosas sin que fuera casi inmediatamente silbado ó... injuriado. Durante un entreacto, traté de hacer comprender á mi vecino, el cual se había distinguido de una manera particular por sus gritos de reprobación, que la obra estaba lejos de mortificarle en sus convicciones, y que era justo, antes de glorificar una tesis, exponer lealmente la tesis contraria. Respondióme que no podía admitir ni por un segundo el aparente triunfo de un error, y que, además, había venido para manifestar su opinión, y que semejante ejercicio le era saludable. No pude por menos de inclinarme ante razones tales; y la representación continuó, mientras que á las vociferaciones con que era acogido Pantoja sucedían los aplau-

sos y los bravos que levantaba cada uno de los lugares comunes de Máximo sobre la razón y la ciencia. La Porte Saint-Martin ofrecía un espectáculo que recordaba á un mismo tiempo el Ambigú y una reunión pública. Ya he dicho que *Electra* era un modelo de obra anticlerical.

El teatro de Galdós no merece ni el silencio que se hizo en torno suyo, entre nosotros, después de la representación española de *La de San Quintín*, ni el ruido que suscitó la adaptación francesa de *Electra*. Reconozco que ha sido á veces la obra de un escritor de partido, pero no lo fué nunca de la manera estrecha que se pudiera creer. Es, además, por confesión misma de los que no sienten hacia él sino una mediana simpatía, el de más vida y, si puedo decirlo, el más diligente de la España contemporánea. Las obras que le componen forman un ciclo que no está determinado, pero cuya importancia y cuyo interés están ya claramente de manifiesto. Este es el momento, á lo que parece, de estudiarle, si es posible, sin prejuicios de ninguna especie, con la relativa imparcialidad que se puede tener por un teatro extranjero, con la sincera benevolencia que se debe á aquellas obras contemporáneas en las que el respeto al arte predomina sobre el cuidado de la moda.

## I

Hasta el año de 1892, después de más de veinte de una carrera gloriosa en la novela histórica y moderna, no apareció Pérez Galdós en la escena española. ¿Qué temperamento aportaba á ella? ¿Qué ideas quería hacer triunfar? ¿Qué forma de arte trataba de realizar?

Los españoles que tienen el honor de conocer á Galdós no hablan de él sin cierta vacilación. Este hombre corpulento, de bigotes caídos, que les escucha condescendiente, sin experimentar la necesidad de interrumpirles, les deja de él una impresión inquietante. Se preguntan si deben alabar su gravedad caste-



llana ó asombrarse de su flema británica. Ofreciéronle un día un banquete de honor. Se esperaba un discurso; Galdós se contentó con escribir con lápiz en un papel: «Muchas gracias». El ingenioso Leopoldo Alas, que firmaba sus críticas con el pseudónimo de *Clarín*, dijo en uno de sus escritos que al ver á Galdós se le hubiese creído un digno comandante de la Guardia civil, á no tener en sus ojos y en su frente algo que no caracteriza de ordinario en España á dicha arma especial. Seguramente que los espectadores de la Porte Saint-Martin no hubieran sospechado ese carácter frío y reflexivo en el autor de *Electra*. Pero conviene á maravilla al novelista que quiere observar las costumbres de su tiempo, y no le va mal al dramaturgo que se precia de objetividad.

La primera educación de Galdós no contribuyó en poco á desarrollarle. Nacido el 10 de Mayo de 1855, en Las Palmas, Galdós vivió hasta los diez y ocho años en esas Canarias, de las que la mitad de la población es inglesa, y en la que viven juntas dos religiones con recíproca tolerancia. En semejante medio pudo empezar á madurar algunas de las ideas en las que le confirmó el estudio de la España contemporánea, y que concluirá por llevar al teatro. Su gusto por la observación y su ligera ironía ante el espectáculo de la vida se explican también un poco por su conocimiento del inglés y por sus lecturas de Dickens, que fueron para el joven un verdadero alimento.

Cuando Galdós llegó á Madrid, en 1864, para cursar los estudios de Derecho, no tardó en comprender que no estaba destinado á ser un jurista eminente. Probó el periodismo. Él mismo recuerda, en el prólogo de su drama *Los Condenados*, que padeció en su juventud ese «sarampión literario que se manifiesta por una fiebre de criticismo impertinente». No tardó en observar que, no obstante la gravedad pueril con que sabía decir tonterías, le sería difícil hacer obra útil y digna en una prensa en que la política invadía todas las columnas, y en la que el «crítico taurino» se encargaba á veces de juzgar la úl-

tima novela. No quiero hacer más que dos reflexiones sobre estos primeros artículos. La primera es que Galdós les debe tal vez un poco de esa flexibilidad y también de esos hábitos de polémica que se encuentran á veces hasta en su teatro. La segunda es que la clarividencia de que dió pronto pruebas respecto de ellos; que su deseo de buscar su camino en el trabajo y en la reflexión; que esa resolución de alejarse de las luchas y de los honores políticos para consagrarse al estudio desinteresado de su país, de sus costumbres, de sus necesidades y de sus aspiraciones; que el plan ya entrevisto de una vida que ha de confundirse con su producción literaria; que tales sentimientos y tal actitud no denotan forzosamente disposiciones para el drama, pero son el signo de un espíritu que, si ciertamente puede engañarse, no merece en todo caso ninguna injusta desconfianza.

A lo que parece, Galdós pensó en un principio dirigir su actividad hacia el teatro. Los triunfos de Tamayo y de Ayala le tentaban, y no le desagradaba la idea de que lo que él escribiera pasara después á labios de cómicos como Romea, Matilde Díez ó Teodora Lamadrid. En sus recuerdos sobre sus contemporáneos, refiere Eusebio Blasco que, por los alrededores de 1870, vió personarse en su casa á un joven serio y delgado, con una recomendación del por entonces crítico de moda, Federico Balart, y el cual tenía entregada desde hacía dos años una obra en el teatro *del Príncipe*. Blasco leyó la obra, que, según dice, era un drama de costumbres original. Se la recomendó al director Catalina, quien continuó sin apresurarse en aceptarla. Mientras tanto, el joven delgado y serio, cansado sin duda de esperar, publicó en la *Revista de España* una novela, en la que describía las aspiraciones de los liberales de 1820. *La Fontana de Oro* tuvo un éxito que encaminó á su autor en una nueva dirección. Al año siguiente comenzaba la publicación de los *Episodios Nacionales*. Pérez Galdós pasaba á ser uno de los escritores más leídos de la España de hoy.

El director Catalina careció tal vez de gusto, pero prestó

un servicio al que apartaba de la escena. Justo es tener en cuenta que Galdós tuvo desde un principio veleidades dramáticas. Pero ¿cómo no felicitarse de que renunciara á ellas para escribir su obra novelesca? Convenía, por lo demás, que antes de abordar el teatro estudiase la vida española en la historia de ayer y en las costumbres de hoy. A esto consagró los numerosos volúmenes que han precedido á su primer drama. Si se quisiera ser enteramente justo, y si se pudiera ser completo, habría que estudiarlos al detalle. En las novelas de Galdós es en donde conviene buscar, en efecto, la mayor parte de las fuentes de su teatro. Las influencias extranjeras que parece que se perciben en aquéllas son también las que hará que floten sobre la escena española. Los análisis psicológicos y morales que desarrollara sucesivamente en sus novelas forman también la trama de sus obras dramáticas. Las ideas que se desprenden de aquéllos se han transformado de un modo natural en asuntos escénicos y en tesis. Hasta las diversas fases de su obra novelesca se vuelven á encontrar en cierto modo en la evolución hasta aquí seguida por su teatro.

Los *Episodios Nacionales* comprenden tres series de diez tomos cada una, ya publicadas, y una cuarta en curso de publicación. La primera relata la guerra de la Independencia, la segunda las luchas políticas de 1814 á 1834, la tercera y la cuarta la primera guerra civil. Trátase, en suma, de un cuadro de la historia de España desde Trafalgar hasta la revolución de 1868. Que Galdós haya sufrido al principio la influencia de Erckmann-Chatrion y que se la pueda encontrar en algunos de sus procedimientos, cosa es ésta que yo no he de contradecir. Que no siempre haya logrado fundir los acontecimientos reales y los incidentes imaginarios, es el escollo inevitable de la novela histórica. Sus *Episodios* no carecen, sin embargo, de originalidad ni de interés. ¿Cómo pudieron preparar á su autor para los dramas que ha de componer?

Fácil es reconocer desde luego en los primeros un esfuerzo sostenido hacia la impersonalidad, un deseo á menudo reali-

zado de no dejar adivinar nada de sí en el giro de la narración ó en los sentimientos de los personajes. ¿Sería difícil acaso no reconocer cierta independencia en quien se ha hecho tratar de carlista en *Zumalacárregui* y de partidario de Espartero en *Mendizábal*? ¿Aportará al teatro Galdós estaspreciadas cualidades? En todo caso, es notable que haya conseguido dar pruebas de ellas en otro género. Ciertoes que los resortes que se ha habituado á manejar no son aquellos á los que de ordinario recurre el dramaturgo. El amor no juega sino un papel secundario en los *Episodios Nacionales*; salvo tal vez Jenara, no hay en ellos ninguna figura de mujer trazada con paciente aplicación. Pero el patriotismo y la política que los animan adquieren á menudo un aire de verdad extraordinariamente dramático. ¿Por qué no podría presentarse en la escena ese conflicto entre la tradición y las nuevas ideas que todavía perdura en España? Nada se opone á ello seguramente, y por adelantado se sabe, si se decide á la empresa, en qué sentido lo tratará Galdós. Se ha guardado cuidadosamente de las intemperancias de la patriotería. Ha pintado en páginas implacables la locura de exaltaciones, á las que se puede perfectamente llamar quijotescas, y el solapado egoísmo de los falsos patriotas. El estudio del pueblo revelado por los documentos históricos, las conversaciones de los ancianos y sus observaciones propias, le han dado á conocer un alma generosa, pero incoherente, y cuyos violentos impulsos van de un extremo al otro en vez de ejercitarse en la acción lenta, continua y reflexiva. En esta larga información de psicología social, Galdós ha visto que España sufre una enfermedad de la voluntad. El remedio que le propondrá en el teatro será la conclusión natural del diagnóstico que formuló en los *Episodios Nacionales*.

El diagnóstico en cuestión fué confirmado y precisado en las *Novelas Contemporáneas*. Las primeras de éstas no son las menos interesantes, pero son las menos desinteresadas. A pesar de la sinceridad de su esfuerzo, Galdós no logró desembara-

zarse de todo espíritu de partido. La lucha entre católicos y liberales engendró después de la Revolución de Setiembre una literatura de combate, en la que han tomado parte casi todos los escritores españoles. *Doña Perfecta*, que reaparecerá en la escena en 1906, no fué, bajo su primera forma de novela, ni una provocación ni una excepción; pero era difícil no encontrar alguna estrechez en la tesis sostenida en ella. A partir de *Marianela* (1878), y sobre todo de *La Desheredada* (1881), es cuando el arte de Galdós se hace á la vez más amplio y más libre. En esta evolución hacia la anotación precisa de las costumbres contemporáneas se ha señalado más de una vez la influencia de Zola y del naturalismo francés. Creo, en efecto, que hay que tenerla en cuenta. Pero hay otras más sensibles y más considerables. La obra novelesca de Galdós, si se atiende á su conjunto, recuerda más bien á Balzac y su *Comedia Humana*. La simpatía irónica que se entrevé en la primera no tiene nada del pesimismo desmedido de los *Rougon-Macquart*, y hace pensar en Dickens. Sería, en fin, perfectamente injusto olvidar que el realismo y el humorismo no son plantas exóticas en la tierra de Cervantes y de las novelas picarescas. Cualquiera que sea la parte correspondiente á las lecturas francesas ó inglesas de Galdós, los libros más importantes que ha leído fueron escritos en español, y el más importante de todos el libro mismo de la vida nacional, tal como lo veía componer en torno suyo.

Entre las cuestiones que agitan á la España contemporánea hay tres á las que ha concedido una importancia excepcional: la cuestión religiosa, la cuestión económica y la cuestión política. Ha tratado la primera con el deseo sincero de comprenderla más bien que de resolverla. Si comenzó por hacer del fanatismo una pintura que parecía un ataque, trató después (*Ángel Guerra* y *Nazarín* son las mejores pruebas) de penetrar en los sentimientos de un alma mística; y si, á pesar de todo, la lectura de las *Novelas Contemporáneas* puede inspirar odio á la intolerancia, la culpa, si hay culpa en ello, no es

del autor ni de la religión católica, sino de la actitud política y del estado de espíritu de una parte del clero español. No menos bien ha visto y hecho ver Galdós en la desorganización social, á la que asistía, la difusión lamentable de un lujo importado en contradicción con los recursos reales y el sacrificio funesto del bienestar cotidiano en aras de engañosas apariencias. ¿Cómo, en fin, en un país en donde el partido que ocupa el poder está siempre seguro de tener mayoría, cómo poner en duda la verdad de los cuadros que ha trazado de esa forma española de la corrupción administrativa que se llama allí «el caciquismo»? Religiosa, económica, política, las tres cuestiones que las *Novelas Contemporáneas* recogen del estudio de los hombres y de las cosas del día son, bajo la forma que afectan, las cuestiones vitales de al otro lado de los Pirineos. ¿Por qué, después de haber comprobado la importancia y la índole de las mismas en la historia y en la vida, quiso Pérez Galdós discutir las por último en la escena?

Posible y probable es que haya cedido al atractivo de un género en el que el triunfo es más inmediato y más sensible. El amor propio es la ley del hombre en general, y de los autores en particular. Galdós abrigó la secreta esperanza de ser aplaudido por los espectadores congregados. No le costó trabajo, por lo tanto, persuadirse de que importaba á su arte entrar en comunicación más directa con su público. Es en él, por lo demás, una convicción sincera la de que teatro y novela no están separados sino por el más superficial de los convencionalismos. Galdós debe de tener apego á tal idea, puesto que en ella ha insistido y la ha desarrollado en cada uno de los tres únicos prólogos que haya puesto al frente de sus dramas (*Los Condenados, Alma y Vida y El Abuelo*).

Siempre es distinguido el ponerse por encima de las vulgares y despreciables clasificaciones y proclamar que, en el reino del arte, no existe entre las diversas provincias ninguna frontera de rigurosos límites. ¿Qué nos habláis—dirán los que se creen independientes—de pretendidos géneros literarios, cuan-

do sobre las ruinas de las antiguas tragedia y comedia, é incluso del drama romántico, se alza hoy el único teatro que tenga las promesas de lo porvenir, el que no cataloga sus producciones, sino que, sirviéndose de la palabra á la vez más justa y más indeterminada, se contenta con llamarlas «obras»? ¿Por qué la obra representada y la obra leída han de seguir estando separadas por un abismo imaginario? Los revisteros de teatros son quienes han inventado lo que de la primera no podía apreciarse sino á luz de las candilejas, y son críticos mal emancipados de los prejuicios escolares los que han establecido entre el autor dramático y el novelista una ridícula incompatibilidad de temperamento. ¿Ha cambiado de naturaleza Paul Hervieu cuando, después de haberse dirigido á lectores, ha querido conmover á espectadores? ¿Y había de vedarse para siempre el acceso á la escena española á la gran obra de Galdós como novelista?

Respondo yo que no es ésta la cuestión. De que el espíritu humano sea á veces capaz de cultivar diversos géneros no se deduce que estos géneros dejen de ser diversos. ¿Acaso cuando Paul Hervieu trata de traducir la idea que concibe de los hombres y de su sociedad no determina la forma que le permitirá realizarle el matiz con que se le aparece? ¿Es solamente su capricho el que decide si de tal ó cuál asunto sacará una novela ó un drama? ¿O bien hay situaciones y resortes puramente dramáticos ó exclusivamente novelescos? Galdós no vacila en responder que no. Afirma que el drama no es sino una condensación de lo que constituye la acción y los caracteres en la novela moderna. Esto es lo que comprenderíamos mejor—añade—si el teatro de nuestros días, sea por error ó cansancio del público, sea por razones económicas ó sociales, no se hubiera encerrado en un molde tan estrecho que las obras capitales de los grandes dramaturgos nos parecen novelas habladas. ¿Qué público aceptaría hoy una representación íntegra del *Ricardo III*, de William Shakespeare?—Pues, sencillamente, el que aplaudió en el teatro Sarah Bernhardt una traducción literal

y completa del *Hamlet*, del gran William, ó también el que en el teatro Antoine soporta, sin el menor corte, *El Rey Lear*, del mismo Shakespeare. Que el que lo sepa—exclama triunfalmente Galdós—me diga si *La Celestina* es una novela ó un drama.

La cuestión es difícil, porque se trata de una obra que tomó, bajo la pluma de Fernando de Rojas, formas bastante diferentes, puesto que, concebida al principio en un acto, tuvo después diez y seis y por último veintiuno. El autor—dice Galdós—la llamó tragicomedia, y es en realidad un drama de lectura. Ni una ni otra de estas afirmaciones es completamente exacta. El título primitivo de la obra no era tragicomedia, sino comedia de Calixto y Melibea. Es probable que se presentase al espíritu de Rojas bajo la forma de un diálogo que había de presentar á lo vivo el mundo de mozos, medianeras y cortesanas en que vivió como estudiante. Poco á poco, merced á la fecundidad de la imaginación creadora del autor, los personajes adquirieron una vida más intensa. A medida que hablaban, se precisaban sus caracteres, oponiéndose unos á otros; y del choque de sus pasiones brotaban escenas emocionantes. Y así el diálogo se convirtió en comedia, y la comedia en tragicomedia; *La Celestina* es hasta tal punto un drama, que ha desempeñado un papel incomparable en los orígenes del teatro español; y no es solamente un drama de lectura, puesto que bastan numerosas supresiones para que sea representable, y, en efecto, se ha representado con otros nombres.

Esto es lo que Galdós hubiera indudablemente reconocido si no hubiese tropezado con dificultades locales que son la mejor explicación de su teoría. Él mismo nos la ha confiado en un artículo publicado por el periódico *El Tiempo* del 15 de Agosto de 1904. Después de haber comprobado que en España (como en más de un país y en más de una época) los que llegan al teatro sin títulos son bien acogidos hasta el día en que alcanzan triunfos evidentes, añade: Pero si el neófito tiene alguna notoriedad conquistada en el cultivo de la poesía lí-



rica ó la novela, no se le será fácil probar tranquilamente su talento en la escena... Existe aquí todavía, aunque bastante atenuada, una prevención, una malquerencia contra los novelistas que hacen excursiones al terreno del teatro. Se alega una supuesta oposición de medios y de fines entre estos dos géneros... que son dos ríos hermanos, nacidos de la misma fuente y arrastrando la misma agua. Me temo que este sentimiento de Galdós no sea sobre todo un resentimiento por las críticas con que se acogieron sus primeros ensayos dramáticos.

Es indudable, como él mismo dice, que nadie sostendrá que el hecho de haber escrito poemas ó novelas pueda impedir á su autor el abordar con buen éxito el teatro. Pero creo que se puede seguir sosteniendo que el drama y la novela tienen medios y fines lo suficientemente opuestos para que no haya lugar á mezclar estos dos nombres y fundir estos dos géneros. Si es legítimo hablar de dramas de lectura, es á propósito de un teatro que, como el de Renan, se preocupa de oponer ideas y no almas, sin ocuparse con exceso en la posibilidad ó en las condiciones de su realización. Pero siempre que el autor se borre para ceder el puesto á héroes que viven, es decir, que obran; siempre que el diálogo se imponga como el indispensable modo de expresión; siempre que la acción brote del choque de personajes que más que sufrirla la determinan, se podrá dar á la obra el título ó subtítulo que se quiera, pero siempre será un drama, y nada más que un drama. Sea el que fuere el pensamiento de Galdós, no ha demostrado que un asunto pueda igualmente ser propio del libro y del espectáculo; que baste concentrar una narración para hacer de ella un asunto teatral, y que héroes de novela se trasformen sin esfuerzo en personajes dramáticos.

Hasta se puede temer que el autor de los *Episodios Nacionales* y de las *Novelas Contemporáneas* haya desarrollado en él cualidades que corran el riesgo de convertirse en defectos en el teatro. Habitado á la lentitud necesaria del análisis psico-

lógico, ¿sabrá no retener sino el rasgo esencial del carácter, el gesto habitual del cuerpo y el grito único del corazón? ¿No le inducirá á alguna enojosa ilusión su misma fecundidad imaginativa? Se ha dedicado, y tal es la verdadera misión del novelista, á describir el medio histórico ó contemporáneo; ha creado personajes de todas clases para representar los menores aspectos de aquél; ha logrado hacer que se sienta, para emplear sus propios términos, la respiración misma de la muchedumbre. ¿Conseguirá también elegir entre los seres que le parezcan igualmente útiles para traducir los matices de su pensamiento, los únicos que puedan conservar en las tablas el relieve de la vida? ¿No se verá tentado, á pesar de su gusto por el tino y la verdad, á dar una preferencia peligrosa á esas almas extraordinarias tanto en el mal como en el bien que, como en Torquemada, no estaban fuera de lugar en esa epopeya moderna que es la novela contemporánea, pero que, no pudiendo explayarse y explicarse con la sobriedad necesaria del diálogo dramático, no dejarían de tomar un aspecto misterioso y desconcertante?

Estas reservas, que encontrarán más de una ocasión de justificarse, deben ponernos en guardia, pero sin desconfianza. Galdós puede equivocarse al confundir en un mismo género el drama y la novela, y explicarlo, sin embargo, al triunfar igualmente en ambos. Importa en todo caso tener en cuenta que al llegar á la escena bastante tarde, y después de haberlo maduramente reflexionado, sabía con toda claridad lo que quería hacer, por qué y hasta contra qué. Sin remontarse hasta los orígenes del teatro español contemporáneo, bastará recordar que desde 1874 y el resonante éxito de *La esposa del vengador*, D. José Echegaray ejercía en la escena de su país una verdadera dictadura. Hacía que triunfase un drama allí en donde la tradición de la comedia del siglo de oro se mezclaba bastante naturalmente con el recuerdo del romanticismo. Pero comenzaban á cansar unos procedimientos que á fuerza de repetirse se disimulaban con menos fortuna; hasta llegaba á hacer son-

reir un alarde patético cuya energía sin matices hacía pensar á veces en las artificiosas violencias del melodrama. El mismo Echegaray se daba cuenta de la necesidad de una renovación, puesto que escribía en 1891 *Un crítico incipiente*, y en 1892 *Mariana*. El teatro de Galdós manifestó desde el principio una reacción más vigorosa. Afectó renunciar á convencionalismos agotados, para tratar de tomar todos sus medios de la realidad. Pero la realidad es extraordinariamente diversa. ¿Bajo qué aspecto conviene considerarla? Galdós no tuvo dificultad alguna en confesar que sus preferencias iban del lado de un drama de análisis moral que pintase la vida española tal como es (ó, por lo menos, tal como se la ve), y no tal como fué (ó tal como se la sueña), y que apartase de tal cuadro no ya toda lamentación sobre un ideal pasado, sino el saludable deseo de un soplo regenerador. ¿Hasta qué punto era posible semejante drama? ¿De qué verdad era susceptible? ¿Y qué fuente de emociones le estaba reservado hacer brotar?

## II



El teatro de Galdós se compone hasta hoy de trece obras. ¿Es cálculo del autor? ¿Es más bien evolución de una inconsciente lógica? De todos modos, el caso es que se agrupan y se distinguen en tres períodos. Galdós se ha esforzado al principio en presentar á los espectadores de su país tesis morales de una generalidad bastante amplia. Les ha acostumbrado á ver que al ruido de las espadas suceda el de las ideas, y á las pasiones heroicas los resortes de la actividad moderna. Se ha decidido á estudiar costumbres españolas, y sin trasformar la escena en una tribuna, deja oír palabras que sus compatriotas no escuchan con oído desinteresado. ¿Cómo asombrarse de esto, puesto que suscita los problemas más graves y más actuales, y de que en una intriga en la que es preciso que las peripecias

se expliquen y terminen, sean la exposición y el desenlace inevitablemente ensalzados hasta las nubes ó arrojados por el fango, es decir, igualmente explotados por el espíritu de partido? Cada uno de los dos primeros períodos tuvo su coronación en un drama simbólico en el que se diría que Galdós quiso resumir y concentrar sus pensamientos. En *Los Condenados* (11 de Diciembre de 1894) encontramos la mejor conclusión de las tesis presentadas por *Realidad* (15 de Marzo de 1892), *La loca de la casa* (16 de Enero de 1893) y *La de San Quintín* (27 de Enero de 1894). Y de igual suerte, *Alma y Vida* (9 de Abril de 1902) es el punto de remate natural de esos estudios de psicología ó de sociología nacionales que se llaman *Voluntad* (20 de Diciembre de 1895), *Doña Perfecta* (28 de Enero de 1895), *La Fiera* (23 de Diciembre de 1896) y *Electra* (30 de Enero de 1901). Con *Mariucha* (16 de Julio de 1906), y sobre todo con *El Abuelo*, que fué en Madrid el gran éxito del invierno de 1904-1905, parece que Galdós se esfuerza en fundir sus dos maneras en un drama que recobre la amplitud filosófica de la primera y conserve el calor español de la segunda, pero despojándose hasta de la apariencia de una intención de polémica. Sus dos últimas obras, *Bárbara* (28 de Marzo de 1905) y *Amor y Ciencia* (7 de Noviembre de 1905), manifiestan todavía mejor la independencia de su pensamiento.

La transición entre la obra novelesca y la obra dramática de Galdós se realiza bastante naturalmente con *Realidad*. Esta obra en cinco actos fué primero una novela en cinco «jornadas» (1) en la que, salvo algunas indicaciones escénicas, el autor se oscurecía por completo para dejar hablar á sus personajes. La intriga es más sobria en la segunda forma de la obra, pero se detiene aún en episodios de los que se la puede despojar sin grandes escrúpulos. Orozco es un hombre rico y caritativo que busca en el absoluto dominio de su alma el

---

(1) ¿Habría que recordar que la «jornada» es el acto de las comedias del siglo de oro?

medio de llegar á la calma filosófica que confunde con la virtud. Su mujer, Augusta, le ama y le admira, pero no le comprende. Su vivacidad se asombra de aquella tranquilidad reflexiva; el espectáculo diario de una fría serenidad le hace sentir mejor el atractivo de lo irregular y misterioso. Se ha dejado, pues, seducir por un joven libertino. Federico Vera, acusado por sus acreedores, tiene demasiado honor para aceptar de ella la menor ayuda, pero ese mismo honor no le impide pedir dinero prestado á una mujer galante con la que no tiene más que unas raras relaciones de amistad. Perseguido por el remordimiento de traicionar á un hombre que se obstina en colmarle de favores, se refugia en el suicidio. Orozco descubre, sin que ella lo sepa, el secreto de su mujer, y se halla dispuesto á perdonarla si lava su falta con una confesión. Pero Augusta es una mujer y no una santa; guarda silencio, y mientras que se aleja, su marido sofoca en sí el último grito de los miserables rencores humanos para erguirse solitario en la impasibilidad de su grandeza moral.

Este desenlace es por lo menos chocante para un drama que se llama *Realidad*. No ilumina sino una luz indecisa y flotante una acción en la que no se sabe si hay que interesarse sobre todo por el amor de Augusta, ó por los remordimientos de Federico, ó por la actitud filosófica de Orozco. ¿Por qué, pues, el sonoro título? ¿Quiere el autor darnos á entender que la realidad es una gran artista, mucho más fecunda y original que las más novelescas imaginaciones? Así lo creo, y creo también que ha querido reaccionar contra los excesos del neoromanticismo, puesto de moda por D. José Echegaray. Por lo demás, no lo ha logrado sino imperfectamente. Las alucinaciones de Federico y la aparición de su sombra en el último cuadro no son sin duda otra cosa que la figuración material de un fenómeno subjetivo. No es menos cierto que esto viene á ser tan artificial como los accesorios corrientes del almacén romántico. *Realidad* no es todavía ni completamente un drama, ni sobre todo un drama realista. La abundancia de deta-

lles, el número de las figuras y de las escenas secundarias, la longitud de las explicaciones analíticas, le acercan demasiado á la novela. Pero la facilidad del diálogo, la fuerza con que están presentados más de una situación y más de un sentimiento, dejan adivinar la aparición de un verdadero temperamento dramático.

*La loca de la casa*, Victoria, la hija mayor del marqués de Moncado, puede pasar por una prueba corregida y embellecida de la Augusta de *Realidad*. Tampoco ella se contenta con una existencia ordinaria y con el vulgar esfuerzo de una conducta correcta. Se siente atraída por el mal, pero con la orgullosa esperanza de vencerle y hacer que de él brote el bien. En un brusco impulso de su arrebatado carácter, rompió sus relaciones con Daniel de Malavella para entrar en un convento, en el que está haciendo el noviciado. Pero en el momento de ir á morir para el mundo se le presenta la ocasión de un sacrificio, tanto más heroico cuanto que exige de ella no una simple renuncia, sino una verdadera inmolación. Para salvar á su padre de la ruina á la que le han arrastrado desafortunadas especulaciones, se entrega en matrimonio á José María Cruz, el hijo de un antiguo carretero de la familia, el cual, á fuerza de energía paciente y brutal, ha amontonado en California una enorme fortuna, y que vuelve con el rudo deseo de instalarse como amo en la tierra en que fué criado. Puntual en sus compromisos, pero implacable en la realización de su derecho, Cruz se hace una ley de no conocer ni la piedad ni la caridad. Victoria entabla la lucha contra aquella avidez y aquel egoísmo razonador. Vencida en una batalla dolorosa, y ante la injusta sospecha respecto á sus sentimientos para con el que fué su prometido, se retira á casa de su padre. No tarda en observar que su corazón echa de menos á su marido y á su atormentada vida. Cruz tampoco puede ser feliz sin ella. Convencido por el que cree su rival de lo infundado de sus celos, conmovido en lo más profundo de su orgullo por el anuncio de una paternidad que fundará su casa, acepta el tra-

to que le impone Victoria: tanto para la madre y tanto para el hijo. Hará el bien á su pesar. ¿Pero no es el mal la mejor razón de ser y de obrar del bien?

Reconozco que el estudio psicológico de Cruz y de Victoria no se encuentra tal vez lo suficientemente hecho. No creo que la óptica teatral exija tal aumento. Pido solamente que no se grite inoportunamente contra la inverosimilitud material ó moral. La fortuna de Cruz y su regreso al país natal son bastante naturales en una tierra de la que tantos catalanes, y sobre todo asturianos, salieron pobres con el deseo realizado de volver ricos. En otro orden de ideas, el ardor de victoria por el sacrificio y su extraordinaria exaltación no son inexplicables bajo un sol que alumbró á Santa Teresa y á la monja alférez. Después de esto, si se me dice que hay, á pesar de todo, en su papel más de una señal de romanticismo, estaré de acuerdo. *La loca de la casa* es, sin embargo, un drama más bien realista, si es cierto que una de las más seguras manifestaciones del realismo se encuentra en la importancia que concede á esa cuestión de dinero que ignoraba el teatro anterior. Es sobre todo un drama moral y más dramático que *Realidad*. Su acción es menos lenta y está más concentrada; las diversas fases de ese combate entre dos almas no nos dejan nunca indiferentes. Palpita en él una fuerza creciente que no retrocede ante la brutalidad, y que sin embargo va siempre revestida de gracia.

Dejemos á un lado *La de San Quintín*, obra francamente y hasta furiosamente romántica, y lleguemos á esa especie de drama sintético que se llama *Los Condenados*. Salomé, sobrina de un rico propietario de Aragón, se ha enamorado de José León, un vagabundo intelectual á quien el rumor público acusa de un asesinato, de un incendio y de algunos otros crímenes. Es sorprendida por su familia con él, que la atrae por el contraste mismo de su cultura y de su situación miserable. Su pariente, Santiago Paternoy, quien por su caridad y su superioridad moral se ha conquistado en su país una autoridad

mística, condena á ambos «á la vida, al amor mismo y á las consecuencias de sus errores». Bajo la influencia de su querida Salomé, José León comienza á conocer el valor de la franqueza. Le revela que no se llama José León, sino Martín Bravo. Sin embargo, todavía no ha renunciado al misterio que le rodea. La sublime mentira de Paternoy, que le salva la vida con un falso juramento, no le decide á la confesión. Le han arrebatado á Salomé: va á buscarla á un convento. En las esculturas de la puerta se lee la historia del caballero Juan de Urrea. Vino á raptar á una monja, y el Señor la trasformó en un sér repugnante, cuya vista le convirtió á la penitencia. Salomé ha conservado todo el encanto de su belleza. Pero, en un acceso de celos, ha dejado escapar el nombre bajo el que la justicia persigue al que ama todavía; ha entrevisto los crímenes que él le ocultara, y su razón se ha extraviado. Entonces, pero solamente entonces, el corazón de José León se abre á una nueva luz. Ante la comunidad, que llega en procesión tras la imagen de la Virgen, ante el hermano de su víctima y las gentes armadas que le persiguen, hace la confesión de sus delitos y se entrega sin defensa á la justicia humana y á la misericordia divina.

En el prólogo que ha puesto al frente de su obra, Galdós confiesa con toda sencillez la importancia que le atribuía y lo grande de su fracaso. Hasta apunta los defectos de su obra con rara imparcialidad. Sí, al drama le perjudicó la lentitud de la expresión y lo largo de algunas escenas. Sí, no es difícil señalar en él faltas contra la lógica, ó, más sencillamente, contra la verosimilitud. ¿Cómo admitir, por ejemplo, que Paternoy disponga de un poder casi divino sobre sus conciudadanos, ó que entregue desde luego Salomé á José León? Harto sé que, á pesar de algunos impulsos humanos, no tiene un alma vulgar. Pero ¿no se alza afuera más aún que encima de la humanidad? Es interesante estudiarle como una repetición del Orozco de *Realidad*. Pero, diga lo que quiera, Galdós no ha observado verdaderamente ni al uno ni al otro; los ha



sucesivamente adaptado al ideal filosófico, después religioso, que los encargaba de representar.

Salomé no es mucho más natural. Pertenece, sí, á la familia de las tres heroínas que ha descrito ya Galdós. El atractivo del misterio y la vocación de ángel tutelar que experimenta tan bruscamente no hacen de ella una aragonesa del año de gracia de 1898; parece más bien la nieta literaria de Doña Sol y de Eloa. En cuanto á José León, á la vez libertino como Federico Viera, violento como Cruz, lleno de talento como Víctor, no diré, con Galdós, que es un personaje complejo y escabroso. Le aplicaré de mejor grado la frase que le dirigen en la obra: «Es un personaje del más puro romanticismo». Escuchadle hablar á Salomé: «Soy el mal, Salomé, y yo que soy el mal he ganado el bien». ¿Expresábase de otra manera Hernani? ¿Cómo asombrarse de que el público español no comprendiera unos personajes que no le parecían directamente tomados ni de la realidad ni de la tradición nacional?

A dicho público le interesó tanto menos la obra cuanto que apenas advirtiera el sentido y el alcance de ella. Galdós niega en su prólogo el que haya querido hacer una obra simbólica. Admira *Casa de muñecas*, *Los Espectros* y *El enemigo del pueblo*, pero se jacta de no comprender *El pato salvaje*, *Solnæss* y *La dama del mar*. Pretende que ningún autor ha ejercido menos influencia sobre él que Ibsen. Reconoce, no obstante, que toda la cimentación de su obra es puramente espiritual. Galdós da aquí la verdadera razón de su fracaso. Quiso aclimatar en España un género para el que no estaba preparado el público. ¿Qué es, después de todo, *Los Condenados*, sino un esfuerzo para introducir á Ibsen y Tolstoi en la patria de Lope y Calderón? La idea esencial que se desprende de la obra es que vivimos en la mentira, y que nuestra salvación está en la verdad. José León trata al principio de contradecir esta tesis, pero es para afianzarla mejor y confirmarla al final. ¿No es esto precisamente lo que sostienen y justifican de varias maneras los héroes de Ibsen? El dramaturgo noruego

aplaudiría á Paternoy cuando se declara dispuesto á salvar á José León si reconociese que no hay mal en la mentira. Y cuando José León se decide, ¿no recuerda la escena de su confesión, la confesión bien conocida de *El poder de las tinieblas*?

El fracaso de su drama prestó á Galdós el servicio de ponerle en guardia contra los peligros del simbolismo. No era hombre para desalentarse ni renunciar al concepto que tenía del teatro. Comprendió solamente que necesitaría en adelante conceder más importancia á la acción y á los personajes. Puesto que su público no se dejaba conmover con la exposición y la discusión de tesis generales, había que dirigirse más directamente á él.

### III

En las obras de su primera manera, Galdós trató más de una vez de hacer sentir el interés especial que de este lado de los Pirineos debían inspirar ideas de apariencia ó de origen extranjero. Incluso dejó traslucir alusiones á un estado de espíritu y de cosas puramente español. Estas cuestiones, que Galdós no planteara sino de paso, van á precisarse y, por decirlo así, á nacionalizarse en los dramas de la segunda manera.

Trátase en *Voluntad* la cuestión económica. Por su bondad y su negligencia, D. Isidro Berdejo ha puesto en peligro su comercio. Su mujer se aflige, pero no sabe más que afligirse y rezar. Su hija menor, Trinita, no piensa más que en sus perifollos y en su piano. Su hijo Serafinito se precia de elocuencia en los círculos juveniles y se arruina en libros de sociología y de antropología. La casa está á punto de derrumbarse. Hace falta un milagro para salvarla. El milagro lo realiza una voluntad, la de Isidora. Isidora es la hija mayor de la familia, y parecía la razón misma, cuando en un día de locura se prendó de un tal Alejandro Hermann, que representa en la obra la

fantasía, el arte, el desprecio del trabajo diario y del matrimonio regular. Isidora vive algún tiempo con él; pero, cansada de luchar contra sus exaltaciones, ha recobrado el ánimo y vuelve á ejercer en su casa su actividad provechosa. Impone á su hermana el cuidado de la cocina, á su hermano el despacho de las cartas comerciales, y, con su despotismo seductor, reemplaza el despilfarro y la miseria con el bienestar y el orden. Incluso salva á Alejandro, cuya fortuna ha desaparecido en una quiebra, del orgullo y de la ley de herencia que le condenaban al suicidio. Alejandro se casará con ella y reconocerá, ante el espectáculo de aquella energía moral, que la lucha sana de la vida es mucho más bella y fecunda que su idealismo artístico.

Ruego que no se vea en las líneas precedentes el análisis de una pobre perogrullada. La belleza del esfuerzo, el valor moral de una energía aplicada á las realidades de la vida, no son indudablemente verdades nuevas. ¿Pero qué importa, si es cierto, como lo cree Galdós, que son las que hay que predicar sobre todo y sin cesar en su país? Alejandro Hermann es una especie de Don Quijote moderno, y el mejor remedio que se le puede desear es, en efecto, el que encuentre, no ya una Dulcinea, sino una Isidora. *Voluntad* marca, por lo demás, un progreso sensible en el arte dramático de Galdós. Convengo en que hay alguna dificultad en aceptar á unos padres que entregan sin vacilar las riendas del gobierno á una muchacha que ya en una ocasión no usó bien de su razón. Pero, salvo esta reserva, la acción es de una sencillez bastante natural. La presentación es de una sobriedad perfecta, puesto que se contenta durante tres actos con la trastienda de un almacén. Los personajes secundarios que desfilan se ligan sin esfuerzo á la acción principal, y casi todos están trazados primorosamente. *Voluntad* pertenece tanto al realismo español como al teatro de ideas.

Con *Doña Perfecta* aborda Pérez Galdós directamente la cuestión más delicada de todas, aquella por lo menos que es

más difícil de tratar con toda libertad de espíritu. No hay para qué decir que se trata de la cuestión religiosa. Su obra no es más que una adaptación de su novela, traducida á casi todas las lenguas, incluso á la nuestra. Conocida es sin duda la historia de aquella madre que ve á su hija enamorada de un primo, cuyas ideas modernas le parecen la negación misma de su fe, y que, para evitar una unión en la que teme la pérdida del alma que ella educara con su ternura, apela á los más tortuosos procedimientos, y no retrocede ante la semicomplacencia de un crimen. El drama no vale lo que la novela. Le faltan, y las decoraciones no las reemplazan, aquellas descripciones de paisajes que nos hacen penetrar hasta en el corazón de la vieja España. Le faltan todos estos detalles tan necesarios, puesto que era la mejor explicación de los personajes y de sus costumbres. Le faltan también algunas de las páginas más dramáticas. Las exigencias del teatro han hecho la acción menos verosímil. La conspiración de que Pepe Rey será víctima se urde contra él antes de que por la expresión de sus ideas haya tenido tiempo de darnos la razón de aquélla. Si la exposición es un poco brusca, hay, en cambio, en casi todos los actos, y en el tercero en particular, lentitudes en las que se reconoce al novelista que va despacio. El mismo Galdós ha indicado, entre dos asteriscos, los pasajes que se pueden suprimir en la representación. ¿No es esto confesar que, embarazado por el hábito y los gustos de otro género, no sabe siempre distinguir la paciencia del lector y la del espectador? Los mismos personajes han perdido mucho con el necesario abultamiento de la óptica teatral. Para no citar sino al principal, la figura de Doña Perfecta no tiene ya en la escena los matices fúgaces que constituían su verdadera originalidad. Se ve obligada á hablar, y á veces á expresarse con una franqueza violenta; y precisamente por lo que no decía era en la novela la más significativa y la más conforme con su verdadera naturaleza. Me inclinaría, pues, á ver en *Doña Perfecta* como un retroceso del arte dramático de Galdós. Importa, sin embargo, señalar en ella un

mérito que es considerable. La tesis sostenida por la novela toma en el drama mayor amplitud y verdad. Detrás de Doña Perfecta y su sobrino no se agita ya solamente una contienda de partidos. «Detrás de mí, exclama Pepe al final del segundo acto, detrás de nosotros hay un combate espantoso: principios contra principios.» Pero este combate no es el encuentro ininteligente de las negaciones del ateísmo y de las afirmaciones dogmáticas; es la lucha por la existencia del espíritu moderno español.

El ingeniero Pepe Rey nos conduce en derechura al electricista Máximo Yuste, que está encargado en *Electra* de librar la misma batalla. El electricista no muestra menos ardor que el ingeniero en afirmar su creencia en Dios. Esto ya es una garantía de que la obra de Galdós, cuyo éxito fué el más ruidoso, si no el más brillante, no es, en modo alguno, una obra antirreligiosa. Ni siquiera creo que sea en el texto español una obra anticlerical. Electra es hija de una tal Eleuteria, que antes de morir arrepentida amó mucho y pecó mucho. Para redimir esta alma, y la suya con ella, D. Salvador Pantoja, que fué culpable con la madre, quiere encaminar á la hija hacia el convento de la Penitencia, del que sueña con verla un día superiora. La boda de Electra con Máximo va á desbaratar un designio que cree inspirado por el cielo. Declara entonces á la joven que su prometido es tal vez su hermano. Loca de desesperación y de horror, Electra se refugia en el convento de la Penitencia, y no se necesita nada menos, para volverla á Máximo y á la vida del mundo, que una aparición de la sombra de su madre. No necesito poner de manifiesto la inverosimilitud de este desenlace de una acción que pasa en Madrid y que se dice «rigurosamente contemporánea». ¿Ha querido Galdós emplear un procedimiento shakespeariano? ¿Se ha creído con derecho á representar materialmente alguna creencia espiritista? De todos modos, á pesar de las alucinaciones anteriores que pone en boca de su heroína, el espectáculo de la última no puede por menos de chocarnos extraordinariamente.

Creo, por el contrario, que el personaje de Pantoja es á la vez menos chocante y menos inverosímil que haya parecido serlo. No es ni un Tartufo, ni un jesuíta, puesto que es sincero y puesto que no obedece á la regla de ninguna orden. Muestra solamente los peligros de una energía moral exaltada por un misticismo fanático. El hombre que, ante la cólera brutal de Máximo, conserva la serenidad de una fe más elevada que la pasión, y de una voluntad más fuerte que la fuerza, no es el sér odioso y vulgar que se representaban los espectadores de la Porte Saint-Martin. Su misma mentira, que nos horroriza, ¿no puede parecerle tan bella como el falso juramento de Paternoy en *Los Condenados*? ¿Había de vacilar cuando creía salvar un alma? Que Galdós haya dejado traslucir en su obra sus simpatías por la ciencia y por un sentimiento religioso, no ya lejano de Dios, pero sí más próximo al hombre, cosa es que tal vez estaba en su derecho hacer. Nada hizo de todos modos para justificar el título que cierto diario español le daba á la reseña del estreno de *Electra*: «El crimen de esta noche». La sombra de Eleuteria, que al venir de ultratumba debe sin duda expresar la verdad suprema, recomienda á su hija que no maldiga á quien la forzó á una reclusión pasajera: «Dios, dice ella, está en todas partes... Yo no supe encontrarle fuera del claustro; búscale en el mundo por senderos mejores que los míos». ¿Vese aquí que Galdós enseñe á destruir conventos y á volver á la matanza de los frailes? No hay que hacerle responsable ni de los entusiasmos ni de las iras que suscitó su obra. El proceso Ubao y el asunto de la brasileña de Oporto bastaron para demostrar, en el trascurso mismo de sus representaciones, que *Electra* no era tan inútil como podríamos figurárnoslo en Francia. La actitud del partido ultramontano en España probó superabundantemente que *Electra* era una obra necesaria. Ahora, de que hubo en el ardor, en cierto modo furioso con que se aplaudía, la más clara manifestación de otro y no menos funesto peligro; de que el amor al arte y la pasión por la verdad no era solamente la que animaba á los especta-

dores, que pedían en los entreactos el himno de Riego, la *Marsellesa* y el revolucionario *Trágala*, cosa es de la que estoy perfectamente convencido; pero esto es también otro asunto.

*Electra* se une directamente con *Doña Perfecta*. Pero antes de llevar así al teatro una de las formas españolas del fanatismo religioso, Galdós había tratado de hacer que se aceptase en la escena su sentimiento sobre el fanatismo político. *La Fiera* es una de las raras tentativas del autor, no de las *Novelas Contemporáneas*, sino de los *Episodios Nacionales*. Vese puesta en escena una de las fases de la lucha que en 1822 sostuvieron los liberales contra los realistas que querían restablecer la autoridad absoluta del rey Fernando. Los primeros, guiados por San Valerio, se han introducido por astucia en Urgel, en donde imperan los segundos bajo el mando del sanguinario Don Juan. Descúbrese el complot, y va á ser castigado, cuando la llegada de las tropas victoriosas de Espoz y Mina pone en fuga á sus enemigos. A estos cuadros, vagamente históricos, va unida, no sin cierta inhabilidad, una historia de amor. Entre los conjurados liberales se encuentra un tal Berenguer de Claramunt, cuyo padre fué muerto por el realista barón de Celis. El conjurado por venganza siente que su cólera decae, y su máscara le pesa cuando habla con la hija del asesino de su padre, con Susana; la cual, lejos de abundar en los sentimientos de su familia, profesa el mayor horror por las crueldades de las guerras civiles. Los dos jóvenes encuentran ocasión de salvarse en cierto modo la vida, y de asegurarse de su mutuo amor. Perseguido al fin por el odio de Valerio y los celos de Don Juan, Berenguer se libra de uno y otro matándoles en duelo, y como, á pesar de la diversidad de sus partidos, representan ambos un idéntico estado de alma, á lo que Berenguer ha dado muerte es á la «fiera».

El público español acogió con tanto desagrado la obra, que tal vez no contribuyó en poco á apartar durante algunos años del teatro á Galdós. ¿Pareció lánguida la obra? A juzgar por los asteriscos, se suprimió más de un pasaje en la representa-

ción. ¿Fueron insuficientes estos sacrificios? ¿Pareció la acción demasiado lenta? ¿Hizo sonreír el desenlace en vez de conmové? Lo ignoro, pero mucho temo que haya que responder afirmativamente á todas estas preguntas. Los héroes del drama no podían despertar un interés que no iba afecto al asunto. Susana no carecía de encantos; pero esta nueva hermana de Victoria y de Isidora, esta enamorada, que quiere ser una redentora, no siempre llevaba el sello ni de la verdad histórica ni de la verosimilitud moral. En cuanto á Berenguer, ofrecía una mezcla muy confusa, en la que se encontraba un poco de Hamlet y de Werther, y un mucho de romanticismo fatalista. Vióse sin duda una mediana reproducción de *Romeo y Julieta* en la inevitable pintura de un amor necesario á la tesis del autor. A pesar de la saludable lección que *La Fiera* le daba, la España moderna se apartó de la obra para volverse á ver y releer su historia en los *Episodios Nacionales*.

Uno de los raros héroes de estos *Episodios*, en cuyas palabras se pueda escuchar el eco del pensamiento del autor, Beramendi, termina así la segunda parte de sus memorias: «Sin saber de dónde venían, sentía que unas esperanzas agitaban las alas á mi alrededor. La verdad estaba muy próxima: la descubriría pronto, encontraría la representación viviente del alma española.»

Esta esperanza magnífica es la que ha inspirado *Alma y Vida*. Á juzgar por el prólogo de este drama, Galdós ha querido expresar con él «más bien un sentimiento vago que una idea precisa, la melancolía que invade y deprime el alma española». Ha puesto por época de la acción el año de 1780, uno de los que le parecen representar más exactamente el fin de la España heráldica. En su castillo de Ruy Díaz, en Castilla, la duquesa Laura de la Cerda y Guzmán lleva una existencia enfermiza. Abandona la administración de sus Estados á Monegro, quien, con la complicidad del corregidor Turpín, ejerce un odioso despotismo. Un proceso, al que la duquesa asiste para distraer su languidez, le hace conocer á un hidalgo, Juan Pa-



blo Cienfuegos, cuyos delitos no han sido sino actos de justicia. Deja al principio que le encarcelen, pero no tarda en ponerle en libertad para darle un papel en una pastoral representada en sus jardines. A favor del disfraz, Juan Pablo dice á la duquesa, en versos platónicos de Lope de Vega, que contempla en su belleza sensible la belleza divina inteligible. Al contacto de esta energía y esta adoración, Laura siente la ilusión de una fuerza renaciente. Hace que prevengan á Juan Pablo de las emboscadas que le tiende Monegro. Unas adivinatoras moriscas le han predicho que sería reina con él en un reino de alegría y de pureza. ¿Será tal reino de este mundo? Lo cree cuando Juan Pablo viene á anunciarle que Monegro está vencido y humillado. Pero, á medida que se embellece para recibir á su pueblo, su rostro palidece sin alterarse, y muere entre rosas soñando con un reino de paz y de justicia. Vasallos de Ruy Díaz, exclama entonces Juan Pablo, el gran espíritu de nuestra soberana está en un reino glorioso. Ella era la belleza divina, la ideal virtud, y nosotros no somos sino pobres vidas, ciegas, miserables... ¿Qué habéis hecho? ¿Qué hemos hecho? Destruir una tiranía para elevar otra semejante. El mal se perpetúa. Entre nosotros continúan reinando la maldad, la corrupción, la injusticia. ¡Llorad, vidas sin alma, llorad, llorad!

Bien creo que éste es el tema sobre el que ha tejido el drama, pero no siempre se desprende claramente de las escenas secundarias. Galdós declara que la exposición de los caracteres y el desarrollo del asunto no le han permitido ser más conciso. Una vez más sus hábitos de novelista le cierran los ojos sobre lentitudes de las que no es el mejor juez. ¿Está, por lo demás, bien seguro él mismo de no haber pensado cuando escribió el acto de la pastoral sino en «la lógica interna de su drama»? ¿No se dejó más bien arrastrar por el deseo de aprovechar todos los documentos que le suministró nuestra ópera, por la irresistible tentación de un brillante efecto escénico?

No se pueden tampoco aceptar sin reserva sus considera-

E. M.—*Junio 1906.*

10

ciones sobre un simbolismo que combatió, pero sirviéndose de él en *Los Condenados*. Galdós sostiene ahora que la claridad no es una condición del arte y que la transparencia no es un elemento de belleza. Es posible. Pero todos los razonamientos del mundo no harán que el genio español se complazca en los confusos tintes que gustan bajo otros cielos, ni que el dramaturgo pueda prescindir de tener en cuenta á su público. ¿Qué público, por lo demás, por setentrional que fuese, no se vería desconcertado por la diversidad de elementos puestos en juego en *Alma y Vida*, como también por la interpretación que conviene darles? No es fácil guardar una impresión armoniosa de un drama en donde, en el segundo acto, unos pastores dicen ingenuidades del gusto de Juan de la Encina; en el que intervienen después unas hechiceras algo shakesperianas, en el que se formulan, en fin, unos sueños comunistas que Tolstoi quisiera convertir en realidades. Sin duda no son éstos sino rasgos aislados, pero perjudican á la unidad del todo.

Los personajes principales no siempre nos evitan tales discordancias. Dícesenos en el prólogo que si Juan Pablo no muere, es porque representa la parte sana del país, la «que no sufre de parálisis ni de caquexia». No es esto lo que representa en la escena, en donde aparece más bien como una especie de héroe romántico vigorosamente coloreado de socialismo. La misma Laura es indecisa y desconcertante. Para aceptar que se prende de Juan Pablo hay que saber que éste es la fuerza viva del pueblo español, y que aquélla es el alma. ¡Pero cuántas veces muestra ternuras conmovedoras que son de una simple mujer, y no de un personaje tan plenamente simbólico! La conclusión del drama, si la hay, es que á una tiranía sucede otra tiranía, y que España se muere porque queda una vida sin alma. Todavía era preciso, para dárnoslo á entender, mostrarnos á la administración que sucede á la Monegro transformándose al poco tiempo en otro «caciquismo».

Todas estas reservas, y otras más, no impiden que *Alma y Vida* sea una obra bella. Las obras fuertes, las obras seducto-

ras no siempre son obras perfectas. Y hay á la vez fuerza y encanto en el drama simbólico de Galdós. El que no haya realizado todas las esperanzas de su autor es la suerte inevitable de casi todos los grandes pensadores. Pero el tener vastos pensamientos y amplias esperanzas no es el privilegio de los espíritus mediocres y de las imaginaciones vulgares.

#### IV

Tampoco es el signo de una inteligencia vulgar el no perder en el anhelo de una ambición generosa el cuidado y el sentido de la realidad. Galdós advirtió que la obra en la que veía con razón el esfuerzo más bello de su alma pasaba sin impresionar á los espectadores. La defendió y se quejó. Hizo más aún: continuó. Sabía que el público es un tirano misterioso, pero no ignoraba tampoco que es también, y sobre todo en España, un niño travieso que á veces se deja educar. ¿Hasta qué punto hay que ceder á sus gustos, y en qué medida conviene violentarlos?

*Adivina si puedes, y elige si te atreves.*

Galdós adivinó que los dramas de su primera manera no siempre entusiasmaban á los espectadores, y que los otros se deformaban harto á menudo á gusto de las pasiones políticas y religiosas. Conocía que es difícil no el permanecer frío cuando se trata de cuestiones candentes, sino imponer á los hombres congregados para el espectáculo de su existencia una emoción puramente estética. No desesperó, sin embargo, y aprovechando experiencias ya hechas, pensó escribir una obra que todos comprendieran sin que nadie la explotase, y que le evitase tanto los aplausos fanáticos como los injustos desdenes. Este sueño, del que reconozco que *Mariucha* no ha ofrecido sino una imagen imperfecta, le creo realizado en *El Abuelo*.

Hay en *Mariucha* un esfuerzo, á menudo bastante hábil

para fundir en un conjunto armonioso *Voluntad* y *La de San Quintín*. La noble familia de Alto Rey, agotados los recursos, se ha refugiado en Agramante. El marqués, D. Pedro de Guzmán, no cuenta más que con la lucrativa situación que el Estado parece deberle á Cesáreo, el hijo de aquél. Por fortuna su hija María, ó más bien Mariucha, como se la llama familiarmente, encuentra á un comerciante en carbones que le enseña el poder de la voluntad y el valor del trabajo. Cierto es que este comerciante en carbones no es una *auvergnat* vulgar, es decir, un gallego ó un asturiano cualquiera. Antes de hacerse llamar León, era Antonio Sanfelices y sobrino del marqués de Tarfe. Arruinado tontamente, y más tontamente comprometido en una estafa, ha tenido la energía de rehacerse una vida nueva, y está en vísperas de un digno bienestar. Gracias á sus lecciones, Mariucha, que no ha heredado ninguno de los prejuicios de su familia, instala en el antiguo palacio de Alto Rey un taller de encajes y de flores artificiales, que no tarda en prosperar. Desgraciadamente para ella, Cesáreo se casa con los millones de una viuda americana. Ella esperaba llegar á ser mejor que el discípulo de su maestro. La fortuna del hermano cambia la situación de la hermana. El carbón se ve amenazado de una baja espantosa. Mariucha y León concluyen por juntar sus manos laboriosas, pero después de terribles combates, en los que con el solo apoyo del cura de la parroquia tienen que luchar contra el orgullo del marqués y la autoridad despótica de Cesáreo, convertido merced á su matrimonio en el cacique de Agramante.

Algo lentas se suceden las principales fases de este asunto. La exposición no termina hasta el segundo acto, y si se ve el porqué de más de un diálogo un poco latamente razonador, es lástima que unas explicaciones necesarias se queden en explicaciones sin trasformarse en emociones. Los personajes están demasiado exclusivamente consagrados, y, por consiguiente, sacrificados á la tesis que están encargados de representar. León es mucho más un papel que un carácter, y Mariucha no

ostenta sin una inquietante perfección el admirable empleo de ser la imagen viviente de la verdadera verdad. Las ideas que uno y otra encarnan no son nada nuevas bajo el sol, ni siquiera á la luz de la batería. El que la ley de la vida moderna sea el trabajo, es el dogma esencial de un evangelio, del que Zola no ha sido el primero ni el último apóstol. El que después de haber cumplido con el deber de la labor infatigable tenga el individuo derecho á disponer de sí mismo, es una afirmación que se ha aplaudido á menudo en la escena, sobre todo cuando se ha traducido del noruego. No por esto se ha de alabar menos en *Mariucha* el haber puesto tales palabras en boca de personajes que no son tal vez caracteres vigorosamente trazados, pero de los cuales unos personifican defectos muy españoles, y de los cuales otros tienen aspiraciones generosas que sería injusto confundir con las reivindicaciones venenosas del espíritu de partido.

La concepción filosófica que se deduce de *El Abuelo* es más desinteresada todavía, y tiene la incomparable ventaja de no perjudicar en nada á su valor psicológico. He aquí, en fin, un drama de una elegante sencillez, que sin renunciar á hacer que pensemos, no cesa de interesarnos en sus personajes y no nos sugiere ideas sino después de habernos comunicado emociones. La prueba mejor de que está fuertemente concebido se encuentra en que es tan fácil resumirle como difícil hacer sentir su efecto. El anciano conde de Albrit, D. Rodrigo de Arista-Potestad, es el abuelo de Neel y de Dolly. Sabe que una de las dos no es hija de su hijo, muerto durante su ausencia; pero no sabe cuál sea la única que tiene derecho á su afección. Preciso es que trate de sorprender este secreto, que importa al honor de su noble familia, en los ojos y en la voz, en los instintos y en el alma misma de las dos seductoras muchachas que se parecen como dos gemelas. Tras angustiosas vacilaciones, D. Rodrigo cree descubrir que su verdadera nieta es Nell. Reconoce después, por las diversas manifestaciones de una ternura y de un orgullo que le seducen

igualmente, que su verdadera sangre es Dolly. Entérase entonces de que es Nell; pero ilustrado por su mismo dolor, que le hace ver en la eternidad una continua mezcla de razas y de generaciones, se queda con el ave extranjera que quiere hacer su nido en el tronco abandonado de Albrit. He aquí todo lo esencial de *El Abuelo*; y es bastante saliente, sobre todo en España. En un país en que el teatro ha usado y abusado de complicadas intrigas y ha suministrado á casi toda Europa situaciones novelescas y escenas sangrientas, Galdós ha logrado aplausos para un drama en que los acontecimientos exteriores apenas desempeñan ningún papel, en que las investigaciones angustiosas y las dolorosas fluctuaciones de un alma que persigue un secreto de familia bastan para apoderarse del espectador y comunicarle la más legítima y la más palpitante de las curiosidades, para llevarles, en fin, á través de peripecias puramente morales, á un desenlace que se traduce sin esfuerzo en una lección de humanidad.

*El Abuelo* demostró la imparcialidad de su autor. *Bárbara* la probó superabundantemente.

Diríase que al escribir esta tragicomedia quiso Galdós cerrar la boca á los que aún persistían en tratarle de revolucionario. Sostiene en ella, en efecto, con un arte que no carece de fuerza ni de fantasía, una tesis que no ha podido por menos de parecer «reaccionaria». La escena ocurre en Siracusa, en 1815. Bárbara, condesa de Termini, en un movimiento instintivo de rebelión, ha dado muerte á su odioso marido, Lotario Paleólogo. Acusan del asesinato y van á llevarle al suplicio á aquel á quien ella ama y por el que es amada con un amor puramente espiritual, al místico capitán español Leonardo de Acuña. ¿Cómo obtener su indulto? El amo de Siracusa, el intendente Horacio Baddaloni, exige, para concederlo, que la condesa de Termini, que ha roto con la sociedad al hacerse criminal, vuelva al mundo, casándose con Demetrio Paleólogo, en quien parece resucitar el hermano asesinado. Bárbara, tras una lucha dolorosa, concluye por aceptar aquella boda

como la expiación necesaria; y mientras que se aleja Leonardo, que sigue á una peregrinación á Tierra Santa, Horacio se regocija de haber ocupado los ocios de su tiranía «en modelar con la miseria humana la estatua ideal de la Justicia». En efecto, ¿qué es para él la Justicia? Consiste en el regreso al estado anterior; en lo que llama el restablecimiento del derecho perturbado. ¿No justifica la Historia semejante concepción? Celébrase en el tercer acto un *Te Deum* en honor de la batalla de Waterlloo. ¿Qué significa esta victoria sino que las cosas van á volver al estado en que se encontraban antes de la Revolución francesa?

Explícate sin trabajo que el público de Galdós quedara bastante desconcertado ante una manera de entender la justicia que se parece mucho á la negación misma del progreso.

Admiró en *Bárbara* la poesía del decorado y la trágica belleza de dos ó tres situaciones. Entrevió en la condesa de Termini y en su caballero español la personificación de dos concepciones de la vida: la pagana y la cristiana. Le era más difícil penetrar en el pensamiento sutil del artista y enigmático tirano que es el verdadero héroe de la obra. ¿Es verdaderamente necesario discutirle? Se puede, si se quiere, referirle á la filosofía de Krause, que ha tenido en España tanta aceptación. Pero Galdós sabe tan bien como cualquiera que Waterlloo no suprimió la Revolución francesa, y que las aguas del río de la vida no remontan jamás su curso. Si quiso probar algo, fué sin duda que su arte tiene bastante flexibilidad y objetividad para poner en obra la idea más contraria en apariencia á la inspiración general de su teatro. ¿Es esto decir que *Bárbara* sea una apuesta? No. ¿Un arrepentimiento? Tampoco. Es más bien una irónica distracción.

Tenemos una prueba excelente de esto en su última comedia. *Amor y Ciencia*, en efecto, vuelve á llevar á la escena las ideas más gratas al autor de *Voluntad* y *Mariucha*. Nos hace asistir á una regeneración moral cuyos factores son los mismos que dan título á la obra. Por su ciencia, que logra salvar

al hijo que ella ha tenido de su adulterio; por su amor, que ve ella en acción en una colonia modelo en la que él ha recogido algunos desheredados de este mundo; por estas cualidades, cuya grandeza y cuya belleza no comprendiera ella, el médico Guillermo Bruno corrige el alma deformada y el espíritu cegado de su mujer Paulina, y la encamina por la nueva senda en donde encuentra el perdón, en donde descubre el verdadero sentido de la vida.

Pueden encontrarse en la última comedia de Galdós languideces é inverosimilitudes. No se puede negar que no obedece á ninguna preocupación de polémica. Aunque se esfuerce en desprender de una pintura de la vida española contemporánea una aspiración hacia ideas más amplias y más modernas, no se pone al servicio de ningún partido, y, tan sólo cuidadosa del arte, presenta la tesis que la inspira. Es uno de los ensayos, no de los más vigorosos, pero sí de los más puros, de ese drama de análisis moral que Galdós no ha cesado de querer aclimatar en la escena de su país.

## V

¿Hasta qué punto lo ha conseguido? ¿Cuál es el valor y cuál el alcance moral de su teatro? A estas inevitables preguntas no será tal vez demasiado impertinente tratar de dar, para concluir, una respuesta provisional.

La obra dramática de Galdós, cualquiera que sea la estimación en que se la tenga, no debe ser puesta, á lo que me parece, al mismo nivel que su obra de novelista. En la novela solamente podía Galdós mostrar toda su valía y sacar el mejor partido tanto de sus buenas cualidades como de sus defectos. Su afición á las minuciosas descripciones morales; la fecundidad de su imaginación, que se complace en agrupar en torno de sus héroes favoritos á todo un pueblo de personajes secundarios; la misma amplitud de su inteligencia, ávida de com-



prender y de representar las ideas más diversas y los matices de alma en apariencia contradictorios; su concepción del arte, en una palabra, exigía para explayarse no los convencionalismos necesarios de la escena, sino la relativa libertad del libro. Hay, por lo tanto, que felicitarle por haber sabido, en un camino que no era el suyo, recoger nuevas flores.

Logró por el pronto, y sin demasiado trabajo, crearse un lenguaje dramático. Censurábanse en el novelista, sobre todo en la primera serie de sus *Episodios*, familiaridades é incorrecciones. Estos giros pintorescos encontraron su puesto natural en boca de los personajes de su teatro. ¿No estaban recogidos de los mismos labios de sus contemporáneos? El diálogo de Galdós es la conversación castellana tal como se escucha hoy; y, al hablar con la mayor flexibilidad, sus personajes adquieren un aire de verdad que hace olvidar más de una vez algunas inverosimilitudes de su carácter ó de su papel. Interrogad á un español: os dirá que merece aprenderse el castellano por numerosas y varias razones, y también para oír hablar en su lengua á los personajes de Galdós.

Los asuntos en que intervienen no siempre son franca y absolutamente originales, pero es raro que no sean nuevos en España, y es difícil que no llame la atención su variedad. Cosa natural es que los argumentos ideados por Galdós dejen entrever mutuas relaciones y se refieran todos á una unidad superior, puesto que fueron concebidos por la misma mente. Para formar verdaderamente un teatro, preciso es que tengan un aire de familia. ¡Pero con qué diversidad la muestran! Más ampliamente hermanos ó más especialmente españoles, más precisamente familiares ó más vagamente simbólicos, atestiguan un esfuerzo jamás cansado para renovarse. Ninguno de ellos se deja nunca llevar á enredos artificiosos ó á sangrientas complicaciones.

Galdós abandona á la vez la tradición de la comedia del siglo de oro y los ejemplos del duque de Rivas ó de D. José Echegaray. Puede discutirse la verdad ó la verosimilitud de

sus exposiciones. No se puede negar que para eucaminarse hacia el desenlace prescinden de ordinario hasta el extremo límite de lo posible de las intervenciones del exterior, para atender, y á veces con exceso de lentitud, solamente á las pinturas morales.

Semejante teatro exige los más preciados recursos de la psicología. Casi nunca le faltan á Galdós, pero no siempre le sirven en la escena tan bien como en la novela. Sobre todo en la creación de los personajes secundarios da pruebas del mayor acierto. Servidores egoístas ó ladinos agentes de negocios, devotas autoritarias ó vanidosas alcaldesas de pueblo, esos hombres y esas mujeres que no hacen más que cruzar la escena, no la abandonan sin que nos haga sonreír el rasgo tan definido como discreto que para siempre les queda. Galdós sobresale en la pintura de esos *pícaros* modernos, que, casi sin inteligencia ni ingenio, adquieren sin embargo, como el Senén de *El Abuelo*, una regular posición con las solas fuerzas de la adulación y de la inteligencia, y los cuales, con arreglo á la fórmula del Pepe Fajardo de los *Episodios Nacionales*, en espera de ser el rico que la come, no quieren ser la liebre á la que aderezan, sino el cocinero que la adereza.

Los personajes principales nos interesan á menudo, y nos conmueven más de una vez. Nunca nos parecen de una verdad bastante viva y, si puedo decirlo, bastante irritante. Los que son sabios se envuelven en una serenidad demasiado fría. Los que comparten las pasiones humanas no producen la impresión de ser únicamente producto de la observación. La mujer amada, soltera ó viuda, es casi siempre un alma selecta, á la que su generosidad natural atrae hacia la desgracia, á la que su despierta inteligencia impulsa hacia nuevas luces. El hombre que la conquista vive, por lo general, fuera de la sociedad. Tiene el arrogante desprecio de los convencionalismos y de las cobardías, y una inquebrantable confianza en el valor de su energía. Ella y él hablan en prosa; pero se podría apuntarles unos versos bastante conocidos.

*Lui.* Un ange vous dit-il combien vous êtes douce  
Au malheureux que tout abandonne et repousse?

*Elle.* Vous êtes mon lion superbe et généreux.

Exagero; pero es para que se comprenda mejor que, por penetrados que estén del aliento moderno, los héroes de Galdós son, sin embargo, muy españoles, puesto que, en asuntos contemporáneos, siguen siendo románticos impenitentes.

Justo es añadir que tal vez nos parecerían más verdaderos si pudieran abrirnos más su alma, y si no estuvieran cargados por el autor con el peso de tantas ideas. ¿Cuál es, pues, el valor filosófico de un teatro que se preocupa de significar y hasta de enseñar algo?

Supongo que se me dispensará de toda reflexión preliminar sobre la utilidad que haya para el autor dramático en sacar su obra de la idea misma que quiera discutir. Cuestión es ésta que no ha dejado de estar á la orden del día, desde Dumas hijo hasta Brioux; pero creo que se ha dicho sobre ella casi todo lo razonable ó absurdo que se podía imaginar. No carece, sin embargo, de interés el recordar que la obra de tesis es mucho menos frecuente en España que en Francia. Sin duda es una injusticia negar á la comedia del siglo de oro el mérito de haber sabido á veces ostentar el pensamiento. Leed *La vida es sueño*, de Calderón, y veréis con qué vigor se lleva á la escena la idea filosófica que justifica tal título. No es menos cierto que el público español ha pedido, sobre todo al teatro nacional que expresaba toda su alma, no una materia de reflexión, sino espectáculos del más vario movimiento, y pinturas del amor y del honor cuya violencia no dejaba de ser superficial, puesto que se veían brillar en ella fulgurantes resplandores más bien que una luz serena y continua. Podía, por lo tanto, preciarse Galdós de ser original en un género cuya evolución está lejos de haber terminado en su país. ¿Lo ha sido en efecto?

Tentado está uno de responder que no. No nos ha sido difícil mostrar los orígenes extranjeros de las ideas sostenidas

por los primeros dramas de Galdós. Hemos encontrado en ellos reivindicaciones que estaban de moda entre nosotros por el año 1840; hemos percibido el eco de los evangelios de Ibsen ó de Tolstoi. Los dramas de la segunda manera no enseñan más que una verdad bastante vulgar: que el fanatismo es muy peligroso, bajo su forma política ó bajo su forma religiosa. Los últimos problemas llevados á la escena por Galdós tampoco producen un efecto de sorpresa. ¿Es el honor una herencia que solamente asegura la pureza de una sangre noble, ó no es, por el contrario, sino una ilusión social? ¿Exige la naturaleza, para la realización de los altos destinos, la integridad de la raza, ó bien borra en una incesante marcha las distinciones imaginadas por nuestro orgullo? ¿Manifiéstase la herencia ineludiblemente en las facciones de la cara ó en los caracteres del alma? ¿No puede el mal trocarse en bien, de suerte que al fin el honor se incline ante el amor? Nuestro teatro ha suscitado más de una vez preguntas análogas; y para no citar sino sus más recientes producciones, hay algo de esto en *Les Fossiles* ó en *L'Evasion*. No hablo, por supuesto, del prejuicio nobiliario, que, bajo una ú otra forma, encuentra el medio de aparecer hasta en las comedias, en que los negocios son los negocios.

Para ser justos con Galdós hay que hacer dos reflexiones. La primera es que todas estas cuestiones que parecen haber atravesado los Pirineos con libros rusos, noruegos ó franceses, los hace suyos por el color que les ha dado. La segunda y la más importante es que se requiere un valor no escaso y una originalidad no mediana para haberlas tratado en la escena española. Los espectadores de Galdós han opuesto á su teatro una resistencia, que se explica, sobre todo, por el profundo trastorno que originaba á sus inveterados hábitos de sentir y de pensar, ó... de no pensar. Galdós aportaba las ideas más opuestas del mundo á la tradición nacional, imponía á su público todo lo que era capaz de soportar su modernismo. ¿Os figuráis los héroes de Calderón asistiendo á una representa-

ción de *El Abuelo*? ¿No se indignarían de ver así la deshonra del honor? El anciano conde de Albrit parecería en el desenlace un descendiente degenerado al *Médico de su honra*. El teatro español contemporáneo tiene dos caras muy distintas. Con la una mira al pasado, y es la que presenta todavía á su público el penúltimo laureado con el premio Nobel, D. José Echegaray. Pérez Galdós es, por el contrario, el verdadero fundador de esa escuela que, con Benavente, Dicenta y otros «jóvenes», trata de hacer que penetren en la escena de su país las ideas y los sentimientos de la Europa de hoy. Y por esto su obra dramática no me parece extranjera.

No por ello deja de seguir siendo una obra nacional, y en el mejor sentido de la palabra. Predica, en efecto, y con elocuencia, las ideas que son actualmente más necesarias á España. El representante más ilustre de la crítica y del catolicismo españoles, Menéndez y Pelayo, combatió al principio en Pérez Galdós al más peligroso de los heterodoxos. Ha concluído por alabar la sinceridad y la valía de su esfuerzo. Si se apartan una ó dos obras y algunas escenas cuyo principal yerro consiste en no haber sido escuchadas con una curiosidad puramente estética, el teatro de Galdós parece realizar una obra útil. Trata de que oree una tierra en la que la tradición de la Edad Media conserva aún tanta fuerza, algo del hálito del espíritu moderno. Los defectos que personifica en sus héroes son los mismos vicios por los que se explica la decadencia de una raza que no se levantará sino curándose de ellos. Dirigíos á españoles. No hay un hombre político sincero que se niegue á ver en el caciquismo la úlcera que corroe todas las fuerzas vivas de ese generoso país. Los católicos ilustrados tampoco tendrán dificultad en reconocer que la devoción mal entendida es harto á menudo entre ellos una traba para la difusión del progreso. Los héroes de España son todavía demasiado exclusivamente los santos y los «conquistadores». A estas figuras de otra época importa añadir otras imágenes y otro ideal. Tiempo es de que España aprenda á conocer y admirar

á los voluntarios de la labor cotidiana. Digno de loa es quien enseña á despreciar el lujo de los domingos para honrar el bienestar de todos los días, á no contar con los injustos favores del Estado, sino con el propio y leal esfuerzo. En uno de los últimos *Episodios Nacionales*, la reina Isabel discurre con Beramendi acerca de la historia de España.

Galdós empezó por contar la historia de la España no oficial, sino real, por penetrar en lo más profundo de su alma; y porque amaba su belleza no creyó que debía ocultarle sus flaquezas y sus imperfecciones. La obligó entonces á que fuese á mirarse en su teatro. No siempre ella reconoció su imagen, pero se sintió siempre envuelta por un soplo extraordinariamente puro y fresco. Galdós no podía prestarle mejor servicio. Ella se encerraba en sí misma, y languidecía con el sentimiento estéril de una gloria pasada. Con mayor piedad filial que ardimiento revolucionario, Galdós sacudió el polvo que la cubría, y le ha enseñado el saludable remedio de caminar al aire libre en la plena luz de hoy.

ERNESTO MARTINENCHE

# CRÓNICA LITERARIA

---

## La nueva Biblioteca de Autores Españoles.

La idea de continuar la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira se les ha ocurrido á muchos antes de que se llevara á efecto. En estas mismas Crónicas se ha hablado alguna vez del asunto, pues era notoria la conveniencia de ampliar y proseguir aquel archivo de nuestras letras, que quedó incompleto. Pero el ser tan general y tan fácil de concebir esa idea en nada aminora el mérito de haber acometido la empresa bajo la dirección del más conspicuo, erudito y elocuente de nuestros críticos é historiadores de las letras, con lo cual queda dicho que se trata de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

La Biblioteca, que empezaron á publicar en 1846 Rivadeneira y Aribau, y que prosiguió el primero con tenacidad verdaderamente catalana al través de muchas peripecias y dificultades, prestó un servicio eminente á nuestra cultura literaria. Apreciada en conjunto, es sin duda la publicación más importante en su género que ha salido de las prensas españolas en el siglo XIX, y deja muy atrás á todas las demás colecciones literarias que después han visto la luz. Popularizó ó, al menos, extendió textos que andaban en ediciones raras ó agotadas; mejoró la lección de algunos, y con sus prólogos y anotaciones, desiguales ciertamente en mérito, aportó una contribución de gran valor al estudio de nuestra historia literaria.

El hecho de que tardarán más de treinta años en publicarse los 71 tomos de que consta dicha colección, incluyendo el

de índices, ya está diciendo que no fué próspera ni fácil su vida. En la biografía de Rivadeneira, escrita por su hijo don Adolfo é inserta en el tomo de índices de la colección, se cuentan al pormenor las vicisitudes por que pasó la Biblioteca. Se vendían poco los tomos, escaseaban los recursos; Rivadeneira tuvo que pasar más de una vez á América á hacer propaganda y á buscar elementos para continuar su empresa, y al cabo se vino á parar en el desenlace obligado de estos asuntos en España: buscar en el auxilio oficial los recursos que no otorgaba el favor del público. Las Cortes del 56, á propuesta de D. Cándido Nocedal (prologuista en la Biblioteca de las obras de Jovellanos), concedieron á la colección un subsidio de 400.000 reales en forma de compra de ejemplares; subvención plausible, dada la importancia de la Biblioteca, pero caso lamentable, pues es probado que los hijos del favor oficial viven entecos y raquíticos, mientras que son vigorosos y lozanos los del favor del público.

Aun siendo tan extensa la Biblioteca de Rivadeneira, cuyos textos están contenidos en 70 tomos de apretada impresión, á dos columnas, en 4.º mayor, tan vasto es el campo de la literatura castellana que, lejos de agotarle, ni siquiera espi-go en él lo suficiente aquella colección. En el erudito y elegante prospecto de la nueva Biblioteca continuadora de la de Rivadeneira, que está denunciando la pluma de Menéndez y Pelayo, se señalan con gran acierto las lagunas que dejó aquella Biblioteca y no han colmado las colecciones posteriores de plan menos vasto y de tendencia más erudita, que luego han visto la luz. Aun en los géneros mejor tratados en la Biblioteca de Rivadeneira, como el Teatro y la Novela, falta mucho; otros, como la Didáctica y la Oratoria, tienen pobre, escasísima ó nula representación, é igualmente es mezquina la de nuestra Literatura anterior al siglo xvi. Falta, por último, la Literatura del siglo xix, rica y copiosa en varios géneros, y la de las lenguas regionales, así como la latina, arábica y hebrea de autores nacidos en España, aunque éstas, siguiendo el



criterio filológico, están fuera del marco de la Literatura española.

Todas estas lagunas pretende llenar la Biblioteca nueva, á más de perfeccionar la transcripción de los textos, aprovechando los adelantos de la Filología y la Crítica. Dicho queda con esto que el plan de la publicación de que tratamos no sólo es muy extenso, sino hasta si se quiere ambicioso, y que si á realizarse llegara por entero, superaría ella en importancia á la misma Biblioteca de Rivadeneira, con haber incluido ésta en sus volúmenes la flor de las letras hispanas, y tener la natural precedencia que á los iniciadores corresponde.

Las circunstancias son ahora mucho más propicias que á mediados del siglo XIX para que se logre y prospere una Biblioteca de esta clase. Hay un público mucho más extenso que entonces, mayor afición á la lectura, más recursos editoriales y un indiscutible adelanto en la erudición y en la historia literaria que asegura no ha de languidecer la Biblioteca por falta de personal inteligente que colabore en la depuración de los textos, en su explicación y adecuado comentario. Pero, á pesar de todos estos felices augurios, creo que el haber querido conservar la forma de la antigua Biblioteca ha de perjudicar algo al buen éxito de la nueva. A mi parecer, el haber mantenido el tipo del volumen de Rivadeneira, de copiosa lectura, tamaño incómodo y precio relativamente elevado, encierra un error inicial y un exceso de timidez. Parece que se ha querido tomar como base de la existencia de la nueva Biblioteca un público corto y especializado, las suscripciones de los centros de cultura, de los bibliófilos y de los familiares de las letras, en vez de disputar atrevidamente el gran público ó la parte más ilustrada y conquistable de él á las traducciones extranjeras que con abundancia extraordinaria se publican.

Quizás eso pueda asegurar la vida de la Biblioteca, pero es difícil que la asegure una vida próspera y fácil. Con todo, bien puede remediarse aún el defecto indicado, si á la edición grande de la Biblioteca se une más adelante una edición po-

pular en tomos manuales y económicos, aunque tengan menos lectura. Esto no sólo puede contribuir á asegurar el buen éxito de la Biblioteca desde el punto de vista editorial, sino á hacerla mucho más eficaz como instrumento de divulgación de la cultura literaria.

Hasta ahora van publicados tres tomos de la nueva Biblioteca. El primero debía completar la colección de novelistas anteriores á Cervantes que se contiene en el tomo III de la Biblioteca de Rivadeneira; pero lo ha absorbido por entero y aún no termina en él la introducción escrita por el Sr. Menéndez Pelayo, que forma un extenso *Tratado histórico sobre la primitiva novela española*, y ese es su título. Evidentemente excede de los límites propios de una introducción el trabajo del Sr. Menéndez Pelayo, y él mismo lo reconoce en estas palabras: «Habiendo durado la impresión de este tomo cerca de tres años por causas que sería prolijo exponer, he ido dando casi involuntariamente mayores ensanches al plan primitivo, hasta el punto de resultar la introducción, no un mero prólogo, sino una historia bastante detallada de la novela española anterior á Cervantes. Ni aun ha sido posible incluirla toda en este volumen; restan todavía dos largos capítulos, el uno sobre la novela de costumbres y el otro sobre los cuentos y narraciones cortas».

En el tomo publicado, que tiene más de 500 páginas, empieza el Sr. Menéndez Pelayo haciendo una reseña de la novela en la antigüedad clásica griega y romana, resumen excelente en que se admira el hondo sentimiento de lo clásico y la elevada imparcialidad con que discurre y juzga el ilustre escritor. Otro capítulo está consagrado al apólogo y cuento oriental y al modo como se transmitió á los pueblos de Occidente, y en particular á España, examinándose á seguida en el tercer capítulo la influencia de las formas de la novelística oriental en la literatura de nuestra Península durante la Edad Media. Los capítulos IV y V forman un extenso y magistral estudio acerca de los libros de caballerías, origen y evolución

de esta frondosa y singular rama novelesca, hasta su decadencia y ruina á fines del siglo xvi. Los tres capítulos restantes tratan sucesivamente de la novela sentimental, de la novela histórica y de la novela pastoril. Cierran el tomo breves adiciones y rectificaciones encaminadas á completar algunas partes del texto con nuevas noticias bibliográficas.

Leído el trabajo de Menéndez Pelayo, no se puede menos de celebrar que, saliéndose de la extensión ordinaria de los prólogos de obras semejantes, le haya dado tan vastas proporciones. Abre con llave de oro la nueva Biblioteca esta historia de la antigua novela española, y no se podía dar más digno y elegante frontispicio á la galería de nuestros clásicos. No es sólo la extraordinaria copia de noticias y la elegancia y hermosura de la forma lo que en el tratado se admira. En la misma línea que la erudición y el estilo hay que poner la sagacidad crítica, la amplitud de espíritu y el exquisito gusto con que están apreciados obras, autores y géneros en esta deleitosa é instructiva excursión por el campo de la novelística. Puede decirse que el espíritu de Menéndez Pelayo está ahora en su mejor época. No tendrá el fuego de la época juvenil de los *Heterodoxos*, no escribirá tal vez páginas tan cálidas y vibrantes, pero todo en él se ha depurado, ha adquirido el perfume y la limpidez de los vinos viejos. La acumulación del saber en años ya no cortos de labor incesante, la meditación reposada de un entendimiento hecho y maduro, el trato asiduo y constante con los mejores modelos, dan ahora los más bellos y sazonados frutos que puede ofrecer la erudición asistida de una privilegiada inteligencia. El caso de Menéndez Pelayo es un mentís á los que, guiándose por la exterioridad de las apariencias ó por un seco y estrecho intelectualismo, creen que las fronteras de una escuela, de una fe religiosa ó una convicción filosófica aprisionan á los espíritus superiores y acortan sus horizontes. Sólo para los espíritus pequeños y de corto vuelo son estrechas esas fronteras.

El segundo tomo de la Biblioteca se compone de *Autobio-*

*grafías y Memorias* coleccionadas por D. M. Serrano y Sanz, y por su variedad y el interés de los escritos que contiene es amenísimo y de subido valor histórico, no sólo para el conocimiento y la apreciación de los hechos que son materia de estos trabajos autobiográficos, sino también para la observación y estudio de las costumbres y el espíritu de la época respectiva.

El Sr. Serrano y Sanz ha escrito un prólogo de bastante extensión (más de 150 páginas), muy sustancioso, muy ceñido al asunto y lleno de curiosas noticias. Algo desaliñado en la composición, no muy limado en el estilo, escrito llanamente, al correr de la pluma, si no es una historia acabada y artística del subgénero autobiográfico en España, encierra, al menos, copia de materiales para escribirla, y revela un estudio profundo del asunto, una escrupulosidad en la investigación, un buen sentido crítico y una franca y simpática sinceridad dignos de todo elogio. Es un trabajo sólido, que aparenta menos de lo que vale, que se lee con agrado, sin esfuerzo, y que enseña y sirve de guía.

La elección de textos es muy acertada, y por sí sola demostraría el buen gusto y conocimiento de la materia del Sr. Serrano Sanz. Entre ellos figuran el *Viaje á Turquía*, de Cristóbal de Villalón, presunto autor del *Crotalón*, hombre de letras, de travesura é ingenio, que estuvo cautivo en poder de turcos, y nos describe lo que era en su época (siglo xvi) el imperio otomano y la condición y vida de los cautivos cristianos, aspecto interesante de la época; la *Vida y cosas notables del señor Obispo de Zamora D. Diego de Simancas*, y el *Discurso de la vida del ilustrísimo y reverendísimo señor D. Martín de Ayala*, así como varios fragmentos de la *Memoria de lo sucedido en el Concilio de Trento*, por D. Pedro González de Mendoza, memorias y relaciones de prelados que ofrecen alto interés, ya por lo que del Concilio tridentino nos cuentan, ya por lo que descubren de las costumbres y psicología eclesiástica de la época; el *Viaje del mundo, hecho y compuesto por el clérigo agradecido*, Pedro Ordóñez de Ceballos, relación á ratos verí-

dica, á ratos inventada y fantástica, pero siempre curiosa, varia en observaciones y rica en aventuras; y varias otras relaciones más breves, como la de Alonso Soletto Pernia sobre la busca del Dorado, la relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés y la *Relación en que se manifiesta el nacimiento de Fraudelio Carlhet, pseudo-hermano de Suldino Dova-llé, y la diferencia de sus fortunas y correspondencias*, por don Luis de Ulloa y Pereira, especie de libelo enderezado contra el propio hermano del autor, á quien se disfraza con el nombre de Fraudelio Carlhet, y que, forjado tal vez para ejercer presión con la amenaza del escándalo, no llegó á publicarse. Está escrito con soltura y buen estilo, no escaso de presunción y lleno de citas.

En el tomo III empieza la colección de predicadores de los siglos XVI y XVII, con los sermones de Fray Alonso de Cabrera, del Orden de Predicadores, orador sagrado famoso en tiempo de Felipe II, y muy estimado de este monarca.

El colector y prologuista de estos sermones ha sido el académico D. Miguel Mir, el cual, en su introducción, trata de vindicar á la elocuencia sagrada española de la opinión corriente que la da por género inferior, así en relación con otros de la literatura religiosa española como comparada con la similar elocuencia de otros países, en cuyos púlpitos vibraron las voces elocuentes de un Bossuet ó un Segnerí.

No sé yo si consigue por completo el fin que se propone el Sr. Mir, pero argumenta excelentemente en favor de su tesis. El concepto que expone de la oratoria sagrada es elevado y exacto, y sutil la aplicación que hace de él á España para demostrar que aquí no pudo menos de florecer aquel género de elocuencia. Bien que ésta es una cuestión de hecho que sólo por lo que los hechos digan puede ser sentenciada, antes que por los más persuasivos argumentos *á priori*. Por lo menos, hay que reconocer que el brillo de otros géneros, como la mística y la teología, ha apagado bastante, entre nosotros, el de la oratoria sagrada.

El resto de la introducción está consagrado á trazar la biografía y á explicar la oratoria del P. Alonso de Cabrera, al que presenta el Sr. Mir como ejemplo de su tesis y demostración de la altura y perfección á que entre nosotros llegó la oratoria del púlpito en el siglo xvi y primera mitad del xvii. Muy alto pone el erudito y entendido prologuista al P. Cabrera; como que le compara, desde el punto de vista literario, con ambos excelsos Luises, con Cervantes, Lope, Quevedo y el P. Juan de Avila, y reconociendo que en ciertas cualidades no les llega, opina que en otras les aventaja y le pone en primera línea, y antes que los primeros como hablita castellano.

Es explicable que, enamorado el colector de los escritos que ha reunido y de la figura literaria á que consagra el tomo, se exceda un tanto en el elogio. Más que elegante, el P. Cabrera es fácil y espontáneo en su oratoria. Tiene gran riqueza de léxico, originalidad en la manera de componer y de construir, pero afea sus sermones una cosa que probablemente en su época los realzaría y subiría los quilates de su mérito en la apreciación de los contemporáneos: la excesiva abundancia de citas sagradas y profanas, el tributo rendido á la erudición escrituraria y á las humanidades.

La mayor parte de los sermones reunidos en este tomo son consideraciones sobre los Evangelios de Cuaresma, de Adviento, etc. Tiene, pues, el volumen cierta inevitable monotonía que no puede menos de restringir algo su público. Pero no sólo como textos y modelos de la oratoria del púlpito, sino como documentos {del habla castellana en su mejor época, ofrecen interés considerable los sermones del P. Alonso de Cabrera.

#### Un artículo de Morel Fatio.

En el periódico *El Universo* he leído un extracto de cierto artículo publicado por el docto hispanófilo Morel Fatio en una revista alemana (*Archiv für das Studium der neuren Sprachen und Literaturem*, de Brunswick).

El Sr. Morel Fatio estima que el Centenario de la publicación del *Quijote* fué digna conmemoración del libro inmortal, y al hacerlo impugna las opiniones que sobre aquellas fiestas emitimos el Sr. Unamuno y yo. De mi artículo publicado en LA ESPAÑA MODERNA, dice que le ha parecido un poco tristón y pesimista. A reserva de volver sobre el asunto cuando conozca el texto del trabajo de Morel Fatio, y no sólo, como ahora, algunas referencias, creo que el distinguido hispanista confunde cosas diferentes. Su juicio favorable de la conmemoración cervantina se funda, al parecer, en la calidad y tal vez en la cantidad de las obras literarias relacionadas con el Centenario y con motivo de él publicadas. Yo hablé principalmente de las fiestas que se organizaron para solemnizar aquel glorioso aniversario de las letras. Son cosas distintas, puntos de vista diferentes que el sentido común manda separar, sin que valga sacar á colación la consabida especie de que los españoles menospreciamos las cosas propias hasta que los extranjeros nos las alaban. Harto enfático, sobrado hiperbólico suele ser nuestro patriotismo, mucho más parlanchín que sincero y sólido cuando llega el caso de ponerlo á prueba. Aparte de que mejor que alabar sistemáticamente, por ser propias, las cosas imperfectas y aun las disparatadas, es procurar su enmienda ó la de las semejantes para lo futuro, con una crítica prudente que no puede ofender al patriotismo ilustrado.

Algo más habría que decir de las opiniones del Sr. Morel Fatio, especialmente de las referentes al libro de Navarro Ledesma, que me parecen harto discutibles. Pero hay que esperar á conocer el texto, y es forzoso reconocer también que la actualidad del tema está algo pasada.

#### Memorándum literario.

Entre las publicaciones recientes merecen citarse: De los trabajos de erudición histórica y crítica literaria, *Espronceda*, por Antonio Cortón. Inaugura una nueva Biblioteca de auto-

res célebres, y es un estudio del personaje, de la época y de la obra, que se sale de lo vulgar y tiene una amenidad y una fina y penetrante psicología, rara en los libros españoles de esta clase; la erudita y elocuente conferencia de D.<sup>a</sup> Blanca de los Ríos, resumen y anuncio excelente de su obra, laureada por la Academia, acerca del famoso autor de *La Prudencia en la mujer*; *Teatro y Novela*, colección de críticas de Luis Morote, muy bien escritas y pensadas, con algo del apasionamiento del combatiente político ó social, si parece estrecho lo de político, y *El Arcipreste de Hita*, por D. Julio Puyol.

De Varia literatura: *Sintiendo me vivir...*, un ameno, sugestivo y con frecuencia profundo libro de *Fray Candil* (Emilio Bobadilla), y *Opiniones*, de Rubén Darío.

De novelas: *La maja desnuda*, de Blasco Ibáñez, que con decir de quién es ya se dice que merece capítulo aparte; y *Fuera de combate*, de D. Alejandro Larrubiera. En la poesía: *Leyenda*, de D. Antonio de Zayas, y *Las canciones del camino*, de D. Francisco Villaespesa. En el primero de estos libros predominan los asuntos históricos y es interesante el examen de las variedades de la rima. El segundo se distingue por la exuberante floración de fantasía y la delicadeza de algunas composiciones.

E. GÓMEZ DE BAQUERO



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO: LITERATURA: ¿Qué deben los clásicos latinos á Carlomagno?— CIENCIAS MÉDICAS: Remedios de antaño.—BIOGRAFÍA: Lombroso en la vida íntima.—BELLAS ARTES: Psicología de la joya. — CRIMINOLOGÍA: Las antiguas «galeras».—IMPRESIONES Y NOTAS: La emperatriz Eugenia y Stendhal.—Los teatros de excepción y los teatros de estrella.—La visita de Wagner á Rosini.—Un episodio histórico del sitio de Gerona. La última frase de Bolívar.—Poetisa de raza.—Obras inéditas de Mo-sén Jacinto Verdaguer.

## LITERATURA

¿QUÉ DEBEN LOS CLÁSICOS LATINOS Á CARLOMAGNO? — Según afirma Luis Havet en la *Revue Bleue*, si Carlomagno no hubiera existido ó hubiera muerto joven, la literatura clásica latina hubiera corrido grandísimo riesgo de perecer pura y simplemente; esta desaparición hubiera tenido por consecuencia la no aparición del Dante ni del Petrarca (con la *Divina Comedia* tal como la conocemos, evidentemente que no; pero ¿quién sabe los rumbos que hubiera tomado el genio dantesco sin los andadores clásicos?) y el retraso del Renacimiento y de la cultura en Europa. Mucho se ha elogiado la protección otorgada á las letras por el gran Carlos; pero con todos los elogios, todavía no se ha hecho plena justicia en este punto al gran emperador como salvador de la cultura latina pagana.

Casi todos los textos que poseemos han sido conservados en manuscritos de los siglos IX y X, copiados en tiempo de Carlomagno mismo ó de sus inmediatos sucesores: los discursos más importantes de Cicerón, sus cartas familiares, muchas de sus obras filosóficas, las *Tusculanas*, la *Naturaleza de los dioses*, la *Adivinación* y los *Deberes* y el tratado de las *Leyes tie-*

nen esa procedencia; la *Guerra de las Galias*, de César; los *Fastos*, de Ovidio; los diez primeros libros de Tito Livio, las cartas de Séneca á Lucilio y sus tratados sobre los *Beneficios* y la *Clemencia*, los seis primeros libros de Tácito, las cartas de Plinio el Joven, los poemas épicos de Stacio, todo ha sido conservado merced á las copias carolingias, y gracias á esa especie de manuscritos podemos hoy leer, entre los poetas, á Lucrecio, Horacio, Lucano, Valerio Flaco, Fedro, Persio y Juvenal, entre otros, y entre los prosistas, á Salustio, Vitrubio, Séneca, Valerio Máximo, Celso, Quinto Curcio, Columela, Quintiliano, Pomponio Mela, Suetonio. Aunque no tuviéramos de la literatura latina más conocimientos que los procedentes de estos manuscritos, bastarían para darnos una idea general muy semejante á la que hoy tenemos de lo que fué aquella civilización.

Tras una edición impresa de nuestros días, hay siempre que ver dos hombres, por lo menos: un docto, á quien incumbe la responsabilidad científica, y un industrial, que se cuida de la tipografía. Tras uno de aquellos manuscritos, hay también que adivinar dos nombres: el de un abad carolingio anónimo, que ha hecho escribir el manuscrito á uno ó á varios de los monjes de su monasterio, asemejándose su papel al de un director de imprenta, y el de otro anónimo, abad probablemente también de otro monasterio, pero erudito, que ha puesto en el texto su sello personal imborrable, y que debe estimarse como el verdadero autor responsable del manuscrito.

Esta distinción entre el sabio y el contratista de copias nos lleva á distinguir el tiempo de Carlomagno del de sus sucesores. Sabemos que bajo Carlomagno se agruparon muchos sabios, el más ilustre de los cuales era Alcuino, á quienes el emperador otorgó la más decidida y eficaz protección. ¿Eran sus sucesores dignos de ellos? Todo indica lo contrario: cuando se tienen varios manuscritos de un mismo texto de los siglos ix y x, no se distinguen sino por accidentes de copia; son tan parecidos, que puede afirmarse que proceden todos de la misma

fuente, de una misma revisión; de donde resulta que si el trabajo de multiplicación de ejemplares—equivalente al material de la imprenta—ha proseguido bajo todos los reyes carlovingios, la labor de revisión y preparación crítica se ha paralizado; es decir, que aunque muchos de los manuscritos que han llegado hasta nosotros hayan sido ejecutados por súbditos de Carlos el Calvo, Carlos el Simple ó Lotario, á Carlomagno debemos su existencia, pues sin el modelo puesto en circulación en su tiempo no existirían las copias que conocemos.

Sólo á Carlomagno debemos, mediante los hombres de que supo rodearse, dotados por él de recursos y provistos de autoridad para recorrer todas las bibliotecas, la conservación y la difusión en Europa de la literatura clásica. Fué un renacimiento momentáneo y, en cierto modo, ficticio, por emanar de un hombre solo; pero por eso mismo es mayor la gloria de ese hombre aislado.

Queda por saber si existe algún signo material que recuerde, á quien sepa leer, los beneficios del renacimiento carolino; ese signo existe, en efecto, todavía, y no es fácil borrarlo: nuestros ojos lo encuentran en seguida, puesto que consiste sencillamente en la forma de las letras. El gran Renacimiento, el del siglo xv, creó la imprenta; el renacimiento romano del siglo iv, que puso fin á una pequeña edad de anarquía, barbarie y esterilidad literaria, había sustituido á los incómodos rollos (*volúmina*) los cuadernos cosidos (*códices*), cambiando el frágil papiro por el duradero pergamino; el renacimiento carolino precisó, fijó é impuso en Occidente el tipo de la escritura minúscula, el adecuado para la pluma más que para el cincel, de donde han salido después los tipos llamados de *caja baja* en nuestras imprentas. El empleo de las minúsculas constituye un progreso evidente, no por la belleza, sino por las ventajas prácticas de claridad y celeridad que con ellas se obtienen. Compárese, por ejemplo, un libro cualquiera, francés, español, inglés, italiano, con un libro ruso, y se notará á simple vista la enorme ventaja que los primeros tienen sobre el se-

gundo. De tal modo ha echado raíces entre nosotros el uso de estos caracteres minúsculos, que apenas si se concibe su desaparición como no sea por el empleo de algún signo fonográfico, si algún día se llega, cosa harto difícil, al ideal de la escritura fonética. El renacimiento carolingio no ha dejado su nombre á estos tipos, pero bueno es recordar que Carlomagno puso su omnipotencia, la larga duración de su reinado, la grandeza de su imperio y el prestigio de sus victorias al servicio de una causa grandiosa: la de acabar con las tinieblas de la Edad Media, empresa en la que no fracasó del todo, puesto que el espíritu moderno ha salido de los textos salvados por él, ó por los que trabajaban á su lado, bajo su inspiración y con su más resuelto apoyo.

### CIENCIAS MÉDICAS

REMEDIOS DE ANTAÑO SACADOS DEL CUERPO HUMANO.—Con el título de *La medicina de la experiencia* publica en *L'Italia Moderna* el Dr. Vidi un curioso artículo, del que sacamos algunos de los datos más curiosos relativos á los medicamentos que hasta el siglo pasado, y aun en nuestros días, se han empleado por los hombres de ciencia y por el vulgo para la curación de nuestras enfermedades.

El cuerpo humano suministraba á nuestros padres todo un arsenal de remedios: el pelo, cuyas cenizas se tenían en infusión, curaba la ictericia, y con la misma ceniza, mezclada con miel, hacían una excelente — según ellos — pomada contra la calvicie. Las uñas, pulverizadas en una infusión de vino, eran un emético magnífico. El cerumen del oído se empleaba como «detersivo y astergente» para llagas y cortaduras, hinchazones y cólicos, y hasta servía para aclarar la vista. La saliva curaba las herpes y los picores; era inmejorable contra mordeduras de serpientes y perros rabiosos, y contra las calenturas, el eczema y la amenorrea; muchos aseguran que curaba también

las almorranas, bastando para ello escupir en un papel y frotar con él la parte enferma.

Nada, sin embargo, era tan apreciado como la grasa humana; en tiempo de la guerra de treinta años, muchos ladrones estaban convencidos de que con una vela de grasa humana ó con la posesión de un brazo ó mano de feto eran invisibles; esta superstición costó, en el siglo xvii, la vida á muchas embarazadas; en 1572, cuando la degollina de San Bartolomé, el pueblo de Lyon echaba al río los cadáveres de los protestantes, «á excepción de los más gordos, que abandonaban á los especialistas que los buscaban para sacarles las mantecas». Cuando la guerra ó las discordias civiles no proporcionaban cadáveres, los especialistas acudían á los verdugos, y todavía hoy acuden muchas personas á los verdugos para hacerse con grasa humana, que pasa por un remedio soberano contra los reumatismos.

El cráneo humano fué también bastante buscado: en el siglo xvii se vendían públicamente polvos de calavera en todas las farmacias; los inteligentes preferían cráneos que tuvieran una capa de moho verduzco, procedente de individuos que habían sufrido larga agonía, ó de los que, muertos violentamente, habían estado expuestos mucho tiempo á las injurias de los elementos; aquella capa verdosa la recogían y conservaban los farmacéuticos con mucho cuidado, y no la vendían á los clientes sino en casos desesperados y en pequeñísima cantidad.

Muchos medicamentos contenían *licor* de los hipogeos egipcios ó polvos de momias: había el *licor blanco* y el *licor negro*; al blanco, procedente de los cuerpos disecados naturalmente entre arena, se le atribuían virtudes especiales. El procedente de muchachas vírgenes se consideraba como remedio universal, y se vendía á precios fabulosos. Los fragmentos de momia se consideraban como remedios muy eficaces para la depuración de la sangre, los males nerviosos, la anemia, etc., y todos los grandes señores llevaban siempre encima algún trocito pulverizado con ruibarbo para usarlo en caso de accidente. A

falta de momias auténticas, no siempre fáciles de obtener, muchos se contentaban con cadáveres más recientes, habiendo no pocos bribones que abrían las sepulturas y extraían de los cuerpos putrefactos el pus cadavérico, que luego destilaban vendiéndolo como licor legítimo de hipogeo egipcio; la falsificación de momias tomó vastísimas proporciones, encontrándose en todos los gabinetes de sabios, de boticarios y de charlatanes, y hasta sirviendo de adorno en las salas de grandes señores.

Puede decirse que ninguna parte del cuerpo humano dejó de ser aprovechada por la farmacopea de la época, convirtiéndose en droga medicinal. La orina, empleada al exterior en compresas y lociones, ó al interior como bebida, se estimaba como antiséptica, resolutive, atenuante y aperitiva; se recomendaba contra las enfermedades de la piel y de los ojos, contra los tumores de toda especie, hasta los cancerosos y gotosos, contra la gangrena y las llagas venenosas, especialmente las mordeduras de víbora y las picadas de escorpión; se la creía eficaz contra la hidropesía, la ictericia, las afecciones del hígado y la vejiga, las ulceraciones de las orejas y los dolores artríticos; Ramazzini aseguraba que curaba la amenorrea, y otros la recetaban contra la tisis.

Todavía en 1759, el famoso Lemery, médico y químico francés, enseñaba que el *stercus humanum* (mejor es decirlo en latín para que no huelga tan mal) es digestivo, resolutive, emoliente y dulcificante; este repugnante remedio se usaba contra los males de garganta, la epilepsia, las tercianas, etc.; desecado, pulverizado y mezclado con miel, se aplicaba á los flemones, ántrax y úlceras carbuncosas; se le llamaba *emplasto áureo*... Pero lo que excede á toda imaginación es el aprovechamiento de los vapores exhalados por... *los perfumes de Barcelona*, que eran recogidos con cuidado y servían para preparar un agua antioftálmica. Nuestros buenos abuelos eran poco escrupulosos en la materia.

También llegaron á la placentofagia: la placenta, disecada

y pulverizada, era un remedio superior para la epilepsia y los dolores de parto; la placenta de una señora sana y vigorosa, aplicada sobre el rostro recién extraída, quitaba todas las pecas y manchas de la piel; el doctor Iscovesco sostenía que la ingestión de la placenta favorece la secreción de la leche; para ello había fabricado píldoras de placenta, con las que curaba las metritis crónicas, las involuciones uterinas y otros males semejantes.

En cuanto á la sangre, sus aplicaciones eran universalmente empleadas: la idea de la transfusión se le ocurrió á Denis, médico de Luis XIV; pero entre los que se oponían estaba Perrault, el médico arquitecto satirizado por Boileau, que decía en la Academia de Ciencias: «¿No os parece extraño que se pueda cambiar de sangre como quien cambia de camisa?» Si la transfusión tropezó con muchas resistencias, la absorción era considerada como muy eficaz; hoy todavía los verdugos de los valetudinarios les mandan beber sangre caliente de animales recién muertos, pero hace unos siglos lo que se mandaba beber era sangre humana, especialmente sangre de señoras y sangre catamenial; esta bebida, para una señora, era remedio infalible para hacerse querer de un amante rebelde. De estas prácticas supersticiosas salieron los *polvos de simpatía* y el *termómetro profético*, que tanto crédito gozaron antiguamente. La medicina de las comadres ha conservado todavía no pocas supersticiones relativas á la sangre, como, por ejemplo, la de que una mujer, durante el período catamenial, lleva la desgracia á cuantos se le acercan, y la es absolutamente imposible conseguir hacer la salsa mayonesa.

## BIOGRAFÍA

LOMBROSO EN LA VIDA ÍNTIMA.—Con el título de *Mi padre en la vida cotidiana* publica Paula Lombroso en la *Nuova Antologia* un interesante artículo digno de ser reproducido en su

mayor parte, pues nos revela un César Lombroso que, aunque sospechado desde luego por cuantos han leído las obras del ilustre sabio que tanta influencia ha ejercido y ejerce entre los antropólogos y criminalistas, sociólogos y pedagogos contemporáneos, no por eso deja de ser una figura vista á una nueva luz y trazada con la finura de observación que caracteriza los trabajos de su hija Paula. Son datos preciosos para la biografía psicológica de Lombroso, y nadie podría darlos ni más exactos ni más autorizados. Conservo en el extracto el giro personal del escrito, para que no pierda su sabor.

«Mi padre—dice Paula Lombroso—conserva á los sesenta años, bien pasados, el candor, la frescura y la vivacidad juvenil, no sólo por su innata facultad de sacar alegría de cualquier cosa, sino por la movilidad del humor y por la completa inexperiencia que tiene del mundo, que hace que todos le tratemos con cierta especie de protección, con más amor que respeto. Así se comprende que sea natural en nosotros el «tutelarlo», lo que provoca su protesta diaria:—¡Dios mío, cuántos mentores tengo! La mujer, las hijas, el hijo; todos á darme lecciones, á sermonearme como si fuera un chiquillo.—Y así es, en efecto; pero él es el primero en pedir consejo á todos, hasta para las cosas más nimias, salvo luego él hacer lo que se le antoja:—¿Debo ponerme el frac, ó el chaqué? ¿Qué dice el consejo de familia? ¿La consejera número uno..., número dos..., número tres...?—Y cuando todas opinan que debe ir de frac,—Estáis locas—dice, y se va de americana.

Cuando sale hay que correr tras él por la escalera, para ver si lleva el portamonedas y si tiene dinero en él, porque en otro caso se mete impávido en el tranvía ó en las tiendas sin tener ni cinco céntimos. Cuando va á cobrar cheques le sucede que se mete los billetes de Banco en el bolsillo con los guantes y el pañuelo, y cuando se los sacamos están hechos pedazos como papelillos de caramelos; nunca ha querido por eso cuidarse del manejo del dinero, y el mayor fastidio de sus viajes es que siempre pierde sus «provisiones», porque se las



roban ó las olvida ó las pierde, sin saber nunca dónde las pone. Su viaje á Rusia para el Congreso médico internacional fué en este sentido una verdadera odisea: en Viena perdió en la fonda la cartera donde iba la suma que llevaba consigo; consternado corrió á denunciarlo á la policía, sin ocurrírsele informarse en el despacho de la fonda, donde dos días después le entregaron la cartera: entonces repartió los billetes entre los varios compartimientos de la maleta y los varios bolsillos del traje, porque así, decía, si se pierden no se pierde todo de una vez; pero este recurso no le valió, porque cuando menos lo pensaba se encontró con que habían desaparecido 500 liras, ó por lo menos él no las encontró. Cuando iba de compras, según cuentan los amigos, sacaba la cartera y dejaba á los comerciantes que se cobrasen, «por no romperse la cabeza» en hacer la cuenta.

A veces se queja de que leamos sus cartas, pero se aburre y se impacienta si las tiene que leer él, sobre todo cuando son largas; en cuanto á las respuestas, si las dicta menos mal; pero si nos las hace escribir, siempre le parecen cortas. Es accesible al humor negro, pero generalmente está alegre y su alma es como un espejo en el que se refleja con la misma fuerza la calma que la tempestad. Si está contento, lo está como los chicos, sin una sola nube; cualquier cosa la transforma en motivo de alegría; sale y va en busca de bolas de hielo para aplastarlas con el pie y sentir su chirrido; amontona las piedrecitas de la calle ó los frutos de los castaños de Indias, para hacerlos saltar por el aire con el bastón; le gusta correr por las avenidas con los chicos, y se imagina que los batallones de soldados son autómatas que pueden meterse en sus cajitas de cartón después de hacer el ejercicio ó de jugar con ellos. Por las calles se surte de flores y naranjas, compra todos los periódicos que le ofrecen, da perras á todos los pobres, y vuelve de la cárcel á casa con noticias maravillosas.—¡Adivinad, ea, á ver si adivináis!—Y suele ser un nuevo condenado, cubierto de tatuajes ó con caracteres de epiléptico, ó un delincuente

E. M.—Junio 1906.

que con la miga del pan ha hecho un juguete y se lo ha regalado, ó bien que le han encargado de alguna prueba pericial en la que tendrá que decir todo lo contrario de lo que esperan los jueces. Y si luego en tales días cae algún cheque de algún artículo de América ó alguna bibliografía sobre «La nueva escuela», entonces el regocijo no tiene límites: se envanece por ello como un chico con su medalla, va él mismo á cobrarlo, y cuando lo ha cambiado en moneda menuda es otra alegría, como si el cheque se hubiera duplicado.

A la mesa, le parece siempre que jamás se ha cocinado tan bien en casa; cada plato es «el más hermoso día de su vida»; luego quiere ponerlo todo en orden; va á la mesa donde se encuentra el correo, y empieza á tirar las cartas, las tarjetas y los periódicos por toda la habitación; y esto, según él, «es poner en orden». Apenas entra alguna persona, la quiere poner al corriente de todas las grandes fortunas que le han tocado en aquel día. Se echa en el sofá, duerme, ronca y se despierta, todo en menos de diez minutos; dicta al mecanógrafo; corrige, corre de la imprenta á la librería, de allí á la biblioteca y de la biblioteca al laboratorio, con frenesí de moverse, y de noche, incansable, quiere todavía el teatro, lo que significa la peregrinación por dos ó tres teatros, en cada uno de los cuales oye un acto ó un trozo. Estos son los días buenos; pero luego vienen los malos, y entonces todo va mal, desde los más pequeños incidentes de la casa hasta los acontecimientos del reino de Italia; todas las «catorce enfermedades» se presentan con sus más terribles síntomas, por fortuna imaginarios, pero que por el momento son realísimos; sus papeles no se encuentran, y de seguro que se han perdido en el cesto; él es un hombre desquiciado, concluído, inútil para todo; la nueva escuela va para atrás; los italianos, en general, son incapaces, y nosotros, sus hijos, somos unos ingenuos inexpertos que no sabemos salir de apuros en la vida; y así sucesivamente. Estos días de obscuridad son sin embargo raros, porque mi padre es de suyo optimista, y en medio de su melancolía un buen plato

de uvas ó un hermoso sol que inunde su estudio bastan á veces para barrer las ligeras brumas de su pesimismo accidental.

Lo que más choca á quienes le tratan es su llaneza y sencillez, que no se compaginan bien con su autoridad; así ocurre que cuando ciertas personas se le acercan creyendo encontrar en él uno de esos oráculos de la ciencia que tratan con olímpico desdén á los simples mortales, se quedan desorientados y hasta un poco escandalizados de ser acogidos con familiaridad tan espontánea que resulta quizá excesiva.

No acabaría si hubiese de contar sus ingenuas salidas. Una noche nos dejó á mi hermana y á mí más corridas que una mona: él tenía que hacer una visita, y nosotras queríamos quedarnos en casa; pero tanto nos instó, prometiéndonos que la visita sería breve, que nos decidimos á acompañarle; apenas llegamos, se descuelga con la siguiente presentación á la señora que nos salía al encuentro:—No sabe usted cuánto trabajo me ha costado hacer venir á estas salvajillas. ¡Siempre tienen miedo de aburrirse! Pero las prometí que aquí comeríamos buenos dulces, y en seguida se echaron á andar.—Este mismo olvido de los más respetables convencionalismos lo lleva de la vida privada á la oficial.

Tiene sobre todo profundo desprecio á todos los honores y distinciones: un día recibió una carta de Rusia, en la que le anunciaban haber sido nombrado socio honorario de no sé qué Academia; sin emoción ninguna por el honor, encargó á mi hermana que contestara dando las gracias, y dos días después llegó de Rusia un gran rollo sellado, que supusimos sería el diploma académico anunciado; mi padre, con su acostumbrada irreverencia, sin verlo siquiera, lo tiró al cesto de los papeles, al «baúl de los muertos», como él lo llama; pocos días después llegó otro rollo con otra carta.—¿Qué diablos quiere esta gente?—se preguntó. Era el secretario de la Academia, que le decía que se habían equivocado al mandarle su diploma, habiéndole enviado el de otro, por lo cual le remitían ahora el suyo y le rogaban devolviese el equivocado. ¡Qué ver-

güenza nos causó ver el estado en que se hallaba el pobre diploma tirado al cesto sin ni siquiera verlo! ¡Y gracias que se encontró y que, secado y estirado, se pudo devolver á su reclamante!

Mi padre es muy bueno, y á los inferiores sobre todo les guarda consideraciones extraordinarias; eso de que un criado ó criada se incomode por servirlo le es absolutamente insupportable; ó se sirve por sí mismo, ó nos manda mejor á una de nosotras que le demos un vaso de agua ó que le busquemos una carta. Si mi madre discute con la camisera porque alguna camisa de mi padre es estrecha de cuello, él interviene defendiendo á la camisera:—¿Qué culpa tiene esta pobre mujer de que yo tenga el cuello demasiado gordo?

Esta bondad tiene sus desventajas, porque le quita fuerza para librarse de los posmas; el pensamiento de que le den una lata le espanta; pero cuanto más le acometen más afable se pone. Tratando con pobres ó que dicen serlo no sabe defenderse.—Señor profesor, no he comido hace dos días y no tengo un céntimo—le dice uno; y se ve que lo que le den se lo bebe en la taberna; otro no pide limosna, sino vender una estatuita, una obra de arte al «inteligente Mecenaz de los pobres»; otro envía una carta por un demandadero con los acostumbrados y estereotipados ritornelos de la familia enferma y desamparada, y á todos les da; y no le importa que le engañen algunas veces, á fin de no negar amparo al verdadero necesitado. De aquí que en su clientela haya muchos más pobres que ricos. Recuerdo que una vez vino á consultarle una señora de provincias, rústica, pero bien trajeada; al pagar sacó un billete de diez liras, que tenía evidentemente preparado; pero al ver la buena cara de mi padre se le ocurrió que podía dar menos; miró un instante el billete y á mi padre, é hizo la prueba.—¿Me podría usted dar de vuelta cinco liras?—Mi padre se las dió; pero la mujer volvió al cabo de diez minutos y le dice:—He pensado que me he equivocado y que con dos liras tiene usted bastante; vuélvame las otras tres liras.

Es avaro y generoso á la vez, aunque parezca extraño. Nunca va al teatro á butaca, sino democráticamente, porque entiende que en el teatro no deben gastarse más de 70 céntimos; esta avaricia, sin embargo, no le impide ir á dos ó tres teatros cada noche; otro gasto que tampoco le agrada es el del coche, y siempre va en tranvía, aunque frecuentemente se le olvida el librito de abono y tiene que pagar el trayecto. Utiliza para escribir el papel de las circulares ó el revés de las pruebas, porque le parece un exceso escribir en papel nuevo y pulido; y no hay que decir que el uso del telégrafo para saludos, cumplimientos y demás cosas corrientes de la vida social le parece muy mal, «cuando con una tarjeta de diez céntimos se puede conseguir lo mismo veinticuatro horas después». Tiene una idea muy vaga del precio de las cosas. Si se le dice el coste de un sombrero ó de un par de botas, le parece un precio colosal, y la cuenta de una fonda le parece formidable; pero si la paga otro con su dinero es como si se lo dieran gratis. Cien liras para él no son siempre cien liras, pues su valor depende de la procedencia: si son producto de una visita médica ó de su sueldo, las cien liras no le proporcionan ningún placer; pero si son producto de un artículo, entonces le encantan, satisfecho de ver su trabajo intelectual convertido en moneda corriente.

Tiene gustos sencillísimos: hasta hace pocos años sólo bebía café de achicorias, y aun ahora, cuando toma remedios homeopáticos, pasa con indiferencia del moka á la achicoria. Como excitantes sólo conoce una buena ducha fría. No bebe, ni ha bebido casi nunca, vino, y lo aprecia tan poco que ante una copa de *champagne* es capaz de admirarlo diciendo: «¡Excelente vino! ¡Parece una gaseosa!» Cuando estuvo en Rusia hospedado en el Kremlin, era servido por multitud de criados de ostentosa librea y muy obsequiosos, que le ofrecían con gran ceremonia las mejores bebidas:—¿Tocai, Burdeos, Jerez, *champagne*?...—Y él, después de mirar con desconfianza todas aquellas botellas, pedía *kwas*, que es como decir «limonada

fresca ó vinillo aguado». Le gustan mucho los dulces y las frutas, y, lo mismo que á los chicos, le parece que el mejor dulce es el más grande.

En cuanto á los vestidos, tiene mayor indiferencia todavía que respecto á las cosas del paladar. Una vez, hace muchos años, yendo á Roma, se le olvidó el abrigo, y tuvo que comprarse uno; el comerciante comprendió en seguida con qué especie de parroquiano tenía que habérselas, y le cargó con una larguísima capa de color verde botella, que le llegaba hasta los pies; mi madre, que es quien le provee de todo, estaba desesperada de pensar que con aquella especie de dominó de Carnaval había andado mi padre, con la mayor indiferencia, por toda Roma. Su ambición se concentra toda en los bastones: su sueño ha sido siempre tener un hermoso bastón; es decir, un bastón con una larga cadena con la que poder jugar y hacer brincar las piedras y las castañas de Indias. A lo que atiende cuidadosamente es á sus anteojos; siempre quiere tener á mano una docena de pares, oscuros, ahumados, semiahumados, para leer, para escribir, para ver de lejos, para ver de cerca; la «busca de los anteojos de papá» es siempre una de las principales ocupaciones de la familia.

Es eminentemente filoneísta, y todo lo nuevo en hombres, cosas, teorías é instrumentos le seduce. En cuanto oye hablar de algún nuevo aparato de gimnástica, de máquina eléctrica ó de pluma mágica, quiere probarlo. Tiene malísima letra, y se hace la ilusión de que debe haber una pluma especial para mejorarla; no la ha encontrado todavía, pero no ha desesperado de encontrarla: plumas de ave, de acero y de oro; portaplumas de corcho y de bambú, todo lo nuevo en ese género ha de adquirirlo, y no hay pluma americana anunciada en los periódicos con la que no quiera hacer experimentos, con una confianza que no tarda en verse defraudada. A los sesenta años ha querido empezar á manejar la bicicleta, y andaba en ella impávido, atravesando las calles hasta en las horas de mayor tránsito de carruajes, hasta que una vez cayó debajo de un co-

che, y milagro fué que saliera incólume. Este filoneísmo se relaciona con la versatilidad y poliedricidad de su inteligencia, que le hace interesarse por todas las cuestiones.

Empezó de niño á ocuparse de Filología é Historia, y escribió un «Ensayo sobre la República romana»; luego, entregado á la Medicina, se ocupó de operaciones, y luego de Antropología pura con «El hombre blanco y el de color», dedicando diez años de su vida al estudio clínico de la pelagra; y, por último, con «El hombre delincuente» fundó la «Antropología criminal», emitiendo al mismo tiempo las más originales concepciones sobre la Fisiología y la Psicología del genio. Fué un secuaz de Hanneman y uno de los primeros en estudiar los fenómenos del hipnotismo y el espiritismo. En los últimos quince años se ha interesado en la política, escribiendo artículos sobre los peligros de la triple alianza, los armamentos, etc., y hasta ha tenido una breve vida pública en la Administración municipal de Turín. La política le apasiona como espectador; jamás le he visto permanecer indiferente á los periódicos, ni dejar de tirarlos, una vez leídos, por todos los ángulos de la estancia, arrugados y acucuruchados.

La guerra ruso-japonesa absorbía toda su atención, y las victorias japonesas le entusiasmaban. Una vez estaban en casa, de visita, unas primas á quienes los japoneses tenían sin cuidado, y que en cambio discutían vivamente la forma nueva de un sombrero, cuando entró mi padre anunciando triunfalmente la toma por los japoneses de la fortaleza de Su-sam-pú marchando sobre cinco mil cadáveres; entonces una de las primas intercaló un «¡Qué horror!», y siguió tranquilamente la discusión interrumpida:—Querida, no lo has visto bien: era un tricornio, pero con flores, sin plumas, con un manojo de rosas y hojas de yedra.—El estupor que se pintó en el rostro de mi padre era tan cómico, que yo misma no pude menos de soltar una carcajada, lo cual aumentó su irritación, al ver que hasta yo misma hacía tan poco caso de una victoria japonesa.

Los libros que más le hacen gozar son los de viajes, y entre éstos los de Stanley y Nanssen; entre los novelistas pone sobre todos á los rusos, y entre éstos á Dostoyewski, por su coincidencia de ideas con las suyas. Mi padre tiene gran facilidad y potencia de trabajo, importándole poco el ruido, ni las mesas ni el sitio en que trabaja; lo único que busca es el sol, y recorre todas las estancias de la casa en busca de él, yendo con sus papeles de su despacho al comedor, de allí á la mesa de mi hermano ó á la mesita de labor de mi madre... Casi siempre dicta, y el hilo del razonamiento sale limpio y lógico, pero la frase se cambia diez veces mientras la pronuncia, siendo su dictado bastante trabajoso; luego corrige los borradores, y ese es uno de sus mayores placeres.

Si la felicidad es el desarrollo armónico de todas las facultades individuales, mi padre puede considerarse como un hombre feliz, porque todos los cientos de trabajos que ha concebido y los miles de páginas que ha escrito han sido concebidos y escritos con alegría, infatigablemente. El destino ha sido muy benévolo con mi padre, porque le ha hecho gracia de todas las taras que el genio lleva consigo, permitiéndole atravesar la vida conservando intacto aquel perfume de entusiasmo, aquel ardor de idealidad, aquella creencia en los buenos, aquella fe en la ciencia y aquel amor á los hombres que son los elementos más preciosos de la vida, los que la hacen digna de ser vivida.

## BELLAS ARTES

PSICOLOGÍA DE LA JOYA.—El simbolismo de la joya está terminando de morir, según afirma en la *Revue Bleue* Camilo Mauclair. Antes de ser un adorno, las alhajas han sido un símbolo; ya no se sabe esto, y así se explica la profunda decadencia del arte.

La joya, que hoy sólo en forma de sortija y de alfileres usa el hombre, fué antiguamente común á los dos sexos, sin la pre-



vención con que hoy se mira como ridículos á los hombres que llevan alhajas. Eran entonces símbolos de magia, de oración, de poder social, de ciencia y de fuerza, imitando y sintetizando las fuerzas primordiales y cósmicas. El anillo, el collar, la diadema, expresaban el concentrismo universal; cada piedra tenía su razón misteriosa, y sus engarces tenían todos un motivo, habiéndose escrito numerosas obras en la antigüedad y en la Edad Media para fijar las leyes y costumbres de este simbolismo, que formaban como una metafísica de las piedras preciosas, una ciencia hermética del lapidario, de la que se conservan huellas en las alhajas sacerdotales, con su significación ritual, y en las condecoraciones.

Este antiquísimo carácter simbólico hacía que los hombres, jefes, sacerdotes ó magos, tuvieran más razones que las mujeres para llevar alhajas. Para la mujer sólo se trataba de realzar su belleza; para el hombre, de ostentar su poder ó su dignidad. Los motivos de los dibujos estaban tomados menos de formas naturales que de signos herméticos. Había que estudiar las analogías de las alhajas primitivas con la geometría y la alquimia; las relaciones entre los eslabones de una cadena y el signo del infinito ( $\infty$ ); el empleo de la serpiente mordiéndose la cola; el hieratismo de las imágenes rituales, como el triángulo, la elipse, el falo, el escarabajo, el loto, etc., que hacían de cada joya una especie de diploma sagrado. Paralelamente á este lenguaje oscuro y esotérico, el instinto de la coquetería desarrollaba el gusto de adornarse con objetos decorativos que sentaran bien, realzando la belleza; era la escuela exotérica de la joya, la segunda serie de las alhajas: la primera iba desde la tiara del mago y el anillo del rey hasta la sortija de nuestros obispos y la placa de nuestros dignatarios; la segunda va desde el collar de dientes de tigre del salvaje hasta los colgantes del joyero Lalique.

Como los egipcios tenían dos clases de escritura, hierática y demótica, así las alhajas son de dos especies: las hieráticas eran de materias preciosas, pero su valor no se lo daba la ma-

teria, sino el símbolo; las demóticas eran también de materias preciosas, pero su valor estaba en esa materia y en el arte con que estuviera trabajada. Así llegó poco á poco á olvidarse el origen simbólico del deseo de llevar encima un signo precioso, y se llevaron alhajas exclusivamente por ostentación. La alhaja perdió su carácter ritual, y se hizo una cosa frívola, sujeta á los caprichos de la moda, y la imitación ornamental fué toda su estética.

La Edad Media hizo en este sentido maravillas exquisitas; pero de la especialización de la alhaja como puro adorno vino la gradual privación de las alhajas al hombre, habiéndose convertido el antiguo símbolo en un accesorio del tocado. El traje mismo de bordados, encajes y terciopelo excluía el empleo de las joyas, fuera de la sortija y de los collares de las diversas órdenes; el damasquinado de las armas y la orfebrería de las empuñaduras es lo que ha sobrevivido á las alhajas. Hoy se tolera el alfiler de corbata, discreto, y el anillo de boda guarda todavía su sentido místico; pero otras sortijas, sobre todo si van adornadas de muy ricas piedras, se consideran de mal gusto; si una cadena de oro tiene la disculpa de sujetar nuestros relojes, preferimos que se vea poco. El ciclo ha terminado, y la joya ha concluído para el sexo masculino.

La joyería moderna se inspira en la imitación de las formas exteriores de la Naturaleza, copiando serpientes, lagartos, corazones, estrellas, cabezas de perros y de gatos, de un modo pueril, creando esa cosa sin nombre que es la joya de la burguesía advenediza, la alhaja que se lleva para anunciar que se tiene dinero, y que puede volverse á vender sin mucha pérdida. Algunos joyistas han tratado de sacar á la joya de tales vergüenzas, buscando un principio natural en la interpretación ornamental de motivos sacados de la flora, y han comprendido que el valor hay que sacarlo, más que del precio de la materia empleada, del arte con que se haya ejecutado la joya; por eso han vuelto á emplearse piedras antes despreciadas, cuyo colorido y limpidez nada tiene que envidiar al de

las piedras más costosas. La deformación razonada de las plantas, acentuando su carácter decorativo, es la base del moderno estilo; á veces aciertan, pero muchas veces se equivocan. Algunos, sin pensarlo siquiera, vuelven al simbolismo por medio de combinaciones lineales más ó menos ingeniosas. Quizá volvamos á la edad psicológica de la alhaja: la misma moda femenina, excluyendo cada vez más el uso de las joyas fuera del interior, parece evolucionar en el sentido de esta nueva significación hierática resucitada. El hecho es digno de ser consignado en medio de una civilización en que todo, hasta el lujo, es cada vez más demótico.

### CRIMINOLOGIA

LAS ANTIGUAS «GALERAS».—*La Revista Penitenciaria* extracta un antiguo trabajo de Ernesto Lavine sobre las galeras, como suplicio ó forma de penalidad.

La galera es antiquísima: las tres grandes batallas de Occidente contra Oriente, Salamina, Accio y Lepanto, fueron ganadas por las galeras, embarcaciones de cabotaje de escaso calado, 15 pies á lo sumo, con 50 metros de longitud por 10 de anchura como término medio; el remo, y rara vez la vela, era su motor, y los remeros estaban repartidos en 25 bancos á la derecha y otros tantos á la izquierda, ocupando cinco remeros cada banco, ó sea un total de 250 hombres-máquinas; el espacio libre lo ocupaban, además de los marineros del servicio de velas, la artillería, los artilleros, los soldados y el estado mayor. Estrechándose, todos podían sentarse; pero sólo el capitán tenía una litera donde tenderse.

Como el servicio era rudísimo y la disciplina bárbara, era difícil encontrar remeros; se encontraban algunos que por la miseria ó la afición, se alistaban voluntariamente, por lo cual se les llamaba *bonnevoiglie* ó «buenas voluntades»; pero sobre que su servicio dejaba mucho que desear, según Colbert, eran in-

suficientes, siendo preciso nutrir las filas con esclavos y enemigos. La guerra contra los berberiscos proporcionó algunos turcos, ya aprisionados por los cristianos, ya por los corsarios que traficaban con su venta; un turco valía unas 340 libras por término medio, y era el galeote modelo. Los mercados de esclavos de Africa proporcionaban negros; pero éstos eran enfermizos, y en todo caso insuficientes. Para nutrir las filas de remeros se pensó entonces en los condenados: «Su Majestad es de parecer—decía Colbert á los Tribunales—que procuréis para alistar la chusma necesaria que sea condenado el mayor número de culpables que sea posible, y que hasta convirtáis en pena de galera la de muerte». Esto era hacer á los Tribunales proveedores de galeotes para el remo, como ya venía haciéndose desde mucho antes, siéndose más ó menos exigente en este punto según las necesidades del servicio; así, Enrique III recomendaba que no se condenara á galeras, y Enrique IV mandó conmutar la pena de muerte en la de galeras, como luego hizo Luis XIV; para obtener la conmutación era preciso, sin embargo, ser joven y vigoroso, pues en otro caso «un ahorcado no sirve para nada, como no sea para los cuervos».

La mayoría de la chusma se componía de grandes criminales; pero había también mendigos, taberneros que habían admitido en su casa gentes á dormir sin dar parte á la autoridad, marineros que fumaban contra los reglamentos, contrabandistas, desertores y condenados políticos. En París—y claro es que en los demás sitios todavía sería peor—los condenados á galeras esperaban la salida, para irse acostumbrando, en un calabozo abodegado del castillo de la Tourelle; entrados en aquella mazmorra, provista de vigas de roble de dos pies y medio de grueso, separadas tres pies una de otra, se les hacía sentar medio acostados, de modo que el cuerpo descansara en el suelo y la cabeza se apoyara en la viga; entonces se les ponía una carlanca de hierro al cuello, remachada á martillazos, y en esta postura horrible aguardaban los sentenciados semanas y aun meses enteros; como las carlancas llevan una cadena de

pie y medio de largo y á distancia de dos pies unas de otras, y cada viga tiene 40 pies de longitud, hay en cada fila veinte hombres encadenados, cabiendo en el calabozo hasta 500, que se pasan las horas gimiendo y aullando, haciéndoles callar los cómitres á vergajazos.

El día de la conducción los sacan encadenados por el cuello de dos en dos con una cadena de tres pies de largo con una anilla en el centro; puestos así en fila, pasaban una cuerda por la anilla, y quedaba formada la cadena de 450 á 500 hombres. Uno de estos viajes ha sido referido por Marteilhe. Salieron el 17 de Diciembre á las tres, y llegaron á las seis á Charenton, luciendo la luna: se helaban hasta las piedras; pero con la fatiga de la marcha y el peso de los hierros, que era de 150 libras por individuo, llegaron todos sudando; los metieron en una cuadra y los ataron á los pesebres; á las nueve se deshizo la cadena y se les hizo desnudar para registrarlos, durando dos horas la operación; á las once les mandaron volverse á vestir, pero todos estaban ateridos, y ni culatazos ni vergajazos los reanimaban; los cuadrilleros los agarraban por la carlanca y los arrastraban por el suelo para llevarlos adonde habían dejado los vestidos; á la mañana siguiente murieron diez y ocho, y gracias al estiércol de la cuadra, en el que metiéndose y revolcándose pudieron reaccionar, no murieron muchos más; el viaje de París á Marsella duró un mes, y muchos murieron en el camino. En una de estas conducciones perecieron 44 hombres de los 93 que salieron. Llegados al término del viaje, los clasificaban, los afeitaban y rapaban la cabeza, dejándoles un mechón en el cogote, les ponían el gorro frigio y los mandaban á las galeras.

La vida de mar era durísima. El remo tenía 40 pies de largo, 13 dentro y 27 fuera del barco; el primer remero, el bogavante ó espalder era el más vigoroso, y los espalderes regulaban el movimiento de la galera; cada remo era manejado por cinco remeros. Lo horrible era la maniobra forzada, al grito de «¡fuera ropas!», que obligaba á dejar las espaldas al aire

para sentir los golpes del rebenque. El mismo Marteilhe cuenta una de estas maniobras: «Cercana la noche, se avistó la fragata y se forzó la maniobra; el teniente mandó al cómitre que redoblase los azotes sobre la chusma, y como el cómitre dijera que no veía medio de alcanzar á la fragata por el avance de la noche, el teniente le replicó: «Aprieta, verdugo, y haz lo que he visto hacer muchas veces en las galeras de Malta: corta el brazo á uno de esos perros y sacude con él á los otros»; este detalle macabro se halla confirmado por Cervantes en *Persiles y Segismunda*.

Tales eran las galeras y tal era el régimen á que venían sujetos los desventurados galeotes, de quienes entonces casi nadie se compadecía, considerando todas sus penalidades como cosa natural y corriente.

## IMPRESIONES Y NOTAS

LA EMPERATRIZ EUGENIA Y STENDHAL.—El famoso Enrique Beyle (Stendhal) fué presentado, según cuenta Orlando en *L'Italia Moderna*, en cierta ocasión por Merimée á la condesa de Montijo.—Veréis—decía Merimée—una gran señora, una buena amiga, un tipo bellísimo de andaluza; os cautivará su ingenio y su carácter.—La condesa y Beyle se hicieron amigos, en efecto, y las encantadoras hijas de la condesa, Eugenia y Paquita, estaban deseando las visitas de Stendhal porque entonces las permitían quedarse hasta más tarde en el salón, y se divertían muchísimo con la charla y las historias del visitante. Stendhal hablaba á veces de Napoleón y las llevaba estampas, de las que Eugenia conservó siempre una, que representaba la batalla de Austerlitz.

—Cuando seáis mayor—decía Beyle á Eugenia—os casaréis con el marqués de Santa Cruz, me olvidaréis, y yo no me cuidaré tampoco de vos.

En Diciembre de 1840, la condesa invitó á Stendhal á ve-

nir á Madrid; pero Stendhal contestó que estaba muy enfermo y que le era imposible. Por aquella época había perdido la condesa, con motivo de nuestras luchas civiles, más de un millón de reales, y Beyle consolaba á Eugenia, escribiéndola: «Lo mejor es no pensar más en ello; una razón de este género os tendréis que dar á los cuarenta y cinco años, cuando empiezan á parecer las primeras señales de la vejez: entonces las señoras compran un perrito inglés, y hacen conversación con el perrito...»

Para Eugenia de Montijo, emperatriz de los franceses, destronada, el hado adverso había preparado cosa muy distinta á los cuarenta y cinco años que la compra de un perrito inglés y la conversación con él.

\*  
\* \*

LOS TEATROS DE EXCEPCIÓN Y LOS TEATROS DE ESTRELLA.— El Sr. Antoine, primero, con su teatro libre y su literatura realista, y el Sr. Lugné-Poe, y actualmente con su famosa labor del Nuevo Teatro ó Teatro Trianon, han dado nacimiento á lo que se conoce con el nombre de teatro de excepción, cuya fórmula se encierra en la protesta que no hace muchas noches, durante la representación de *El tercer cubierto*, de Alfredo Savoir, formuló un espectador ante el estrépito que armaban los que silbaban la obra y los que la aplaudían. «¡Silencio y dejadnos oír!—gritó.—¿A qué habéis venido? ¿No sabéis bien que lo que se oye aquí es distinto de lo que se oye en otra parte?» El teatro de excepción es el teatro excepcional en que todo se subordina al arte, y en el que si resulta el negocio, como sucedió con *Casa de muñecas*, es porque la consecuencia natural del acierto en la elección es la atracción del público y de su dinero. El teatro de excepción no se preocupa de halagar los gustos del público, sino de servir los intereses del arte, tal, por supuesto, como los comprende su empresario: Lugné-Poe rinde culto á Ibsen, y su teatro es ibseniano;

mañana rendirá culto á las creaciones de la dramaturgia japonesa, y será japonés, agrade ó no agrade al público ese modo de pensar.

No deben confundirse estos teatros de excepción con los teatros «de estrella». En éstos todo se subordina al propósito de poner de relieve el nombre de un artista prestigioso; mientras el teatro de excepción se apoya en una doctrina artística, el teatro de estrella se basa en una individualidad que asegura su éxito: al primero se va para oír piezas; al segundo á oír actores, ó más bien á ver y oír un actor ó una actriz. Tipo de los teatros de estrella es el teatro Sarah Bernhardt; allí no se va por ver la obra de Sardou, de Dumas, de Musset ó de Rostand; se va por ver á Sarah y asistir á sus representaciones, como pasa en España con María Guerrero, con María Tubau ó con Rosario Pino.

Ambas clases de teatros, en Francia y en España están en decadencia: cuando la señora Rejane dejó el teatro del Vaudeville creyendo que sin ella moriría, los hechos han venido á demostrar que el Vaudeville puede vivir y prosperar sin la Rejane, por mucho que esta artista valga.

\*  
\* \*

LA VISITA DE WAGNER Á ROSSINI.—La cuenta Edmundo Michotte, testigo presencial, en la *Revue générale*, como aperitivo de un volumen de Memorias musicales que pronto verá la luz pública, y Nemi recoge lo más sustancial del relato de Michotte.

Wagner vivía en el invierno de 1860 en un modesto cuarto del núm. 16 de la calle Newton, dando la última mano á su tetralogía, y Rossini se había establecido en París en 1856, sin que ambos se hubieran conocido. Michotte propuso á Wagner presentarle á Rossini, y Wagner aceptó.

Apenas Rossini vió entrar á Wagner, se adelantó á él diciéndole:



—¡Ah, señor Wagner! Como nuevo Orfeo, no habéis temido pasar estos umbrales. Ya sé que me han pintado en negro para con vos... Me atribuyen chanzonetas que nada justificaría por mi parte. ¿Por qué había de obrar así? No soy yo ni Mozart ni Beethoven; no tengo la pretensión de ser un sabio, pero me gusta ser cortés y me guardo de injuriar á un compositor que, como vos, por lo que me dicen, se esfuerza por extender los límites de nuestro arte. Tengo que conocer vuestra música en el teatro; la única composición que conozco es vuestra marcha de *Tannhauser*; produce gran efecto, y, lo confieso sinceramente, me parece bellísima.

Wagner pareció conmovido por tan grata acogida, y habló de las dificultades con que tropezaba para hacer poner *Tannhauser* en París, sobre todo por la hostilidad de la prensa, cosa que á Rossini no le sorprendió por haberle ocurrido lo mismo.

—Cuando llegué á París en 1824—añadió—llamado para dirigir el teatro italiano, fuí saludado con el nombre de *Monsieur Vacarmini* (el señor Estrepitini), que todavía conservo. Os aseguro que fuí muy maltratado por críticos y músicos, ligados de común acuerdo, «acorde perfecto y mayor». Weber—dijo Wagner—era muy intolerante, intratable para defender el arte alemán. ¡Gran genio y muerto prematuramente!

—Ciertamente—replicó Rossini.—Gran genio, y *verdadero*, porque era un creador poderoso y no imitaba á nadie. Por mi parte, volviendo á las cábalas de mis adversarios, cuanto más me cargaban más escalas les soltaba; á los motes les contestaba con *trioletts*, á las burlas con *pizzicati*, y todo el estrépito que armaban los que no me querían no ha podido nunca obligarme, os lo juro, á soltarles ni un golpe de bombo menos en mis *crescendos*, ni á impedirme, cuando así me convenía, horripilarles con un *felicita* más en mis finales; pues si me veis de peluca, creed que no son esos villanos los que han logrado hacer caer ni un solo pelo de mi cabeza.

Wagner, que se divirtió mucho con esta tirada del maestro

E. M.—Junio 1906.

italiano, preguntó á Rossini cómo había conocido á Beethoven, y entonces supo que Rossini había oído los cuartetos en Milán y la *Heroica* en Viena, tratando entonces de ser presentado al maestro alemán, á quien admiraba.

—¡Ah! ¿Sois vos el autor de *El Barbero de Sevilla*?—le dijo Beethoven.—Es una excelente ópera bufa. No hagáis nunca más que ópera bufa. La ópera seria—continuó después de haber oído recordar al presentador que Rossini era autor también de *Otelo* y *Moisés*—no está en la naturaleza de los italianos. Para tratar el drama no tienen bastante ciencia musical; y ¿cómo han de adquirirla en Italia? En la ópera bufa, en cambio, nadie podía igualar á los italianos; la lengua y la vivacidad del temperamento se la destinan. Ved á Cimarosa: ¡cuán superior es la parte cómica á todo lo demás! ¿Y Pergolese? Hay en el *Stabat* mucho sentimiento, pero la forma carece de variedad, mientras que en la *La serva padrona*...

Rossini contó luego á Wagner que por *El Barbero* le habían dado 1.200 francos. Bien es verdad que lo había hecho en trece días. Wagner le citó la escena de las tinieblas de *Moisés*, la conspiración de *Guillermo Tell* y el *Quando corpus morietur*, para oponerse al juicio equivocado de Beethoven. Pero Rossini, interrumpiéndole, dijo:

—¡Oh! Tengo facilidad y mucho instinto. No teniendo profunda instrucción musical, ¿cómo había de tenerla en Italia en mi tiempo? He descubierto lo poco que sé en las partituras alemanas. Un aficionado de Bolonia tenía algunas, *La Creación*, *Las bodas de Fígaro*, *La flauta mágica*, y me las prestaba, copiándolas yo por no tener recursos para adquirirlas de otro modo. Frecuentemente me ocurría transcribir primero la parte vocal sin examinar el acompañamiento de orquesta; entonces imaginaba en una hoja volante una orquestación de mi cosecha, y luego la confrontaba con la de Haydn y Mozart, completándola después. Este sistema me sirvió más que todos los cursos de Bolonia.

\*  
\* \*

UN EPISODIO HISTÓRICO DEL SITIO DE GERONA. — Adolfo Albertazzi lo titula *La flauta*, y es realmente un episodio melodramático digno de ser llevado á la escena por cualquiera de nuestros más competentes fabricantes de dramas, comprimidos ó diluídos, pues el argumento se presta á todo.

Era durante el sitio de la heroica Gerona, que se sostuvo siete meses contra dos ejércitos, el francés de Du Vernier y el italiano del Pino. En el primer regimiento de granaderos italianos militaba el bravo teniente Ferrari, joven de gran corazón, que estando de guardia una noche de Noviembre de 1809, tuvo que conducir al general cuatro prisioneros cogidos por una patrulla cerca del campamento: eran un fraile, dos aldeanos y un joven de unos veinte años, rubio, que parecía de condición civil; habían sido registrados, y se les habían encontrado cartas dirigidas desde Gerona al general Blake para informarle del modo más fácil de aprovisionar de víveres la población. El fraile no intentó siquiera justificarse; los aldeanos se disculparon con que no sabían leer é ignoraban el contenido de las cartas, y el joven dijo:

—Soy tocador de flauta; en Gerona no tienen ganas de música, y me iba á otra parte á ganar el pan.

—¡Bueno!—dijo el general Pino al teniente Ferrari.—¡Llevadlos de paseo!

Eso quería decir que los condujera al campo y los despa-  
chara sin ruido.

El teniente, con doce granaderos y los prisioneros delante, salieron del campamento.

La luna brillaba, y Ferrari marchaba tristemente pensando en su madre y en su país; entrados en el bosque sin dirección fija, el fraile preguntó:

—¿Dónde nos lleváis?

El oficial no respondió; pero de pronto, ocurriéndosele una idea, dijo:

—¡Vamos á Gerona!

«Allí morirán—pensaba para sí;—pero, por lo menos, sus

paisanos los verán y les darán sepultura, no quedándose en el bosque como si fueran perros.»

El fraile comprendió por aquella respuesta que estaban condenados á morir, y exhortó á sus compañeros á confesarse; los dos aldeanos comenzaron á castañetear los dientes de terror, barbotando sus culpas con voces lamentosas, mientras el joven tocador de flauta lloraba. El oficial recordaba que unos días antes él había salvado á una pobre vieja de las iras de sus soldados, y que la desdichada le había dicho: «¡Usted es italiano; usted es bueno!» Pero también el general Pino era italiano, y había que obedecer. Al final del bosque, Ferrari hizo alto, mandó á los granaderos que ataran los pañuelos de los presos metiéndoles el nudo en la boca, hizo bajar los fusiles para que desde las murallas no los vieran brillar, é indicó una casa arruinada á un tiro de pistola de la ciudad. «Desde allí, se dijo, mañana los verán en cuanto salga el sol.» Llegados al sitio designado, el teniente dió la orden:

—¡A la bayoneta!

El fraile y los aldeanos cayeron acribillados en el acto; pero ninguno de los granaderos había tocado al joven. Hubo un instante de vacilación; pero el deber se sobrepuso al sentimiento, y Ferrari repitió:

—¡A la bayoneta!

Y el joven cayó también.

Cumplida la dura tarea, los granaderos se sintieron hombres de guerra y buscaron su botín: en los zapatos del fraile hallaron dos onzas de oro; en las alforjas de los aldeanos algunas monedas, y en la casaca del joven una bolsa con la flauta. El teniente, que era aficionado, se quedó con la flauta, y los granaderos con lo demás.

Algún tiempo después, Ferrari recibía una grata misión: la de trasladarse á La Bisbal con dos batallones para impedir la entrada del enemigo. La Bisbal era una ciudad alegre y bonita. «¡Bailaremos allí!», se dijo, guardándose la flauta.

La irrupción de las tropas napoleónicas en La Bisbal fué

recibida como una tormenta. A Ferrari le tocó alojarse en una casita junto á la plaza, en la que sólo vivía una madre con dos hijas. Las muchachas se quedaron mustias; la madre protestó que era una pobre viuda, y que no tenía habitación para «el señor oficial». Ferrari no hizo caso; entró, escogió la habitación que le pareció mejor, y con uno de sus granaderos se puso él mismo á arreglarla, cuando de pronto, sobre una mesita, encontró unos papeles; era una carta del marido de la señora, escrita desde Hostalrich, en la que decía, entre otras cosas, que no tenía gana de morir hasta acabar con todos los enemigos de España.

La supuesta viuda, espantada ante la cara que puso el oficial, cayó de rodillas con sus hijas, pidiendo las tres perdón. Ferrari contempló á las hijas, ambas hermosas, aunque la pequeña más guapa que su hermana; lejos de hacerlas daño, el oficial, sonriendo, las preguntó su nombre. Se llamaban Rosita y Paquita.

—Pues bien: ¡ánimo! Esta noche bailaremos, Rosita y Paquita. ¡Fuera penas!

La amenaza del baile las dejó heladas; pero Paquita, la más guapa, miró á Ferrari de tal modo que parecía decirle: «¡Antes que bailar contigo prefiero morir cien veces!» ¿Por qué sería aquello? Tan triste la vió, que, llegada la noche, no se atrevió siquiera á volver á tratar de baile ni de gresca, acostándose preocupado y comprendiendo que había en aquella mujer algún secreto, que con gusto habría descubierto.

Al día siguiente, terminadas las faenas de la mañana, encontró sólo á Rosita y á su madre. Entonces, acordándose de que la música amansa las fieras, sacó la flauta de la bolsa y se puso á tocar; pero apenas había empezado, le pareció oír sollozos en la habitación inmediata; penetró en ella, y encontró, en efecto, á Paquita llorando, y á su madre y su hermana consolándola.

—¿Por qué ese llanto? ¿Qué ocurre?

—Nada, nada. Es que tengo miedo...

—¿De qué? ¿Por qué temer?... ¿Acaso el padre...? Pero ¿no habían tenido carta suya?

—No, no es mi padre. Temo por Fernando.

En el modo de decir *Fernando* se comprendía que no se trataba de un hermano. Y, en efecto, poco después supo Ferrari por Paquita que Fernando era su novio, que había ido á la defensa de Gerona, y del que no tenían noticias hacía tiempo, lo que se explicaba por lo estrecho del asedio.

—Pero ¿caerá Gerona?

—Indudablemente. Es inevitable.

—¿Y estará el señor oficial en el último asalto?

—Seguramente.

—¡Oh! Salvadme. Salvad á mi Fernando...

Y concisamente le dió sus señas: era un joven alto, rubio; llevaba una casaca de terciopelo oscuro; todos le conocían por ser tocador de flauta...

—¿Le conocéis?—preguntó Paquita, al ver palidecer al oficial.—¿Sabéis algo de él? ¡Decidme, por Dios...!

—No, no sé nada—murmuró Ferrari entre dientes, mientras la pobrecilla se marchó gimiendo:

—¡Tengo miedo! ¡Me lo dice el corazón!

¡Horrible coincidencia! El destino había querido que el mismo que había ordenado la muerte de aquel Fernando fuera el huésped de la familia de su prometida, y se alojara en la misma casa que había llenado de duelo y de lágrimas. Al día siguiente recibió la orden de regresar al cuartel general, y se sintió aliviado de un gran peso; por la mañana, sin despedirse de aquella familia, dejó la casa hospitalaria y salió de La Bisbal; pero en la mesita de la habitación donde había sentido gemir á Paquita había dejado la flauta...

\*  
\* \*

LA ÚLTIMA FRASE DE BOLÍVAR.—En la linda revista ilustrada que con el título de *Omnibus* ha comenzado á publicarse en

San Salvador (América) encontramos la siguiente curiosa anécdota histórica suscrita por Ricardo Palma y tomada del escritor colombiano D. José María Samper:

La escena pasa en la hacienda de San Pedro Alejandrino, en una tarde de Diciembre del año 1830. En el espacioso corredor de la casa, y sentado en un sillón de vaqueta, veíase á un hombre demacrado á quien una tos cavernosa y tenaz convulsionaba de hora en hora. El médico, un sabio europeo, le propinaba una poción calmante, y dos viejos militares, que, silenciosos y tristes paseaban por el salón, acudían solícitos al corredor. Más que de un enfermo se trataba ya de un moribundo, pero de un moribundo de inmortal renombre. Los hombres gloriosos son como letras de cambio que los contemporáneos giramos contra la posteridad, y ésta ha aceptado, sin protesta, los de San Martín y Bolívar.

Pasado un fuerte acceso, el enfermo se sumergió en profunda meditación, y al cabo de algunos minutos dijo con voz muy débil:

—¿Sabe usted, doctor, lo que me atormenta más al sentirme ya próximo á la tumba?

—No, mi general.

—La idea de que tal vez he edificado sobre arena, y arado en el mar.

Y un suspiro brotó de lo más íntimo de su alma, y volvió á hundirse en su meditación.

Transcurrido gran rato, sonrisa tristísima se dibujó en su rostro, y dijo pausadamente:

—¡Ah, redención!... ¡Los redentores!... ¿No sospecha usted, doctor, quiénes han sido los tres más insignes majaderos del mundo?

—Ciertamente que no, mi general.

—Acérquese usted, doctor... se lo diré al oído: los tres grandes majaderos hemos sido... Jesucristo, Don Quijote y yo.

\*  
\* \*

POETISA DE RAZA.—Lo es ciertamente la nueva estrella que en el cielo del Arte por excelencia ha hecho su aparición en París con los *Poemas del Mar y del Sol*, la *Trilogía del Amor y de la Muerte* y los *Poemas del Orgullo*, firmados por Valentina de Saint-Point, nombre que por sí no dice nada, pero que corresponde al de una nieta del inmortal Lamartine.

Cuando el año pasado aparecieron los *Poemas del Mar y del Sol*, la revelación del nuevo genio causó verdadero estupor, como dice en la *Rivista d'Italia* Riccioto Canudo, por juntarse en ella tres elementos de índole diversa que daban particular importancia á la nueva poetisa: su noble y gloriosa ascendencia lamartiniana, el sentimiento de su lírica, dirigido á exaltar las más violentas energías de la Naturaleza y del arte, y la novedad ruda, áspera, vehemente de sus ritmos, rara vez dulces y frecuentemente fieros, lúcidos y foscos. Enrique Hertz la compara á una pitonisa, á una sacerdotisa de la primitividad viril. «Se la diría frente al sol, frente al mar, al contacto de los menores espectáculos, quemada por la llama terrible de un sacerdocio; su corazón jadea, sus nervios se crispan; no puede ya pintar su emoción, y la vocifera con brincos de adoración, con contracciones y espasmos; en este respecto hay que remontar su ascendencia á mucho más allá de Lamartine: esa sensualidad religiosa, esa pasión refrotada como un estropajo, animaba en otro tiempo á las sacerdotisas y á las druidesas; celebrar el universo en esas épocas de revelaciones brutales, era echarse sobre un altar y poner fuego á su alma, para que encienda los frenesíes bajo la impasibilidad de los astros; eso es lo que hace Valentina de Saint-Point.»

Los cinco himnos—á la vida, á la muerte, al mar, al sol y al viento—de sus poemas son la verdadera síntesis de los motivos y ritmos de sus innumerables visiones. Llama al instinto «savia de mi carne», y al mar «cósmico logaritmo entre tierra y sol». El carácter esencial de su obra es el de la rebelión contra todo dogma tradicional, contra toda imposición dogmática, intelectual y moral, contra toda restricción al libre desenvol-



vimiento del individuo, según la ley que cada cual lleva consigo al nacer. Es la poetisa de la revolución, y su revolución es substancialmente estética en la concepción y en la expresión, en la visión poética y en los ritmos mismos, que han asustado á los clasicistas y á no pocos libreversificadores (convenimos entre nosotros que no sin razón, pues para decir ciertas cosas como las dice Valentina de Saint-Point (1) no hay necesidad de emplear el verso) que no se atreven á reconocerla como una de las suyas. El mismo espíritu independiente, la misma indomable voluntad que en ella campean, hacen de la novela *El Amor*, primera publicada de la anunciada trilogía, cuyas partes restantes están formadas por *Un incesto* y *Una muerte*, un vasto y singular poema en prosa; está en estilo epistolar, y es una historia tan original como atrevida. Los *Poemas del Orgullo*, que se vienen publicando en la *Nouvelle Revue*, son también nuevos y potentes gritos hacia todas las grandes alegrías y los magnos dolores del vivir. Valentina de Saint-Point es muy joven todavía, y es de esperar que con el tiempo, si sus aduladores no la extravían con alabanzas á osadías de forma intolerables, llegue á demostrar, y no es poco, que es digna de alternar en el Parnaso con el gran Lamartine, su ilustre abuelo.

\*  
\* \* \*

(1) Todas las grandezas de concepto y todos los primores de estilo no rescatarán nunca descuidos de forma (queridos ó no) como el de esta quarteta del soneto *A Génova*:

Sous le faix de beauté, tandis qu'elle agonise,  
Languide et adorée, au labeur tu consens.  
Solitaire, et farouche, et dédaigneuse, sans  
Esclaves à courber, Genes se tyrannise.

Y es que hay reglas y reglas: unas—las formuladas por la arbitrariedad—pueden despreciarse y pisotearse; otras—las inspiradas en el buen gusto—deben respetarse, si no se quiere pasar por persona sin paladar literario ni sensibilidad estética. La poesía, en su forma material más perfecta, el verso, existe para algo más que para ser atropellada, ó para que se la utilice sin motivo. No hay que pagarse tanto de modernismos ni de revoluciones. *Suum cuique*.

OBRAS INÉDITAS DE MOSÉN JACINTO VERDAGUER.—¡Cuán doloroso es para todos los que hemos asistido gozosos al resurgimiento de la literatura catalana, que estos purísimos sentimientos del culto estético se hayan visto amargados por las derivaciones políticas del regionalismo, que todo lo envenena y que amenaza sumirnos en la más infame de las luchas! Antes se hablaba de Balaguer, de Serafí Pitarra, de Verdaguer, sin sombra alguna de recelo ni de desconfianza. Hoy, al tropezar con un cultivador del catalán, el ánimo vacila y la pluma tiembla por temor de que se mezcle la pasión política á la fruición estética, y por miedo á que las alabanzas al genio se tornen en alfilerazos á la patria, que á tanto llega el falseamiento de las cosas por la torpeza de nuestros políticos, que han hecho de un problema mezquino, antipático y fácilmente confinable y solucionable, el del barcelonismo, un problema tremendo y trascendental, en el que va envuelta la vida misma y el porvenir entero de esta desgraciada nación.

Pijoan en *La Lectura*—y dejemos de hablar de cosas tristes—dedica un artículo á las *Obras inéditas* del genial Verdaguer, obras piadosamente recogidas por Marquina y Pijoan por encargo de los testamentarios entre los papeles dejados por el insigne vate. Dos grandes baúles formaban el caudal documental de Mosén Cinto, y allí había de todo: cartas, recortes de periódicos, diplomas de seminario, estampas y escritos de todas clases. Entre aquel amasijo de papeles fueron poco á poco saliendo cuadernos y hojas manuscritas, en las que Marquina y Pijoan apreciaban los diversos estados de elaboración de los poemas de Verdaguer, ya publicados juntos con otros trabajos inéditos no menos estimables.

Allí está el poema de *Colón*, el gran inspirador de Verdaguer; allí el *Trovador* ó la *Primavera*, poema lírico escrito para unos Juegos Florales, y que no fué premiado Dios sabe por qué; allí una preciosa versión del *Cantar de los Cantares*, de Salomón; allí la transcripción en verso de los diálogos de *El Amigo* y *El Amado*, de Lulio; allí un hermoso libro, *Els*

*Pobres*, desgraciadamente sin concluir; allí multitud de poesías sueltas, con las que podría formarse, por su carácter, un pequeño *Santoral*; y allí, en fin, materiales sobrados para formar un rico *Epistolario* y un *Diario íntimo*.

Reunido y ordenado todo, Marquina y Pijoan propusieron la formación de cuatro volúmenes con el título de *Póstumas*, *Prosa áurea*, *Carmina épica*, *Glosa mística* y *Carmina lírica*. Tan hermoso proyecto no se ha llevado á cabo: los escritos de Verdaguer se han dispersado, y los amantes del gran poeta y de la hermosa literatura catalana (sin catalanismo) tendrán que esperar un verdadero milagro para saborear los primores literarios inéditos de Mosén Cinto.

FERNANDO ARAUJO

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

- La legge sulla condanna condizionale*, del 26 giugno 1904, núm. 267, comentata da Raffaele Majetti, Giudice di tribunale. Santa Maria C. V., F. Cavotta, editore, 1905. Un vol. de 319 págs., 5 liras.
- Commento alla legge sulla condanna condizionale* (legge Ronchetti, 26 giugno 1904, núm. 267), per Giuseppe Cesare Pola. Torino, Fratelli Bocca, editori, 1905. Un vol. (de la «Nuova collezione di opere giuridiche»), 226 págs., 5 liras.

Estos dos libros, que han visto la luz con breve intervalo de tiempo, tienen muchísimos puntos de contacto. Como se ve por sus títulos, tratan de una misma materia, que es el comentario de la ley italiana sobre la suspensión de la ejecución de la pena, ó condena condicional, publicada en 1904 y llamada ley Ronchetti, del ministro cuya firma lleva. Están ambas obras escritas por funcionarios judiciales, y hasta en su tamaño y estructura exterior se parecen bastante.

También hay analogía en el modo con que una y otra desenvuelven el asunto. A decir verdad, ninguna de las dos se ciñen—sea dicho en su alabanza—á lo que la respectiva portada indica. Aun cuando una y otra hacen un largo comentario de la ley Ronchetti, artículo por artículo, y hasta puede decirse, en cierto modo, que este comentario constituye el núcleo de ellas, la impresión que su lectura causa es la de ser dos verdaderas monografías de esa institución, ya hoy tan generalizada, que en unas partes se llama de una manera y en otras partes de otra, y que entre nosotros no recibe nombre ninguno, porque no la tenemos. (Siendo ministro de Gracia y

Justicia en 1900, el conde de Torrealanaz presentó á las Cortes un proyecto de ley para implantarla, pero este proyecto ni siquiera llegó á discutirse.) El comentario de la dicha ley ha sido como un pretexto para dar cuenta, en sendos tratados doctrinales, de lo más importante de cuanto á la condena condicional atañe, sin olvidar las correspondientes indicaciones históricas y de legislación extranjera (unas y otras, bastante amplias en los dos libros). Ambos autores, además, sienten viva simpatía no sólo por la institución de que tratan, sino también por todas las demás que responden al mismo elevado espíritu que ella, y las cuales van apareciendo y extendiéndose cada vez más por el mundo civilizado.

Son dos libros que se completan, mejor aún que repetirse, y con su lectura puede el estudioso que lo desee adquirir una idea suficiente de lo que la condena condicional sea, no tan sólo en Italia, sino también en otros países, y de lo que la misma representa en la economía del derecho penal moderno.

P. DORADO

# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	5
<i>La guerra y la vida</i> , por Ricardo Burguete.....	17
<i>Movimiento económico-social de España.—La política agraria</i> , por Francisco Espinosa y González Pérez.....	32
<i>Las últimas negociaciones de matrimonios regios entre Inglaterra y España, en 1623</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	49
<i>Una boda regia á principios del siglo XVII</i> , por Julián Juderías..	77
<i>En la niebla</i> , por Leonidas Andreief.....	90
<i>España fuera de España.—Literatura española</i> , por Ernesto Martenche.....	118
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	159
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	169
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	204

# CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

## ANTROPOLOGÍA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
- Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Westermarck.** — El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

## ARTE

- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.
- Taine.** — Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

## BIOGRAFÍA

- Araujo.** — Goya, 3 pesetas.
- Asensio.** — Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.** — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
- Becerro de Bengoa.** — Trueba, 1 peseta.
- Bergeret.** — Mouton (Merinos), 1 peseta.
- Boissier.** — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
- Bourget.** — Taine, 0,50 pesetas.
- Campoamor.** — Cánovas, 1 peseta.
- Dorado.** — Concepción Arenal, 1 peseta.
- Fernández Guerra.** — Hartzenbusch, 1 peseta.
- Fernán-Flor.** — Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
- Gautier.** — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.
- Goncourt.** — María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 pta.—La Du-Barry, 4 pesetas.
- Gladstone.** — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.
- Goethe.** — Memorias, 5 pesetas.
- Haussonville.** — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.** — Memorias, 3 pesetas.
- Lange.** — Luis Viver, 2,50 pesetas.
- Macaulay.** — Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
- Maupassant.** — Zola, 1 peseta.

**Menéndez y Pelayo.**—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

**Meneval.**—María Stuardo, 6 ptas.

**Molins.**—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

**Passarge.**—Ibsen, 1 peseta.

**Picón.**—Ayala, 1 peseta.

**Reñán.**—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

**Sainte-Beuve.**—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

**Stuart-Mill.**—Mis Memorias, 3 ptas.

**Tolstoy.**—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

**Valera.**—Ventura de la Vega, 1 pta.

**Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

**Zola.**—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardon, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

### CRÍTICA LITERARIA

**Caro.**—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

**Zola.**—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

### DERECHO

**Aguanno.**—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.<sup>a</sup> parte de La Génesis), 4 pesetas.

**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

**Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

**Framarino.**—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

**Garofalo.**—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.<sup>a</sup> parte de La criminología), 4 pesetas.

**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.

**González.**—Derecho usual, 5 ptas.

**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

**Gross.**—Manual del Juez, 12 ptas.